

SILVIA RESORTE

EL DELIRIO DE DEMIAN COURT

ILUSTRADO POR GABRIEL IGNORANTES



EL DELIRIO DE DEMIAN COURT

ILUSTRADO POR GABRIEL IGNORANTES



SILVIA RESORTE

**CAMINO
EDICIONES**



El Delirio de Demian Court

© Silvia Resorte

© 2019 Editorial Camino

ISBN: 978-956-09341-0-9

Ilustraciones: Gabriel Ignorantes

1º Edición: TEGE Libros. Barcelona, 2016.

2º Edición: TEGE Libros. Barcelona, 2017.

3º Edición: Editorial Camino. Santiago-Chile, 2019.

Edición Literaria y reseña de autor: Manuel Garrido Jiménez

Edición General y diseño de portada: Jonathan Lukinovic Hevia

Diagramación: Camila Contreras Muñoz

Dedicado a mi esplendorosa madre La Rosa

Esta historia que voy a contaros es completamente irreal. No ha sucedido nunca y nunca podrá suceder. No es que no sea posible, es que es completamente imposible. Aunque no es que no sea real. Pero el realismo, por implacable, con rozarla la destruye.

Tan frágil es esta historia que podría ser un sueño o un dibujo naïf. Para interpretarla mejor, en vez de leerla habría que soñarla a todo color y así percibirla en su esplendoroso abanico, pues no es más que un canto a la fragilidad, y como tal se rompe con tocarla. No es que yo sea pesimista, pero es una historia demasiado optimista para que algún día algo semejante pudiera ocurrir en algún lugar. Da pena decirlo: todo menos esto es posible. Y eso que está llena de empeño, lógica, deseos. Pero su confín es mera utopía: cualquier hecatombe tiene más credibilidad que esta historia. La vida real no es como aquí está contada, sin embargo, ha surgido de ella. ¿Cabe todavía el hecho de que cada humano pueda imaginar en libertad que otro mundo es posible? Otro mundo que está en este, aun a pesar...

Silvia Resorte

LA MUJER DEGOLLADA

Tanto Peter como Sid llevaban un rato deambulando por las calles sintiéndose pletóricos de ociosidad bajo los vibrantes rayos del sol oblicuo que reinaba sobre la tarde. Se acababan de escapar del colegio por un declive trasero del patio de recreo, y en el fervor por su libertad habían desencajado los ladrillos de un pequeño muro colindante a base de furibundos taconazos infantiles, cosa que les permitió superar, una vez derribado, el límite hostil de su esclavitud escolar: una calle adyacente se abría para ellos en una fresca bocanada, como acceso al descubrimiento del mundo entero. En el colegio, sin embargo, nadie se percibió de su fuga hasta que los delataron sus asientos vacíos en la soñolienta aula durante la mortífera clase de gramática.

El muro que habían franqueado estaba al fondo del campo de fútbol, fuera de la vista de los carceleros-profesores que los atormentaban a ambos, tanto a Peter como a Sid, con la soporífera exposición de eternos monólogos exentos de una brizna de interés que pudiera complacer sus imaginaciones. Era más educativo mirar por las ventanas durante las clases y ver los colores que transfería el sol en su transcurso, deslizándose sobre las calles.

Tanto Sid como Peter tenían una actitud autodidacta, ninguno de los dos sentía el deseo de acabar siendo un hombre de provecho, y lo único que deseaban en ese extático momento de desobediencia y huida, era principalmente tener y sentir libertad e independencia. La doctrina de paja de sus padres era un gran impedimento, al mismo tiempo que un gran incentivo para sus carreras de libertarios potenciales. Por ello, robaban tiempo al tiempo prescrito para los estudios eludiendo con alegría la imposición del deber y lo cambiaban

El delirio de Demian Court

por vivir intensamente ciertas emociones que, por audaces e incorrectas, ninguno de los otros alumnos se atrevía a imaginar. Esto se había convertido ya, dentro del fuero de sus ánimos, en la base donde arreciaban sus principios y motivaciones.

En el caso de hoy, la adrenalina de escaparse del colegio derribando con brutalidad infantil el obstáculo de la débil pared de rectitud, ya era suficiente incentivo, pese a que era bastante previsible que el director acabara por enviar a sus padres una carta delatora con esta y otras faltas. Para eso, ya tenían planeado forzar sus respectivos buzones antes de que aconteciera la catástrofe final, aunque, desde luego, en los momentos de exaltación y fuga pertinaz, éste era un hecho que no les inquietaba en absoluto. La libertad es demasiado embriagadora para pararse a pensar en las consecuencias.

Sid era muy moreno tanto como Peter era muy pelirrojo. Siempre estaban juntos, como si fueran Zip y Zape saliendo de la viñeta para amenizar la normalidad aplastante de esas calles. En sus incursiones al mundo prometido (que visto desde el gris colegio parecía ser de un tornasolado multicolor) habían estado chapoteando por túneles de desagüe cuya entrada sólo ellos y las ratas conocían. En otras ocasiones habían estado buscando, sucios hasta las orejas, objetos singulares por los basureros de los emocionantes descampados de terreno en bruto. También solían ir a dar saltos y a jugar a las persecuciones o a esquivar como temerarios toreros el trayecto de los convoyes, permaneciendo hasta el último segundo en equilibrio sobre los rieles de las vías para sortear, con chulería, el paso de los trenes de cercanías. Les gustaba el equilibrio sobre las vigas del puente de hierro, que les retaba a trepar con suma imprudencia.

Uno siempre estaba decidido a apoyar las desorbitadas ideas

del otro, incondicionalmente. El hecho de que los demás colegiales consideraran descabelladas esas ideas y mostraran estupor ante su actitud de gamberrismo deliberado, les complacía una enormidad, por eso acababan siempre por meterse en sitios donde hubiera cierto riesgo espectacular. Solo así sentirían que los demás niños, secretamente, admiraban su audacia. Los lugares ideales para ir a explorar siempre eran pestilentes, oscuros o ruinosos, y tanto a ellos como a los demás les resultaban asombrosos. Ambos compartían un secreto inconfesable que era el fruto de esas tunantes expediciones: la crueldad, pues muchas veces entraban a ciertos sitios albergando el inquietante propósito de cazar gatos callejeros y deleitarse torturándolos.

— ¡Es aquí! —dijo Sid, señalando la casa que se dejaba entrever detrás de un selvático jardín en claro abandono.

Sid era muy flaco y exageradamente largo para sus once años, parecía un esqueleto que se movía en un descompasado baile de huesos andantes. Sus cabellos se disparaban desobedientes al peine, encabritados por sendos remolinos de mucho carácter. Su voz, cuando quería, podía ser insoportablemente aguda, y para molestar a los mayores, a veces emitía gritos cuya frecuencia abatía a todo el mundo presente, crispando los delicados caracolillos que forman la sensibilidad de los oídos. Además, era bastante orejudo, pues sus pabellones auditivos destacaban con un grotesco relieve sobre el skyline de su cabeza. Era también un parlanchín sin medida, y no le importaba en absoluto hacerse realmente pesado. Si tenía ocasión de contar un chiste ante un oyente lo bastante dócil para ello, se abalanzaba sobre él, con su volátil verborrea, dispuesto a contar absolutamente todos los otros mil chistes pueriles que se sabía de memoria, arrojándolos uno detrás del otro sobre su víctima sin darle respiro.

El delirio de Demian Court



Aquella tarde sus pasos rastreadores les habían conducido juguetonamente a seguir el cauce de una pestilente acequia, hasta llegar al límite colindante a las afueras suburbanas del barrio conocido: ahí donde nadie había llegado todavía, nadie, o acaso ninguno de los otros obedientes monitos de su colegio. Hoy Sid se sentía gracioso y quería poner a prueba la resistencia de Peter. Así que mencionó, como de pasada, a su rival natural, un aborrecible súper triunfador líder de la clase y gran jugador de fútbol. Sid sabía secretamente que su sola mención provocaba en Peter una rabia y envidia incontables, y dirigiéndose a la casa de aspecto fantasmal que tenían delante, le dijo:

—Wilson ha dicho que aquí habían degollado a una mujer.

Peter ignoró el comentario y la evocación de ese abominable nombre tirando una piedra hacia la lejanía y procurando no mirar en absoluto a Sid.

Peter tenía un escandaloso cabello escarlata tan rizado como un ovillo de esparto. Era desmesuradamente pecoso y sus ojos azules destacaban colosales sobre el fondo rojizo que emanaba de su total apariencia céltica. Su cara era graciosamente redondeada, al contrario de la de Sid, pues en este último todo tenía un espectroscópico efecto visual al ser un niño que en el último tirón de su crecimiento parecía estar, cual retrato de Velázquez, permanentemente estirado por una fuerza invisible desde dos de sus extremos opuestos.

Sid continuó punzando a Peter al percibir su disimulada molestia, y dijo:

—Esta misma mañana, Wilson lo estaba contando en la entrada del cole, ya sabes la de historias que cuenta: sabe contar más historias que nadie. Hoy hablaba de esta casa al borde de la acequia y ha dicho que tiene el fantasma de la mujer que degollaron. Y dice Wilson que es verdad porque él la ha visto.

Peter sólo refunfuñó, buscando la posible exposición adecuada para el descrédito efectivo de semejante afirmación. Aun así, seguía manteniendo la boca prudentemente callada para no demostrar su creciente aversión. Pero Sid continuó instigando y le dijo:

—Sí. Ha dicho Wilson que la mujer se le apareció por la ventana y que iba con el cuello partido y con la cabeza colgando de los tendones a un lado, jo, jo, jo... ¡Terrorífico!, ¿verdad?

Peter mantuvo mutismo tratando de aparentar que la cosa no iba con él, que la voz de su amigo pasaba por sus oídos como por casualidad, y que él estaba a su lado demasiado concentrado, pensando en alguna idea luminosa que concernía al propósito de alguna nueva ingeniosa travesura.

El delirio de Demian Court

Sid, intencionadamente, prosiguió enumerando las proezas del rival:

—Dice Wilson, que cuando se le apareció la mujer, él se la quedó mirando tranquilamente y que ella desde la ventana con la cabeza bamboleando a un lado dijo hasta tres veces su nombre: «Rick, Rick, Rick», y que le goteaba un viscoso chorro de sangre negra del cuello cortado. ¿No te parece espeluznante?

Al oír esto, Peter se había puesto rojo como una amapola. Sid se estaba regocijando, pues le resultaba evidente la emoción que en su silencio Peter trataba de ocultar, así que siguió en búsqueda de su límite:

—¿Te imaginas que le hubiera echado a Wilson un maleficio... ¡Qué chulo!, ¿no?

Ambos estaban ante la verja de hierro de la casa abandonada, y Peter, para no mostrar a Sid su cara sonrojada por la ira, hacía como que escudriñaba con mucho interés entre el forraje del seto circundante. Pero Sid, que lo percibía todo perfectamente, le metió otra puntilla en la chepa:

—Qué chulo es Wilson, ¿verdad?

Y justo después de esto, la ira de Peter se convirtió en un sonido explosivo:

—¡Wilson es un idiotaaaaaaa! —vomitó por fin desde el fondo de su ser, y con la cara convertida en radiantes ascuas, añadió— Es más, estoy seguro que él nunca ha venido por aquí, y que nunca se escaparía de clase como lo hacemos nosotros, ¡y

también estoy seguro que antes se cagaría encima!

Era tal el odio que en aquellos momentos había cristalizado en sus palabras que, después de hablar, y para acabar la frase con más vehemencia, si cabe, escupió en el suelo con toda la boca llena de asco y se quedó mirando a Sid completamente furibundo. Mientras este, con cara de póquer, frente por frente, no parpadeó ni un segundo y siguió con su fijación, retomando subrepticamente su incordiante acoso estratégico diciendo:

—Jo... pero es el novio de Georgina, ¡qué suerte tiene!
¡Bueno! Esta frase puso a Peter a mil: precisamente, estaba, además, loco de celos al ver a Wilson conquistando a Georgina, su amor secreto. Y como era otra cosa completamente inconfesable para su orgullo, se revolvió dentro de sí mismo para decir, en un tono agudamente apremiante:
— ¡Pero si Georgina es una puta! —y regurgitando estas palabras a contrapecho, añadió— que si puede te toca la picha, que yo sé que se la tocó a Andy Morton. Y es verdad porque Andy me lo dijo.

Aquí fue cuando Sid se dio cuenta que mencionando a Georgina había tocado otra de las fibras sensibles de Peter, y la primicia de semejante “acto sexual” le había parecido un bulo bastante real e interesante, así que prosiguió por esa nueva vertiente y preguntó:

—¿Y qué hizo Andy cuando se la tocó?

—No sé —dijo Peter sin respiro después de haber desviado tan heroicamente la posible percepción de Sid acerca de sus verdaderos sentimientos. Y a continuación, siguió deshilvanando su imaginación ante el intenso interés

El delirio de Demian Court

demostrado por éste hacia el “acto sexual” de Georgina, que era sólo fruto de su invención.

—Dice Andy que Georgina se metió su picha en la boca y que se la chupó.

—¡Puaj! ¡Qué asco! —dijo Sid con sinceridad.

—Pues a mí sí que me gustaría que una puta me chupase la picha

—dijo Peter mecánicamente, mientras para sus adentros se vio acariciando la idea con una intensa ofuscación enamorada.

—¿Y le olerías el culo? —le preguntó Sid sintiéndose sumamente gracioso, al mismo tiempo que cientos de sucios interrogantes sobre el “acto sexual” giraban en su cabeza.

—Bueno, es una puta, ¿no? —fue lo único que se le ocurrió a Peter para acabar de alejar a Sid de sus sentimientos amorosos. Pero a Sid no le iban a desviar de su propósito de medir la resistencia del orgullo de su amigo, así que cimbreado su estilete y de nuevo rasgó certero el pecho de Peter:

—Jo... qué suerte tiene Wilson de tener una novia puta.

Esto descalabró a Peter: acababa de mancillar deliberadamente la reputación de su amada, y sin embargo, su oponente Wilson volvía a salir ganador en esta horrible conversación. Inevitablemente se sentía culpable, sucio y traidor. Ya desde ese momento y después de sentir bullir dentro suyo el sulfuro de la impotencia, se encerró en sí mismo, tras su caparazón de autodefensa y de él no volvió a surgir ningún argumento para seguir camuflando el ácido que le recorría. Así que, secamente y sin sentir necesidad de justificarse, zanjó el tema con un:

—Me voy.

— ¿A dónde vas? —le inquirió Sid arrepintiéndose, pues iba a lograr, de un momento a otro, quedarse solo sin su aliado de aventuras.

—Me voy —repitió tajante Peter.

—Voy contigo —dijo Sid, intentando paliar el incendio que su inquisición había provocado en el interior de Peter.

—No, tú no —fue la dolida contestación de Peter.

—Pero, ¿por qué te vas? —preguntó inocentemente Sid, como si él no hubiera hecho nada.

— ¡Porque me dan miedo los fantasmas! —contestó Peter, y diciendo esto, se alejó andando de espaldas, mientras seguía mirando a Sid a los ojos, quien, visiblemente compungido, deslizaba una tenue pero sincera disculpa con su mirada.

Entonces, Peter se giró y echó a correr como perseguido por un látigo volador, justo en dirección contraria a la muda y velada súplica de Sid.

El delirio de Demian Court

UNA DAMA EN EL TORREÓN

Sid saltó la verja hacia el interior de la casa abandonada. Al mismo tiempo estaba sintiéndose ofendido por el último gesto que le había dirigido Peter al irse y dejarlo ahí solo. Cayó de pie al otro lado del selvático jardín como un saltimbanqui en un mundo de fantasía. Su orgullo le impedía correr tras su amigo, aunque lo estuviera deseando: ya le había suplicado a Peter perdón con los ojos, pero su esfuerzo había sido ignorado. Fue apartando ramas y espinos enmarañados hasta llegar al claro de la puerta de entrada. Podía imaginar que era el viejo portón de un castillo. Encontró, oportunamente, una vara que podía servirle como espada justiciera si la enarbolaba al aire. Miró hacia arriba situándose frente al portal:

—¡Oh...! ¡Señora, tiradme vuestra trenza para trepar a salvaros!

—dijo teatralmente.

Era una robusta puerta de madera negruzca llena de enredaderas, cuyos portones estaban clausurados por medio de una férrea cadena. La casa tenía hacia arriba varios pisos de piedra y musgo. Debajo del tejado había una ventana sin marco de la que asomaban algunas colas de paloma que se movían. «La casa está habitada, pero no por fantasmas...», le hubiera gustado que la leyenda de la señora descabezada que desconcertó a Peter fuera cierta, pero todo había sido una coaccionante invención suya. Apartando arbustos, se fue a encaramar a un elástico árbol que estaba frente por frente a una de las ventanas. Lo trepó a cuatro patas con la agilidad de un chimpancé. Una rama más gruesa parecía acceder al interior de la casa, se balanceó un poco y cayó clavado por los pies en el suelo de una polvorienta celda.

—Ya voy mi princesa, aguárdame en el torreón —dijo fantasiosamente para sí.

En la oscuridad recuperó la estabilidad y adaptó sus ojos a la falta de luz, cual gato de siete vidas. Lo primero que vio fue un somier de muelles oxidados y el suelo lleno de papeles. Los papeles estaban rotos, arrugados y húmedos: eran periódicos, revistas y postales, cientos de postales cubriendo el suelo de baldosas rústicas con exóticas imágenes.

Sid cogió una postal de un balneario que anunciaba aguas termales minerales y radioactivas: la foto presentaba un edificio de cinco plantas en un valle al lado de un pantano, y con letras doradas ponía “La Puda”, por toda su balaustrada frontal. Al reverso de la postal, una letra pequeñísima intentaba ganar espacio donde plasmar el mensaje. La tiró al suelo y cogió otra, de un tirolés en una verde ladera llamando a su rebaño con una Alfor, la trompa típica de los Alpes.

Sid se cansó de ver postales... «Tenía que salvar a su amada...», y dio un salto hacia la puerta. Al salir de la habitación, se encontró en un pasillo estrecho con más portones a los lados. Sin temor a la fantasma de Wilson, pasó lindando con ellos, aunque la oscuridad de ciertas sombras parecía ocultar seres que se enroscaban sobre sí mismos sin dejar de observarle. Sid masticó sus miedos y siguió explorando como un verdadero aventurero: las paredes estaban descorchadas y la pintura y el polvo se arremolinaban por el suelo que, lleno de losetas con motivos de flores entrelazadas, parecía como si la selva del jardín se extendiera en el interior. «Peter se lo pierde».

Sid entró por una puerta. Todo estaba en penumbra. El suelo estaba lleno de suciedad, parecía que aquello había sido el hogar de un sintecho: papeles, plásticos, latas, ropa vieja,

El delirio de Demian Court

periódicos, los restos de una pequeña hoguera, un somier y un colchón de muelles destripado, hasta heces de animal... o no. Volvió al pasillo estrecho y entró en otra habitación donde había una mesilla de noche y un armario.

«Si hubiera estado Peter, hubiéramos podido hacer una hoguera con esas maderas en el jardín». Sid bajó por las escaleras. En la cocina había una alacena pequeña, uno de esos rincones con encanto de las casas viejas. Se metió dentro: hacía fresco y había hormigas. En la cocina, por la puerta que lindaba con un pequeño patio, entraba la luz del sol oblicua de la tarde. Había fogones de cocina antigua con las puertecitas de hierro para poner el carbón. «¡Menudo artilugio!». Sid metió la mano dentro y la sacó negra de cenizas. Pasó por el interior de la puerta principal que estaba cerrada con gruesas cadenas y volvió a subir las escaleras, que estaban descantilladas pero enteras. Llegó al segundo piso y a otro pasillo estrecho con más umbrales de sombras amenazantes. Asomándose a una habitación muy pequeña, encontró una bacinilla sucia, cristales por doquier y un pequeño ratón que salía huyendo de debajo de un periódico. Sid le azuzó con su rama-espada corriendo tras él. Vio otras escaleras que acababan de súbito en un recodo donde había un recuadro, en el techo.

— ¡Ya voy, mi amada! —dijo, alzando su vara-espada.

Se subió e intentó abrir con todas sus fuerzas la trampilla. Era imposible, estaba cerrada por el paso del tiempo. Bajó de nuevo aquel tramo de escalera, se fue corriendo a una ventana de la habitación contigua y miró hacia arriba. Y allí vio que había otra ventana pequeña justo encima. Era fácil subir al tejado por el desagüe y empezó a trepar sin dificultad: Sid era temerario por naturaleza y trepador de todo lo que se pudiera. Desde allí subido, colgando del alféizar, miró en dirección a la

verja pero no vio a Peter. «Él se lo pierde». Trepó con agilidad hasta llegar al nivel de la buhardilla y allí, al borde, se asomó al interior de la ventana apoyándose con medio cuerpo dentro. Fue cuando vio felizmente que allí había “cosas”.

Entró de un salto con sus aptitudes gatunas. A primera vista, sólo vio sombras de prometedores objetos, pero cuando sus pupilas se dilataron descubrió lo que le pareció un tesoro. «¡Un trineo! Corroído, sí, sin asiento pero... ¡menudoartilugio!». Nunca había tenido ninguno: Sid, en caso de nevada, usaba cartones debajo del culo para deslizarse por las pendientes. Pero sus ojos se maravillaron aún más cuando vieron, debajo de la parte más baja del techo, «¡Un baúl!».

Era de latón, con contrachapados y tachuelas, y tenía toda la apariencia de ser «el baúl del tesoro». Sid se abalanzó sobre él e intentó abrirlo, pero al parecer estaba demasiado ruginoso y sus junturas debían estar totalmente selladas. Se sentó sobre él y aguantó bien su peso, comprobando que no era una simple chatarra, y allí sentado, vio al fondo otro cacharro: «¡Una bicicleta!». Estaba bastante oxidada, pero... « ¡caray!, qué chula».

No tenía neumáticos ni sillín. Sid intentó subirse pero la bicicleta era demasiado grande, y el techo, que caía opresivamente inclinado sobre el reducido habitáculo, demasiado bajo. El trineo, aun siendo bastante herrumbroso, se lo llevaría para mostrarlo como exótico trofeo. «Peter seguro que fliparía».

Lo acercó, arrastrándolo, hacia la ventana. Sólo se lo podía llevar por allí, así que lo tiró a través de ella con la esperanza de que, al ser de hierro, no se rompiese contra el jardín. Más, como pudo comprobar, hizo ruido de romperse en mil pedazos al tocar el suelo. Sid se asomó y lo vio allí abajo,

El delirio de Demian Court

hecho añicos.

«Lástima», pensó, «el baúl tiene mejor aspecto... ¿Qué tendrá dentro? ¡Seguro que una cabeza!», y se regocijó pensando cómo iba a contrariar a Peter, en venganza, con este hallazgo misterioso y lo divertido que iba a ser abrirlo entre los dos y llevar su contenido al cole. Al verlo, el resto de los obedientes colegiales seguro palidecerían envidiosos ante el relato de su aventura.

Intentó de nuevo forzar el baúl, buscó algo útil que entrara por la cerradura pero fue en vano. Había maderas largas en el suelo, cogió una y con rabia empezó a golpearlo. No había manera de abrirlo. Se sentó en frente, debajo de una viga, y soltó un suspiro. Oyó un ruido que provenía de una de las vigas del fondo. Al principio se asustó, pero luego lo reconoció como un simple gorgojo de paloma y empezó a buscarla, gateando. La vio aleteando atolondrada en un resquicio. Intentó atraparla, pero la paloma le saltó a la cara soltando plumas y arañándolo. Sid se zafó a su paso y la golpeó, al mismo tiempo, con una de las maderas ocasionales. La paloma chocó con la pared y cayó tendida, completamente aturdida. Sid la cogió con sus manos y la apretó por el cuello con maldad.

Sonó un ruido a sus espaldas. Venía del baúl: como si un ente en su interior, violentado por su acción, hubiera cobrado vida para amonestarlo. El ruido que oía era como el de unos lejanos tambores o el del goteo de la lluvia sobre el metal. Un ruido que le recordaba algo familiar, que en su terror no atinaba a descifrar. Se acurrucó en el fondo de la buhardilla y observó el baúl, que parecía inocente en su quietud. «Vamos, no seas cobarde», se dijo a sí mismo. «Si Peter te estuviera viendo te perdería todo el respeto». Esta idea le causó más ofuscación que el mismo terror que sentía. Por eso, tembloroso, se acercó

gateando mientras seguía escuchando el trepidar que surgía del baúl. «Vamos, cobarde», se dijo otra vez.

Se acercó tanto que con una de sus manos sucias tocó el borde del baúl: éste, sorprendentemente, se abrió por sí solo, y una luz cegadora salió de él, atravesándolo como un láser. Sid, completamente boquiabierto, casi no podía ver. Sin embargo, vislumbró claramente unas sombras que surgían del baúl como viscosos tentáculos. Se arrebujo contra una de las paredes del fondo. Luego, vio como esas figuras filiformes se convertían, flotando sobre la abertura del baúl, en la forma de unas manos que movían los dedos desde el interior, y que, paulatinamente, aparecían chasqueando pulsaciones con habilidad sobre una antigua máquina de escribir, de refulgente marca Hispano Olivetti.

Sid se quedó paralizado e intentó emular la actitud que se inventó al respecto de Wilson: «Quedarse tranquilamente mirando el fantasma a la cara». Las manos tecleaban un texto que se iba desenrollando en un amarillento papel por el rodillo de la máquina. El ruido de las teclas, ahora, sonaba como amenazantes martillazos. Sid se escabulló hasta la trampilla e intentó abrirla tirando con fuerza de la argolla que salía del suelo. Pero no pudo abrirla. Estaba tan aterrorizado que gemía en voz alta mientras respiraba muy agitadamente. Las teclas de la máquina de escribir fantasma habían empezado a sonar a cañonazos, flotando con unas manos animadas a pocos centímetros del borde del baúl abierto. Mientras tanto, la luz fantasmagórica lo invadió todo con un espectro translúcido. Todas las cosas y el propio Sid parecían ser transparentes, como hechos de esa misma luz. Sid se tapaba los oídos, pero seguía escuchando los golpes furibundos que -en el aire- se estrellaban ante él.

En su desesperación fue gateando hacia la única salida posible:

El delirio de Demian Court

la ventana. Desde allí miró con vértigo hacia abajo y mientras calculaba por dónde asirse para bajar por el alféizar y alejarse de los fantasmas, todavía en el borde, notó claramente que lo empujaban por la espalda. En un síncope, Sid cayó al vacío.

UN DESTELLO DE LA MENTE

Desde que Sid sucumbió ventana abajo, había ido anocheciendo. En la casa deshabitada se reunió una multitud. Los flashes de los coches de policía daban, desde la lejanía, el aspecto de divertida feria ambulante. El barrio marginal había cobrado vida por el acontecimiento que conglomeraba una multitud en esa calle donde, a diario, no se veía pasar a casi nadie. En la entrada de la casa, Smith vislumbró al detective Demian Court: con quien formaba, en ciertas investigaciones, un tándem formidable. También solían colaborar desinteresadamente con la policía, además de ser buenos e inseparables amigos.

— ¿Qué pasa, colega? —dijo Smith dándole por sorpresa una palmada en la espalda a Court, a sabiendas que esto le molestaba especialmente.

Court se giró rígido y lo miró de arriba abajo como si no lo conociese. Court era un tipo bastante quisquilloso y remilgado, mientras que Smith era un joven de color, extrovertido y bromista a quien le gustaba bastante incordiar.

— ¡Cuántas veces te he dicho que no me des estos sustos! —

Court repasó su pelo canoso con la mano. Había adquirido ese color de pelo prematuramente en su juventud, lo que siempre le había conferido cierto aspecto de dignidad y sabiduría ante los ojos de los demás, a la vez que le ayudaba a diferenciarse y a distanciarse del contacto próximo ocasional.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Smith mirando diáfananamente la expresión retráctil de Court.

—Un accidente. Se trata de un niño defenestrado: precisamente

El delirio de Demian Court

el niño que yo andaba siguiendo a petición de su padre.

— ¡Uh! ¿Y qué pasó?

—Lo encontró el otro chico con el que había hecho novillos, fue él quien me avisó a mí, ya que me quedé en la entrada mientras el chaval se metía dentro. Creía que con tenerlo localizado bastaba, no podía imaginar que se precipitase por la ventana de la buhardilla. El padre me culpa a mí de todo.

—Bueno... tú eres un investigador, no una niñera. Aunque es triste que ahora te dediques a perseguir niños descarriados...

—la risa contenida de Smith era un gorgojo. Court lo miró por encima del hombro desafiándolo a que fuera un poco más descarado.

—Su padre, empresario de cosméticos, me contrató porque sabía que se escapaba del colegio y quería saber adónde iba y la clase de pillastre que era su primogénito.

— ¡Menudo asunto criminal! —volvió a decir Smith con recochineo— ¿Dónde está el gran detective Demian Court que resolvió el secuestro de la pequeña Geraldín? Claro chico, hay que pelarse el culo para pagarse las clases de golf, no se puede estar siempre en la cima. Smith era lo más sarcástico que podía, sabiendo que su compañero, debido a las circunstancias, estaría demasiado compungido para una buena defensa. Court no dijo nada y -visiblemente azorado-, volvió a alisarse el pelo con pesadumbre.

—¿Cómo es que tú no viste nada? —Smith aflojó la presión.

—Sencillamente yo no estaba aquí —se excusó Court—. No

entré en la casa para que el crío no me descubriera. Este seto es una selva y desde él no podía distinguir nada, sólo tenía la certeza que el niño seguía allí. Así que me puse a perder el tiempo, pensando en que si todavía fumase, sería el momento de encender un maldito cigarrillo. Esperando a que saliera de la casa, llegó su amigo de golfería y se metió dentro. De pronto oí su grito, y cuando entré, el cadáver del otro niño ya estaba desangrado en el suelo. Al parecer el chico murió en el acto: cayó de la ventana de la buhardilla. Estuvo tirando trastos desde ella, aunque yo no oí nada de nada. Un niño con grandes ideas: se empeñó en tirar cosas que pesaban más que él y perdió el equilibrio. Así fue como el baúl se quedó donde estaba y el niño se precipitó.

— ¿Un baúl? ¿Un baúl antiguo? —a Smith le entusiasmaban ciertos hallazgos y prosiguió: el diario de Jack el Destripador, reconocido como James Maybrick, se encontró en una buhardilla, y en otra, también, se encontró una novela inédita de Julio Verne —la voz de Smith era entusiasta.

—No habrá nada de eso... ¡Vamos!, a ver si la poli nos deja entrar —zanjó Court con entusiasmo.

Había anochecido definitivamente cuando entraron por la tumultuosa puerta principal. La cadena había sido segada por la policía y la puerta de la casa estaba abierta de par en par. El cadáver yacía unos pasos más allá. Los camilleros ya estaban allí, la ambulancia con sus flashes rojos y blancos atraía a más espectadores de las calles vecinas y todos ellos estaban atribulados por el infortunio y la edad de la víctima. Al entrar Court, seguido de Smith, sintió un fuerte olor a humedad. Arrugó la nariz, era muy sensible a los malos olores. Docenas de policías subían y bajaban las escaleras del piso superior. La casa estaba tomada por la autoridad.

El delirio de Demian Court

— ¿Qué hay, chicos? —Smith saludó a dos policías que bajaban como si no se hubiera dado cuenta que lo miraban con cara de pocos amigos. Él, como una anguila, se deslizó entre los dos y subió los escalones de tres en tres. Al llegar arriba, fue husmeando en cada una de las habitaciones. Detrás, Court le reprendía con un gesto: si los veían inmiscuyéndose sin permiso los echarían a ambos a la calle. En un recodo, dieron con las escaleras que daban a la trampilla. Estaba abierta. Un policía asomó su cara por ella, era su amigo y colaborador ocasional, James Milton.

— ¡Eh! Viene Court a husmear, dejar paso al inspector Clouseau—. Sonaba a sorna, pero era una simple broma de Milton, quien siempre lo tachaba de enterado, y -en realidad-, esa era su actitud.

Una vez arriba, Court vio a cuatro agentes agachados intentando a conciencia abrir el baúl.

— ¿Qué? ¿Aún no lo habéis abierto? —inquirió Court—. Menudos profesionales, cualquier chorizo no cualificado lo hubiera abierto en cuestión de segundos.

—Es que te estábamos esperando a ti para que nos ilumines con tu gracia —le contestó Milton.

Aquello estaba lleno de agentes con los bailongos haces de sus linternas. El techo inclinado les obligaba a caminar incómodamente curvados. Los focos portátiles puestos en un lateral daban un calor asfixiante. Desde la ventana, fotografiaban el cadáver allá abajo y las luces de los flashes creaban enormes sombras sobre los policías que andaban husmeando entre el jardín.

Smith, Court y Milton se acercaron pausadamente hacia los policías que rodeaban el baúl. Un agente introducía una fina herramienta en los cerrojos herrumbrosos sin ningún éxito. Court miraba con rabia la torpeza del poli que manejaba la ganzúa, pues si de algo pecaba era de exceso de perfeccionismo y lo que se exigía a él mismo se lo exigía también a los demás. Perdió los estribos al ver la calma que le imprimía aquel sabueso a su tarea y lo poco habilidoso que era. Además, el bullicio era insoportable y aquellos operarios no parecían notarlos, y claro, Court se crispaba con más facilidad que nadie. – ¡Sois unos torpes inútiles! – los agentes hicieron una mueca de desagrado ante su improperio. Court percibió cierta sorna en sus miradas pero, impetuoso, los apartó y se agachó frente al baúl.

–Vamos Court, ilumínanos –intervino Milton.

–Es que mira James, no deben hacerse las cosas más difíciles de lo que son. Para hacer algo hay que ponerse en situación –Court colocó sus dos pulgares sobre las dos cerraduras y presionó con habilidad.

–Ya veo la luz... ¡La luz! –se cachondeaba de él el policía Milton. Entonces saltaron los dos resortes a la vez y el baúl se abrió.

– ¿Veis? –dijo Court exultante, aunque él era el primer sorprendido de tan buen resultado con tan poco esfuerzo.

– ¡Rayos, Demian! A veces demuestras tener poderes –le dijo Milton, tan sorprendido como él.

–Nada de eso, habilidad y pragmatismo, James, pragmatismo... Los agentes contuvieron las risas al ver a Court ponerse tan

El delirio de Demian Court

ufano.

—Don perfecto —susurró alguien en voz baja.

—El baúl ya estaba casi abierto, ¡así cualquiera! —exclamó otro agente.

—¿Quién es éste con estos humos? —murmuró otro. Court no lo oyó porque estaba atento a lo que había en el baúl abierto ante él, como una ofrenda del tiempo.

Dentro, vio libros ricamente encuadernados y de rústica escritura, una caja metálica finamente decorada que al agitarla parecía contener un surtido de monedas, un reloj de cuerda con una negruzca cadena de plata, algunos periódicos de la posguerra y debajo, una máquina de escribir con las teclas arrancadas y hundidas.

En la máquina de escribir había un folio en el rodillo y a Court le pareció sumamente interesante saber qué era lo último que se había escrito con esa máquina magullada: estiró con la delicadeza de sus pulidos dedos una lámina parcialmente escrita. Los agentes miraban expectantes por encima de sus hombros.

—Mira, esta vieja Olivetti destripada parece que aún tiene algo que decir. Esto lo debieron de escribir a golpe de temperamento y al cabo de los años, yo voy a leer sus últimas palabras —Court estaba entusiasmado y se dispuso a desvelar el imperecedero escrito.

—Sí, debió ser algún escritor frustrado por el ímpetu de un manifesto violento —dijo Smith ocurrente, mientras Court alejaba un poco el papel de su vista: no veía con claridad las letras, y por un momento, al tenerlo mejor encuadrado, las

letras negras cimbrearon sobre el blanco.

Court se frotó los ojos. Fue en una fracción de segundo, pero las letras tenían, de pronto, un relieve sobrenatural. Tan sólo él vislumbró la forma de unas manos translúcidas posándose sobre el papel para ocultar su texto, y -en aquel momento-, se desvaneció.

Court lo veía todo negro. Se sentía caer por un vacío interminable, ligero cual un gas. Se sentía menguar a lombriz, como si cada vez la negrura fuera más inmensa a su alrededor y lo comprimiera hasta quedar del tamaño de un punto. Se dio cuenta que tenía los ojos cerrados. Los abrió. Estaba en una playa. Un viento feroz silbaba en sus oídos. El mar, frente a él, era de color mercurio, de un azul metálico e irisado. Una ola gigante se levantó ante él, y amenazaba con caerle encima. Se levantó aún más y se sobrecogió. Como una boca negra esa ola se lo tragó. Luego, durante cientos de instantes, la ola cayó sobre él. Court se sintió girar en la vorágine, dentro del vientre de esa inmensa ola torbellino. Casi sin sentido. Casi al límite. Entonces, dentro de sí, escuchó lo que parecían unas voces. Tenían el timbre de unas campanas lejanas. No eran humanas. No salían de ninguna garganta. Pero eran tangibles.

— ¿Estamos dentro de su cabeza? —preguntó una voz que sonaba purpúrea.

—Sí, le acabo de infundir el don de oírnos siempre que esté aquí

—dijo una voz modulada con reverberantes ecos en tensión.

— ¡Eres tan ingenioso como perverso! —dijo otra que a Court le pareció de aura femenina.

El delirio de Demian Court

—Querida mía, sólo soy un bromista, un bromista universal

—dijo la voz más afelpada.

—Un ángel avieso.

—Un ángel jugando en el tablero terrenal y acabo de escoger mi ficha —prosiguió la voz que, por más gutural, tenía trazos masculinos.

—Supongo que, para deleitarnos, harás que a cada segundo terrenal, tu ficha tire los dados ante rocambolescas paradojas —dijo la voz femenina.

—Sí, querida Iridian, no lo dudes —sentenció la voz que ahora crepitaba como un trueno.

—No lo dudo —y una risa surgió de ninguna parte, parecida al canto de un ruiseñor sobre el cerezo de un jardín lejano, difundiéndose en resonancias, como en una gran bóveda. Al momento, una segunda risa apareció, tan grave como la de un tenor a pecho partido. Luego, asomaron las risas de un gran teatro de una gran ópera, coreando. Las risas se doblaron, se triplicaron, cientos de risas, miles, millones... una hecatombe de risas girando y girando alrededor de un Court muy pequeñito. Y Court ascendiendo a toda velocidad hacia una luz, disparado como un cohete sideral hacia una minúscula habitación. Dirigiéndose directamente hacia una cara que le estaba mirando. Una cara que Court reconoce.

— ¡Rayos! ¡Es Smith! —los ojos de Court aún giraban.

— ¿A quién esperabas? —Smith estaba reclinado sobre él.

– ¿Ya has vuelto del zen? –se carcajeó Milton al ver que su amigo estaba bien, mientras seguía examinando los objetos del interior del baúl, dando por terminada la indisposición.

– ¿Qué ha ocurrido? –dijo Court.

–Que te ha dado un desmayo. Y no me extraña: desde que te has puesto a régimen y sólo tomas hierba y café a todas horas...

–Cuando llegues a mi edad, se te acabarán las hamburguesas o reventarás como un capullo en flor –Court estaba recuperando fuerzas.

–No seas desagradecido, he evitado que te abrieras la cabeza cuando caías.

–Oh, gracias por estar en el lugar adecuado en el momento propicio.

–Te tiraste sin paracaídas. ¡Rompetechos!

–Yo sólo trataba de leer esto –Court miró el papel que aún conservaba en la mano—. Será mejor que me vuelva a revisar la vista, porque estas letras bailan –prosiguió.

–Sí, cámbiate las gafas o vuelve a comer espaguetis y a tener tu tipo de croqueta rebozada que te distingue –otro gorgojo salió de la boca de Smith.

–Mi tipo no es de tu interés, pero te aseguro que estas letras se mueven y no es cosa de mi vista –Court blandía el papel ante sí temblando con cierto nerviosismo.

El delirio de Demian Court

—Déjame ver, capullo —Smith le quitó la lámina de entre sus robustos dedos— ¿Qué es esto, colega? No hay quien lo lea, es una maraña sin sentido...

—Te lo dije

—Court le arrebató el papel, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta—. No me encuentro muy bien, tengo escalofríos. Anda llévame al despacho —dijo quejumbroso.

—Ha, ha... —dijo Smith— no pienso llevarte en brazos a ninguna parte.

—Pues es lo menos que podrías hacer por mí después de aguantarte toda la tarde —zanjó Court mientras se giraba para ir a despedirse de Milton, al que pensaba no comentar nada de ese extraño papel hasta haberlo examinado por sí mismo. Ambos, Smith y Court, se marcharon de aquel lugar dejando una multitud de rumores a su espalda.

Todos los agentes consideraban que el desmayo de Court había sido merecido, en pago a su mal genio e intromisión gratuita.

¿QUIÉN PUSO EL MUNDO BOCA ABAJO?

Court encendió un cigarrillo tembloroso. Había dejado de fumar hacía tres meses pero ahora necesitaba urgente aspirar un pitillo, pues una imperiosa ansiedad se había apoderado de él. Al borde de perder la cabeza llegó, junto a un Smith lleno de interrogantes, a la oficina donde ofrecían sus servicios como Detectives Avizor. Con impaciencia se disponía a mirar de nuevo el extraño escrito que iba desdoblando con sus agitadas manos sentado en su mesa del despacho. Smith se hallaba de pie a su lado, mirando por encima de su hombro, incrédulo ante la exaltación de su compañero. Court enfocó la lámpara flexo sobre el centro de la escena. Mientras iba vislumbrando el papel desdoblado, casi se le salen las cejas de la cara debido al asombro. Sabía que aquello era del todo imposible, pero no podía negar que lo estaba viendo: sí, lo que estaba viendo era su propia cara tridimensional saliendo como un holograma del contexto del papel que tenía cogido. Unos signos desconocidos para él trazaban el contraste irreal de las sombras y formaban el dibujo veraz de su cara igualando sus expresiones en movimiento. Aquello, fuera lo que fuera, se comportaba como un espejo, pero se sostenía en el aire. Court giró el papel y por el otro lado se seguía produciendo el mismo efecto visual.

Smith, a su lado, ni pestañeó, estaba completamente estupefacto. Ningún chiste de mal gusto, con los cuales tanto simpatizaba, le hubiera sacado de su estupor, el fenómeno fantasmagórico había superado con creces el albedrío de su espontaneidad.

—Esto es lo más extraño que he visto en mi vida —atinó a decir.

—No tiene explicación —murmuró Court.

El delirio de Demian Court

—¿Qué será esto? Parece algo venido del futuro. Y ahora, ¿qué hacemos? —exclamó atolondrado Smith, con los ojos fuera de órbita.

—De momento, que no se entere nadie, ¿me oyes Rugther?
—previno Court.

—Sí, pero... ¿qué significado tiene?, ¿es magia?, ¿es ciencia?... ¿Algún arma secreta?, ¿un prototipo de holograma del futuro?, ¿un gadget para espías?... ¿Será peligroso?, ¿será un dispositivo secreto que pueda leer la mente por medio de los gestos?... —el alboroto crónico de Smith se había vuelto a disparar en un farfulto atolondrado.

—Maldita sea, ¡no tengo ni idea...! No sé qué hacer, no me atosigues, déjame pensar —Court seguía mirando el papel por delante y por detrás alternativamente, como si estuviera embelesado girando las caras de un diamante que refulgiese en sus manos.

—¡Esto no tiene sentido! A ver... Retrocedamos, ¿de dónde ha salido esto? —Court intentaba situarse en la cónica de los hechos.

—Pues lo has sacado tú de un baúl que no sabemos cuánto tiempo llevaba allí. Te ha dado como un pasmo con solo tocarlo porque tal vez te haya transmitido alguna clase de descarga de energía negativa, o porque tal vez te ha estudiado genéticamente y se ha quedado con parte de ti en su mecanismo. Y por eso te ves reflejado dentro de él: porque ahora mismo está fabricando un clon de ti, o no... O tal vez tenga algo que ver con alguna secta de discípulos satánicos que se hubieran reunido secretamente en la casa y esto se trate de magia negra —¡Basta! —Exclamó Court—. No te alborotes, que te conozco,

que de una brecha haces un foso y luego me tiras dentro y te vas. –Court se puso a continuación a reflexionar en voz alta–. Sí, experimenté algo cuando estuve desvanecido, como una visión. Tuve una ensoñación de la que recuerdo, remotamente, haber estado con una sensación de vértigo insostenible y paralizado de frío. Y también algo más... unas voces dentro de mi cabeza.

Court dejó el papel, alisándolo desde los extremos, sobre la mesa. En él se seguía vislumbrando cómo se proyectaba sobre su vertical una animación figurada de su cara desdoblada.

–Creo que lo mejor es esperar y estudiar con cuidado y meticulosidad las reacciones que ahora nos parecen anómalas de este objeto, como si fuéramos científicos: descartando lo improbable, paso por paso, en busca de lo certero.

–Pues yo no me siento capaz de diagnosticar nada más por esta noche, Doctor Frankenstein, ya he visto suficiente por hoy, más de lo que mi incredulidad férrea pueda soportar – Smith ya estaba planeando escabullirse, como siempre que le tocaba arrimar el hombro con Court, y prosiguió– Si tú quieres quedarte impávido haciendo guardia por si sale el genio de la lámpara a concederte tres deseos, le pides unas Converse de cuero negro, y con mi beneplácito, los demás deseos que te los conceda a ti, que andas muy necesitado. Así que me voy a tomar una pinta para que se me pase el susto: si no, luego, no puedo dormir por la noche.

Mientras la verborrea suya se distendía en forma de culebra engañosa, Smith ya estaba situado en posición para desaparecer por la puerta antes de que Court tuviera tiempo a disentir. Sólo tuvo tiempo de añadir:

El delirio de Demian Court

– ¡Maldito seas, Smith! ¡Ojalá que haya un apagón y te tengas que tomar la cerveza caliente! —después de decir esto emitió un prolongado suspiro de indefensión.

CABALGANDO SOBRE LA VERDAD ABSOLUTA

Smith se marchó sin contemplaciones: su cerveza vespertina era sagrada. Y Court, mientras tanto, fue a por un café a la máquina dispensadora que estaba en el pasillo de las oficinas, para mantenerse en activo. Cuando volvió a su despacho se sentó frente por frente a ese fenómeno, alisándolo una vez más sobre la mesa. Su imagen seguía por encima del folio reflejando su impávida extrañeza. Los símbolos que formaba el retrato giraban sobre sí mismos sin deformar el reflejo, pero dando la apariencia de poseer vida propia en cada molécula o dígito que lo configuraban. Al cabo de un rato, Court ya se sentía mareado de mirarlo tanto. Se levantó y fue hacia la ventana para aspirar un poco de aire fresco. Se asomó para ver las luces nocturnas como hacía otras veces, aunque en realidad, en esta ocasión, envuelto en tanta preocupación ni mirándolas las veía. Sacó otro cigarrillo del paquete arrugado del bolsillo: «en fin, había vuelto al vicio de fumar», y prendió ante sí el mechero. Se quedó absorto mirando la llama que, curiosamente, tenía un color entre metálico y violáceo.

No estaba seguro pero, repentinamente, esa llama, cual alucinación delirante, estaba jugando con su vista: casi le parecía que era líquida y se derramaba como un ralo de leche sobre el aire. De pronto, la llama, como una bestia viva y en forma de salpicadura voraz, le saltó sobre el pecho. Su ropa empezó a mancharse mientras la sustancia alucinógena se desparramaba en todos los sentidos y al extenderse sobre su torso, lo hacía desaparecer de la realidad, dejando un hueco sobre su pecho recortado en el vacío.



Aterrorizado, empezó a sacudirse el cuerpo con las manos: el insidioso agujero de vacío aún se embarraba más sobre él, tanto que hasta llegó a verse a sí mismo desaparecer por completo. Ahora, Court se sentía arder en el vacío, con tanta intensidad como si se estuviera inmolando como un bonzo: pero en vez de verse reducido a cenizas, se sentía crecer como un rascacielos empinándose sobre sí mismo. Se sentía, por momentos, cada vez más enorme y extraño.

Court se izaba sobre todas las cosas, ascendiendo a los cielos como un cóndor sobre las más altas cumbres. Creciendo hacia arriba como la planta gigante del cuento “Las judías mágicas”. Sentía su frente hacerse cada vez más ancha, como un larguísimo rompeolas. Mientras cruzaba la nada, enormes olas de vacío y espacio se estrellaban en su dique viajero. Volaba con la mente por el infinito agreste y exuberante, hacia el todo más incomprensible, aunque tangible. Sentía que montaba a caballo cogido de la crin de la verdad absoluta y que sólo tenía que mirar a los ojos de su montura para lograr ser inmortal. Se encontraba a punto de conocer la verdadera y única verdad, y su corazón trepaba de exaltación y de emoción desde su garganta hacia arriba. Su cabeza se había convertido en una esfera gigantesca y se sentía como un enorme planeta pensante desde una sombra del Universo. Court contenía en sí un cosmos de sabiduría que fluía de sus ojos al corazón, como un gas: fugaz, sin permanecer, grabando al fuego sobre su pecho cada instante transcurrido en esa inmensidad. Viajaba en el tiempo pero hacia atrás: se dirigía hacia el Big Bang para llegar en el momento justo en que el vientre de la nada del más allá estalló en luz para convertirse en este universo... Y justo ahí, por un agujerito no mayor que el de un alfiler, justo allí donde se encontraba el útero de entrada hacia el plano de la existencia superior, y estando maravillado de las maravillas que, contumaz, presentía dentro de esa total oscuridad...

El delirio de Demian Court

allí, escuchó de nuevo esas voces tintineantes e irreales que provenían de su interior. Esas voces no eran exactamente voces puesto que hablaban con unos vocablos que estaban formados por sensaciones, certezas y emociones. Court, aún a pesar de lo novedoso de este lenguaje, lo comprendía a la perfección y percibió que se trataba de una conversación entre dos seres celestes.

—Ahora le voy a conceder su misión —decía una voz del todo circundante.

— ¿Sí? ¿Cuál? Anda... sorpréndeme, Fishbone— decía otra siseante, cual aire disparado alrededor de una flecha.

—Le concedo ser mi profeta y mártir, mi Cristo terrenal, y mi palabra celestial, el mito de la salvación, mi propio yo alojado en sus entrañas junto con todo el resto de lo celestial —esta sentencia hizo temblar alguna parte indeterminada de Court.

—Hacía tiempo que no jugábamos con los seres carnales al juego de las certezas —dijo la voz más femeninamente prístina—.

—Sí, querida Iridian, es que suelen salir bastante trastornados por la experiencia. Y aunque embriagados de delirio, siempre tienden a transfigurarlos todo: lo cierto es que mientras les dura la visión, son unos seres esplendorosos... pero el misticismo que experimentan los acaba convirtiendo en víctimas de su propia excelencia —esta voz con graves masculinos que sonaba como con vibráfono y unas nubes oscuras, envolvió la mente de Court.

—El sufrimiento los ensalza, tanto como su tesón hace girar sus mundos —prosiguió esa voz cavernosa del ser llamado Fishbone, para luego añadir— El sufrimiento no importa,

sólo importa la belleza. El sufrimiento es una cualidad humanamente exótica: el brillo del asombro, que no la letanía de la tristeza –siguió penetrando la voz gutural como un traquetel dentro de Court.

– ¡Qué juego más emocionante! De entre todos los entes posibles, los humanos vivientes son de los diamantes más raros porque su cuestión visceral es trepar continuamente a través de sus enrevesadas paradojas, y su ignorancia les revoca, de forma convulsiva, a desenlazar las cuestiones más irresolubles, y todo este estado de imposibilidades los hace más bellos –dijo la voz juvenil de Iridian, que pinchaba con cristales de emoción en alguna parte del centro de Court– ¡Empieza ya, por favor!

–De acuerdo, ¡empieza la función! De pronto, mi elegido va a leer una carta mía desvelándole las certezas celestiales fundamentales, y a partir de ahí, todo caerá de cascada en remolino.

Court, de pronto, se sintió como un bebé un instante antes de nacer. Sintió que estaba de regreso de lo desconocido, cargado de más interrogantes que, por imposibles, borraban todo rastro de su anterior caminar por los prados de la certeza. Había pasado de largo la nada, repasando toda su vida en fracciones de momentos súbitos y sincopados girando dentro de sus párpados. Sentía sacudidas por todo el cuerpo, como el traqueteo de un tren. Un tren que corría y corría cada vez más y enfilaba por un túnel atronador y doblegándose de costado, tomaba una curva interminable. Su cuerpo empezó a perder el equilibrio, a inclinarse y a inclinarse... hasta girar sobre sí mismo y quedar boca abajo.

Court sintió todo el peso de su sangre estrellarse dentro de sus

El delirio de Demian Court

ojos. Todo era rojo. Rojo tóxico. Su cara giraba. Su cara virtual también sobre la página fantasmal desplegada en la mesa.

Su figura giraba como molinillo de viento bajo el influjo de un ciclón. Extrema sensación de velocidad. De pronto un golpe seco, como salir soltado desde el techo y caer de una sacudida sentado sobre la silla oportuna. Abrió los ojos y vio delante de sí, de nuevo, el extraño papel holográfico: parecía transfigurarse en un extenso párrafo de palabras desconocidas que, sin embargo, Court podía leer. No podía apartar la vista de ese críptico texto y el escrito ante él repentinamente prendió fuego en letras flamígeras.

EL TIEMPO SÓLO HABITA EN LA MENTE

Y las letras flamígeras decían así: «Soy, y fui, Fishbone. Aquí reposo. Aquí descanso. No tengo prisa. Ya estoy muerto. La vida no corre para mí, ni siquiera estoy. No existo. No soy. Oscuridad y luz es lo mismo. Desde el ataúd no se ve el sol. No se ven las estrellas. No se ve el ataúd. Estoy en la nada. No tengo cuerpo. Ni un deseo. Ni una necesidad. Estoy conforme, sé que es extraño, pero estoy conforme con mi condición de muerto.

Soy tal vez espíritu. Soy un gas. Soy mi propia esencia. Soy puro yo. Soy fuego y desde las hogueras escucho los pensamientos humanos. Y me río... Desde que he muerto todo me hace reír. Me hace reír dónde «no estoy». Me hace reír lo que «no soy». Me hace reír todo lo que sé. Me hacen reír los vivos. Me hace reír que sufran. Lo sé todo de ellos. Todas sus pequeñas cosas. Todos sus secretos, hasta los que jamás confesaron. Porque ellos existen pero, sin saberlo, forman parte de mí. Sí, los vivos forman parte de los muertos y los muertos residen en la esencia del fuego: y desde sus flamas pueden presenciar este mundo.

Todo ser forma parte del Todo. Menos vosotros, los humanos... que bajo cláusula temporal andáis metidos dentro de vuestra crisálida corpórea y tenéis condicionado vuestro entendimiento a vuestros sentidos. Aquí, en el vacío, todos los entes de los muertos estamos juntos ensamblados en un absoluto, unidos por un entendimiento que vosotros, los humanos corporales, no podéis experimentar.

Vosotros, los corporales, elegisteis por propia voluntad estar aquí, en el ámbito universal, para disfrutar del dolor. Antes estabais como yo, en el no espacio del más allá, conectados

El delirio de Demian Court

a un continuo fluido emocional. Esa confluencia continua de sentimiento esencial en nuestra congregación de entes, suele producir, en su más álgida representación, oleadas de implosiones en cadena. Estos oleajes, vosotros, los disminuidos sinápticos, sólo los podríais identificar como descargas de tormentas de amor. ¿Creéis que sabéis qué es el amor? Pues no, no lo sabéis. El amor es el modo de energía más sublime, más potente, más fugaz... producida desde todos los ámbitos de lo inimaginable. Y así, en la confluencia de varios millones de millones de entes incorpóreos ensalzados en corrientes de emociones, se producen tormentas de implosiones debido a sobrecargas de energías de amor.

Entonces, en una oleada súbita de amor, esos entes exaltados deciden salir disparados hacia cualquier forma de existencia que represente un modo u otro de condición de enervación del amor. Y tal vez, unos miles decidían vivir como humanos. Porque ser humano es bello, y la belleza es la cumbre de la pirámide del amor. Pero, ¿por qué es bello el humano? Porque el ser humano se creó bajo la premisa de sentir la falta de amor y esto hace que su existencia sea bellamente paradójica.

Sobresaltados, nosotros, los entes celestiales, como futuros seres vivientes, nos deslizamos por el túnel del nacimiento. Ése que empieza justo aquí, en el centro de nosotros mismos, para surgir de un vientre materno a las bóvedas del palacio del Universo de la luz, y de pronto, de esta forma: existir.

Las oleadas súbitas de amor aparecen como caballos al galope sobre un mar vibrante de vientos. Todas las almas se ven sacudidas por un dulce sentimiento de amor al prójimo. Sus corazones “no físicos” empiezan a latir y a reventar con fuerza, cual bombas imposibles de creación.

Todos, desesperadamente felices por amar más, por sentir más el amor, por emborracharse de su sensación de deleite, sucumbimos ante la desesperada belleza de ser seres humanos.

Como humanos encauzamos la existencia en el cuadrante plano del razonamiento. De ahí que la declinación humana es la de hacer todas las preguntas posibles. Tal es el caso, que cuando solamente quedara una pregunta por formular en todo el universo, cuando todas las preguntas del humano fueran respondidas por el propio humano, el humano cambiaría el avance de la ciencia por otro estadio existencial mucho más elevado que el del pensamiento: el estadio del sentir absoluto, y en línea de su progreso, alcanzarían en forma humana nuestro más allá.

El humano está ligado al pánico y al vértigo de su propia existencia, por ello a todos sus miedos los ha llamado “la voluntad divina”: así se ampara de su desconocimiento del devenir de los días en algún poder supremo. Pero ese dios somos todos. Dios es el amor que somos capaces de sentir, dios es una bomba de sentimientos, dios es el ectoplasma de toda la existencialidad sumidos en el querer a todo y a todos, dios es belleza, dios es arte, dios es risa y felicidad y éxtasis... Dios somos todas las almas en simbiosis con el todo. Todos hemos creado el todo, y todo lo hemos creado por amor. Nuestra esencia va cambiando de disfraces existenciales, pero en esencia siempre somos nosotros mismos.

Aquí, el humor va de la mano del amor. La risa y la alegría son los efectos secundarios del éxtasis del amor. La risa también estalla en tormentas de olas de amor. Toda la bóveda celestial está llena de desaforados bromistas y la prueba está en el hecho de que el ser humano deba sentir la falta de amor.

El delirio de Demian Court

Es tan sólo una ocurrente broma celestial y por eso a pesar de que amamos al humano, nos reímos continuamente de su dolor. Sobre todo, hay una razón muy importante para ser buenos: hay una parte que no he contado... Cuando el verdugo, el sádico, el torturador, el violador, o el criminal de guerra, se encuentra con sus víctimas en el ámbito celestial, lo pasan fatal porque no pueden reírse en absoluto. Se sienten profundamente culpables mientras sus propias víctimas, aun así, les aman como a los demás y les perdonan con toda sinceridad ante la magnificencia de ese estado incorpóreo. Y se acurrucan a ellos y lamentan que se sientan tan mal. Pero ellos, ante esa misma magnificencia, se sienten ruines y no pueden perdonarse a sí mismos. Se sienten feos interiormente en comparación a toda esa belleza colindante, porque su risa es fea como si a su sonrisa le faltara un puñado de dientes. Su risa suena a ruindad porque, sin pretenderlo, en ella afloran ciertas características de sus personalidades que suenan a maldad: como la risa de una bruja de los cuentos de Andersen. Permanentemente, se odian a sí mismos y no se consideran dignos de la excelencia del amor, y así, ante sus sentimientos propios, no consiguen jamás alcanzar el éxtasis de la estima absoluta. Por ello se encarnan una y mil veces en el universo del dolor, para ver si sufriendo mucho y mucho, llegan a ser indulgentes consigo mismos. Así pues, los culpables de grandes holocaustos se carnifican miles y miles de veces... y aun así, no pueden sonreír, ni reír, ni amar en el ámbito celestial. Soy Fishbone... y volveré en otro momento con más verdades rotundas.»

Court abrió de nuevo los ojos y ante sí vio que unas manos llameantes le tocaban la frente y la cara y con el estampido de un látigo, se retiraban fulminantes al centro del artefacto de papel, desapareciendo como humo de hoguera en espiral.

UN MINUTO ANTES DEL VÉRTIGO

Smith estaba en The Black Black Hole. Era una taberna antigua, muy grande y llena de arcos, con una barra de pared a pared y mesas de madera ennegrecida debido, seguramente, a los años y años de desgaste cotidiano. Había grandes cuadros oscurecidos también por los años y por la abundante deflagración de nicotina. Colgados aquí y allá, en las holgadas paredes, estaban tan llenos de polvo que apenas se distinguía lo que debía ser la imagen de algún antepasado del primer dueño del antro. Normalmente, allí se reunía gente muy pintoresca y animada: charlaban desenfadadamente en un bullicio que superaba con creces el volumen de la música que salía por los altavoces. Entre el rumor de las palabras, se oía continuamente el entrecuchar de las jarras de cerveza. Se podía ver apoyados en la barra tanto a roqueros motoristas como a obreros de asueto o a mujeres de la vida con proxenetas colgados de sus sombras.

También estaba el típico beodo asiduo, o acaso algunos pandilleros haciendo piña, como también camellos de hachís o marihuana con incógnitos pases business, consentidos tácitamente («ya que dinero llama a dinero») por el actual dueño cosmopolita del local.

Antes de acabar en el pub, Smith se había acercado al centro forense a ver, con sus propios ojos, al niño accidentado causante del extraño hallazgo que tanto los había perturbado. La impresión hasta le había quitado el habla, pero ahora, después de tres pintas espumosas, había vuelto al dominio natural de su boca.

—Para tatuaje el que he visto hoy en el depósito de cadáveres, colega... —dijo Smith a su amigo rastafari llamado Orlow, o

El delirio de Demian Court

Wolf según la ocasión, quien, por su porte, tenía verdadera afición por los gráficos epidérmicos—. Un tatuaje increíble... —prosiguió Smith, sin importarle si había sido escuchado o no— Tendrías que haberlo visto, estaba hecho a fuego sobre la piel de un niño. Y sí, era un tatuaje... el más extraño que he visto en mi vida. Bueno, en realidad, tal vez no se tratara de un tatuaje... más bien tenía la pinta de huella de un crimen atroz.

Por su parte, Orlow tenía muchas ganas de hablar y de hacer chistecillos fáciles, como siempre cuando ya llevaba un rato en la barra de esa taberna.

—Dime, colega, ¿te refieres a un tatuaje peor que el de Dunny, que lleva un wáter en el pecho con la frase «mejor cagarse en todo que ser un mierda»? —Orlow acabó la frase riéndose de su ocurrente comparación mientras balanceaba su cerveza que, por momentos, sostenida por su ebria mano, perdía la verticalidad. Sin embargo, Smith ni siquiera había prestado atención al absurdo comentario jocoso de Orlow, y al igual que él, prefería hablar que escuchar.

—En serio, Orlow, era algo horrible... Estaba sobre la espalda del niño y tenía la extraña forma de las palmas de dos manos que estaban profundamente abrasadas sobre su piel. El niño que esta misma tarde había fallecido al caer.

—Bueno, tal vez fue un empujón de la Antorcha Humana de los Cuatro Fantásticos de Marvel — Orlow volvió a acabar su frase con una risita satisfecha de tanto ingenio. Estaba tan a gustito con el canuto que fumaba a escondidas de los camareros, que se creía definitivamente un gran chistoso con incomparable mérito propio.

—En serio, Orlow, estoy desolado. Hoy han pasado cosas muy,

muy extrañas... las más extrañas de mi vida.

—Para cosas extrañas, el costo que me ha pulido el Bufo. Mira que apesta a petróleo, pero después de un par de porros acabas bien, bien a gusto.

— ¡No me escuchas, jodido! Estoy hecho polvo.

—Bien, bien, decías que te han pasado cosas muy extrañas, ¿dime, qué cosas extrañas, colega? Te juro que te escucho atentamente —y Orlow volvió a reírse entre dientes al acabar su frase, condescendiente con las preocupaciones de su amigo en aquel momento, y aunque le importaba todo un carajo, le puso a su amigo cara de escuchar atentamente, pero con una burlesca exageración en su expresión, claro. Smith se lo miró apesadumbrado y se quedó en silencio.

— ¿Y? —insistió Orlow.

Smith quería a toda costa despertar la atención de su amigo pero sabía que no tenía que hablar de ello con aquel gilipueñas charlatán, y al mismo tiempo no se podía contener de contárselo: la tentación de dejarlo asombrado era demasiado grande. Y ¡qué caray!, él también era un buen charlatán.

—He tenido una experiencia paranormal, tío. —dijo Smith susurrante, en tono de confidencia.

— ¿Qué? —la expresión de Orlow se desencajó de extrañeza, aquella confesión eran palabras mayúsculas y prometía una buena puya de burlas por su parte.

—Anda Rugther, ¿me tomas el pelo?



—En serio, Wolf, yo mismo lo he visto. Lo miras y es muy extraño, lo ves y no lo puedes creer, es... como un tablero de papel que se apodera de ti y que te roba la imagen, y luego como un espejo repite todos tus gestos en el aire, ¡pero no es más que un papel!

— ¡Vete a la mierda! ¿De qué hablas, tío?, ¿has estado viendo el Exorcista por millonésima vez? ¿Cómo puede un papel apoderarse de tu imagen? ¡Tú lo que has visto es una foto de cuando eras hippy! Pero como ibas tan ciego te has creído que se movía sola y ahora estás aquí, lloriqueando en mi hombro de amigo consentido.

—Dime Orlow, ¿te he mentido alguna vez?

— ¡Bueeennnoooo! Mentido, mentido... no, si acaso has exagerado alguna vez un poquiiito.

—Esto ha sido un crimen terrible, Wolf, ha sido un maldito infanticidio y estoy cada vez más seguro que lo han hecho ciertas fuerzas sobrenaturales, te lo juro tío...

—Eres bastante capullo, ¿cómo puedes creer en cosas sobrenaturales? Fumando tantos porros como fumas todo el día, ¿no ves que a estas horas estás totalmente flipao?

—Pues tú te chindarás las venas cuando te lo demuestre y me creas, ¡maldito negro cabezón!

—Hasta que no lo vea, no lo creo —dijo burlonamente Orlow, haciendo tonada de chinchate, chinchate. Luego, desafió a Smith diciendo: — Demuéstramelo si puedes, pero no me vas a hacer creer en fantasmas a estas alturas, aunque que te vistas con una sábana blanca por encima, maldito negro embustero.

El delirio de Demian Court

—¡Ya te cliché, ya! —Le respondió enojado Smith—. Me tienes de “amigo felpudo”, cuando hay sol te arrimas a broncearte y cuando llueve me pisoteas para irte corriendo, ¿no eres capaz de creer en mí y en mi simple palabra? ¿Y si mañana te traigo la prueba definitiva?

—Perderé otra vez el tiempo escuchándote divagar sobre tus alucinaciones porreras.

—Ven mañana al parque de los conejos y te lo demostraré. Cuando lo veas, me vas a soplar el nardo, colega: ni te imaginas cómo podrías despeñarte por las alturas de mi palabra más legal, si esto son alucinaciones mías.

—Pues mañana estaré esperándote en el parque. Y si cuando te despejes del globo porrero no vienes, te iré a buscar yo mismo con un bate de béisbol especial para tu cabeza de capullo gigante.

—Tú estate ahí y no se lo cuentes a nadie, ¿eh?

—No te preocupes, hermano, seré una tumba —y Orlow de nuevo acabó la frase entre risitas de intenciones sarcásticas.

La borrachera siguió por su cauce, pero ambos, importunados mutuamente, habían dejado de dirigirse la palabra aquella noche. Supuestamente estaban demasiado entretenidos escuchando la música de los altavoces que, con el jaleo imperante, apenas se distinguía. Ambos se fueron a dormir tras la consecución de otros dos o tres leves conatos de discusiones sobre ocurrentes temas absurdos dignos de percebes como ellos.

Smith fue para su apartamento. Se sentía un poquito mal por

haber desvelado el secreto de Court. Bueno, quizás Court ni se enterase de su desliz. Si él no se lo confesaba, ¿cómo acaso se iba a enterar? Pero Orlow tendría que creerlo o él quedaría como un mero charlatán de tabernas, ¡y eso nunca! Se metió las manos en los bolsillos y apresuró el paso hasta su apartamento.

— ¡Hola!

Ya era el día siguiente cuando Smith abrió la puerta del despacho y vio que detrás de su escritorio aún estaba sentado Court. La persiana estaba bajada, y apenas se le distinguía en la oscuridad.

— ¿Qué tal noche has pasado? —dijo retóricamente Smith.

— ¡Ahhg! Fatal... —Court tenía una mano sobre el pecho y respiraba de una forma muy agitada mientras seguía sentado frente a la mesa. Sus ojos tenían el rasgo atribulado de haber estado largamente desorbitados—. En mi vida había tenido tantas visiones juntas —dijo—, ni cuando era joven y no paraba de tomar LSD. He caído en una especie de trance mientras miraba las figuras del dichoso papel, y he llegado a sentir cosas muy extrañas a las que no encuentro explicación.

—Ya —dijo Smith, soltando uno de sus gorgoteos burlones—. Te tengo dicho que no solo de café vive el hombre, y básicamente te estás alimentado de café y de cereales desde que has empezado tu maldito régimen. Y claro, la desnutrición te está provocando visiones transcendentales —Court le contestó con un silencio. Smith acababa de decir tal tontería, que no merecía respuesta. Smith se impacientó.

—Y después de un análisis exhaustivo de tal fenómeno

El delirio de Demian Court

extraño, doctor Fronkostin –lo llamó Fronkostin en alusión a la película El jovencito Frankenstein–, ¿cuáles son sus categóricas conclusiones?

–Pues creo que se trata de una revelación –concluyó Court. Smith, en un respingo disimulado, contuvo la risa y para ello apartó la vista y desenvolvió con habilidad el celofán de un chicle usado que se metió de nuevo en la boca, aunque ya hubiera perdido todo su sabor. Pero es que a Smith mascar goma le daba cierta relajación, aunque la mascara con todo su nervio.

–Pues yo, ayer, fui al depósito forense y vi el cadáver de aquel niño precipitado. Y bueno, para crear más suspense a la situación actual, pude ver que aquel niño tenía sobre su maltrecho cuerpecito la marca de las palmas de unas manos flameadas sobre la espalda. Te lo juro Demian, parecían estar infringidas al fuego. No puedo imaginar qué puede representar todo esto, pero si ha sido un crimen, no tiene nada de uno normal –acabó Smith, casi murmurando para sí.

– ¡Luego, luego! Luego me lo cuentas –atajó Court con presteza–. Estoy demasiado cansado, ahora lo que necesito es dormir... dormir profundamente... –Court fue hacia el rincón de debajo de la ventana, y como si fuera lo más normal del mundo, se tumbó sobre el gélido suelo enroscándose sobre sí mismo y así se quedó dormido en el acto.

SALTANDO SOBRE LOS SEGUNDOS

Smith se quedó en trance mirando el diabólico papel embrujado que seguía conteniendo realzada la cara de Court, ahora plácidamente durmiendo con grave expresión de sosiego. Smith primero se sentó frente al papel con las piernas cruzadas y las manos extendidas sobre el borde de la mesa, examinando el fenómeno con toda su atención, pero luego se incorporó del asiento en un síncope, al ver que la imagen giraba a voluntad propia atrapada en un extraño y repentino frenesí. La imagen de Court se elevaba como una evanescencia sobre sí misma y ampliaba sus dimensiones ante él, como si se tratase de la imagen de un proyector de cine sobre la pared. Al mismo tiempo, la imagen se elevaba como una lánguida llama hacia el techo que volvía a sumergirse en su soporte plano, como un bañista saltando a la piscina desde un trampolín. Después cruzaba el nivel de su reflejo y seguía traspasando hacia las profundidades el interior de su propio fondo, hasta atravesar el plano de la mesa, luego el del suelo, y seguir traspasando también el de otros suelos mucho más improbables. En un descenso consecutivo, el fenómeno atravesó y atravesó fondos como si se tratara del corrosivo ácido sanguíneo de la furtiva criatura de la película "Alien".

Parecía que profundizaba más allá del asfalto, más allá de la tierra virgen, entre la más densa oscuridad conocida. Smith luchó contra el negro, el cual, de pronto, estaba abrazándolo amenazante por el cuello. Sabía que, sin embargo, seguía siendo de día: a pesar de su imperiosa ceguera repentina. Tenía que convencerse, cada momento transcurrido dentro de esta penumbra de acero, que seguía siendo irreversiblemente de día. Con esa certeza se esforzó en abrir los ojos dentro del manto de la más absoluta negrura. Por fin, con empeño inaudito, los abrió. Volvió a ver la habitación tal como él sabía

El delirio de Demian Court

que era en realidad. Y con el propósito de encontrar más intensidad de luz, intentó torpemente ir hacia la ventana. Lo consiguió tras estar moviéndose hacia ella en un tortuoso ir andando contra la fuerza de un muro, en cámara lenta. Smith abrió la ventana colmándose de triunfo y la brisa matinal le abofeteó súbitamente las encendidas mejillas. Entonces, sus pies tropezaron con el cuerpo de Court dormido en el suelo, que yacía extasiado por la profundidad de su relajación y volvió a vislumbrar en sí todo el decorado de la más probable realidad.

«Qué extraña sensación de flotar», se dijo sólo para sí. «Me sentía blando como una nube de golosina», se siguió diciendo. Y así logró ahuyentar esa atribulada sensación de extrañeza que lo embargaba. Entonces sacó la cabeza por la ventana, no sin esfuerzo contra esa amenaza persistente de irrealidad, para ver algo tangible de este propio mundo. Un empujón impetuoso del aire de la calle lo despejó aún más y Smith se dijo que «Orlow tendría que creerle, porque él no mentía nunca, en todo caso alguna vez exageraba». Miró a Court durmiendo al borde de sus pies y ante la visión repentina de su rostro, se quedó estupefacto. Volvió a mirarlo aplicando toda su atención de sus sentidos y constató lo que había visto: Court tenía la forma de unas grandes manos flameadas sobre la cara.

«Es como la huella de una plancha después de que la suegra te eche a golpe de electrodoméstico fuera de tu casa», pensó para sí, jocoso. Era la forma de unas manos extendidas, como si cubrieran la cara de Court de la visión involuntaria de algún intenso horror. Parecían estar abrasadas sobre el enrojecido cutis de Court, casi se podían ver las huellas digitales de los dedos sellados sobre su frente y sus frágiles párpados. A Smith se le ocurrió mirar las palmas de las propias manos de Court,

pero no tenían ninguna señal de haber estado sosteniendo ascuas. Y entonces tuvo otra certeza. «Aquellas manos en la cara de Court eran las mismas manos que entumecían la espalda del niño que vio en el depósito de cadáveres».

Después, Smith también se vio sumido en una conclusión a la cual ya había llegado por otra ristra de certezas, pero nunca dotada de la evidencia asumida por él en ese momento. «Estaba claro que se trataba de un crimen sobrenatural. Seguramente el niño no había fallecido de modo accidental», pero se le cruzó por la cabeza otra cosa, la cara que pondría Orlow si él le mostrase que este fenómeno fantasmagórico era tan real que permanecía irreal ante los ojos de los oportunos testigos sin desmentirlo. Mostrándole cómo una imagen podía surgir improbable de una lámina de papel extendida ante uno, Smith, de una vez por todas, tendría la oportunidad de desarticular todas las ganas de escarnio y burla de Orlow en su propia cara. Smith comprendía bien que este asunto no era una de las prioridades razonables para empezar a desentrañar el caso de este crimen paranormal, pero su espíritu disparatado de conejo chiflado a lo Bugs Bunny, podía más que él mismo, y que toda sensatez. «Si cabía alguna posibilidad de que alguien hiciera una trastada de las grandes, seguro que la protagonizaría él, el propio Rugther Smith en persona.»

En un vuelo en rasante, después de esta determinación, cogió el papel extraordinario de encima de la mesa y lo dobló con cuidado. Después, lo metió en el bolsillo interior de su chándal blanco con franjas negras y salió disparado por la puerta en busca de la desconcertada aceptación de Orlow.

El delirio de Demian Court

LA RISA EMPIEZA EN EL INFIERNO

Smith sabía que a esas horas de la mañana iba a encontrar a Orlow en el parque, pues estaba últimamente cobrando el paro. A principios de año, había trabajado como jardinero municipal en la temporada de la poda. El chaval no tenía empleo fijo, pero era precisamente lo que él pretendía: no estar atado a ningún tipo de empresa y no cumplir toda una rutina repetitiva cada día del año. Su privilegio era, pues, su empleo a tiempo parcial que le permitía conservar, eventualmente, su necesidad de sentirse en estado de libertad.

Mientras Smith se dirigía hacia el parque de los conejos, imaginó que Orlow pudiera traicionarlo y lo estaría esperando rodeado de un montón de esos pandilleros pellejudos, sólo con el fin de desmontarle, a base de chistes fáciles, el fenómeno trascendental que Smith le había prometido bajo palabra. Pero a pesar de este riesgo, que ya intuía como algo seguro, sabía que si lograba por un momento estar a solas con él, le haría tragar de un susto todo su afán de comicidad.

Smith llegó al parque y ya vio de lejos que el banco al que iban asiduamente a fumarse sus porros, estaba abarrotado de esos tíos que le caían tan mal por el hecho de llevar esas desmesuradas cadenas y anillos de oro: haciendo, en contra de su propia tolerancia, una patológica apología del materialismo y de la falsa ostentación. A Smith le causaba verdadera repulsión. Otro era el caso, según su parecer, de esos paisanos de raza gitana que, forrados de oro, representaban su habilidad para desenvolverse comercialmente en caso de grave carencia, debido a su propia y verdadera condición de marginales: más seguro que en ese caso un gitano jamás pasaría hambre, mientras que uno de esos polluelos de la moda callejera jamás tendría agallas suficientes para superar una verdadera debacle

en sus vidas. Pues sí, allí estaba Orlow, rodeado de media docena de chicos de una pandilla de raperos, con su música a toda ostia.

Smith se acercaba enfurruñado, mientras Orlow en su trayecto se lo iba mirando venir, sonriendo inocentemente.

— ¡Joer, Wolf, te dije que tú solo! —gruñó Smith, notablemente desinflado.

—Y estoy solo, Rugther, solo... con unos amigos —dijo Orlow, y le mostró su sonrisa traidora más blanca—. Gente guapa del parque —dijo a continuación, mientras pasaba su mirada burlona sobre los rostros indolentes de toda esa marea de pseudo callejeros infernales.

—Tienes que venir conmigo, aquí no es buen sitio para demostraciones. Esto lo tienes que ver tu solo, tal como quedamos.

Al decir esto, entre los pandilleros se oyeron algunos bufidos y gruñidos, más amenazantes que de desaliento.

—Vale, vale... tío. Pero estoy aquí con unos amigos —repitió Orlow, que no parecía tomar conciencia del inconveniente que le estaba causando a Smith, y en todo caso, si lo percibía debía estarlo disfrutando secretamente con disimulo.

—Vámonos, tío, no seas gilipueñas —contestó Smith visiblemente exasperado.

En estas que uno de esos tipejos intervino con chulería, haciendo ciertos aspavientos estudiados con las manos que servían de proclamación rapera.

El delirio de Demian Court

— ¡Hey, men...! Yo también quiero ver el polstergueist ese que nos ha dicho que traías el pollo éste —era un tipo más alto que un edificio de doce pisos, acharrancado sobre el banco delante de Smith. Todo vestido de blanco, con un bigotillo muy fino, su gorra estudiadamente al revés y pantalones a lo tipo cagado, como se llevan hoy en día: o sea, lo suficientemente caídos para mostrar que los calzoncillos son de la marca adecuada más prestigiosa. Estaba esperando oír que sus subalternos hicieran toda clase de exclamaciones aprobatorias a sus comentarios.

—No, no puede ser, es alto secreto, ¿vale? Es un asunto criminal que no se puede difundir y Wolf es mi testigo, ¿vale, tío? —Smith no conocía de nada a aquel tipo, ni ganas, y seguramente, aquel le podría partir la cara con mucha facilidad, pero no dejaba de ser un payaso para Smith. El tipo ese se rascó la frente con una extrema y larga uña y exagerando una expresión de reflexión, dijo:

—Pues yo tengo una pipa de agente secreto, soy el agente cero, cero, bang bang —dijo aquel hombretón. Y lo apuntó con el índice y lo engatilló, amenazador, con el pulgar.

—Mira, lo siento hermano, es una cuestión de vida o muerte

—dijo Smith en tono apremiante mientras iba sin disimulos tirando del brazo de Orlow para alejarle de allí.

—A mí no me importa que tú te mueras, brother, pero yo soy Rick el Plata y tengo que saber qué es este invento que traes: aquí nadie trae inventos paranormales sin que yo lo diga —y le enseñó una blanca hilera de dientes amenazantes en la que a juego con sus collares lucía un colmillo de oro típico de los de su ralea.

— ¿Paranormal...? ¡Anormal lo serás tú! —dijo Smith en un acto suicida, pues aquello no tenía solución pacífica posible, y acto seguido, agarró fuerte de la ropa al tontainas de Orlow y empezó a correr con sus Converse negras de media caña mientras Orlow le seguía.

Ciertamente, el gigantón de Rick el Plata corrió patoso y muy enojado detrás de ellos: Smith volaba como un gorrión y Orlow saltaba como gacela. Ambos se precipitaron hacia la salida del parque. Orlow, mientras corría, se reía abiertamente de la situación dificultosa que le había llegado a crear a su amigo Smith. El grandullón de Rick el Plata se detuvo a coger aire, pero sus compinches eran más veloces y más delgados y les pisaban peligrosamente los talones. Smith y Orlow se adentraron por las calles del Soho que, siendo día de mercado, representaba una intrincada maratón de obstáculos: con los tenderetes de ropa y discos de segunda mano, así como los de cerámicas, lámparas, teteras, antigüedades, monedas, sellos y puestos de comida rápida... toda abarrotada de paseantes. Aunque Smith y Orlow se confundieron entre el gentío, a base de presurosos y molestos empujones, los cuatro o cinco pillastres aquellos los seguían sin perderles la pista y no desfallecían ni desistían en matarlos. A Orlow, que era un poco más grueso que el fibroso de Smith, de puro agotamiento, ya le faltaba poco para rendirse o, en todo caso, plantarles cara a esos tipejos frente por frente en una pelea de machotes. Pero Smith, viendo las intenciones de su amigo, tiró de él apremiante para hacerlo desistir de tal actitud, pues estaba seguro que aquellos tipos no lucharían limpio con los puños: sacarían por medio alguna faca y ni Smith ni Orlow iban nunca armados. Así que Smith instó a Orlow a seguir corriendo a pesar de sus resoplidos. Después de un rato girando cual ratones y gatos entre aquella multitud, consiguieron un poco de ventaja sobre sus perseguidores y enfilaron por un callejón y luego por otro,

El delirio de Demian Court

y luego por un par de callejuelas más, y después de girar otro recodo, ya se sintieron más seguros y se pararon a mirarse.

Entonces Orlow se puso a reír destripadamente y Smith, enojado, se encaramó a una tapia que bordeaba toda la calle y desapareció por encima de ella. Orlow extenuado pero sin parar de reírse, sujetándose los flancos del dolor que le producía su propia risa, siguió a Smith. Cuando ambos cayeron del otro lado, resultó que estaban en un antiguo cementerio rodeando una pequeña ermita en su centro.

Lo primero que dijo Smith viéndose ya fuera de peligro fue un:

– ¡Tío, estás loco! ¿De dónde diablos sacaste a estos tipos raros?

– ¡Yo qué sé! A veces me invitaban a porros mientras yo curraba de jardinero, y luego, a veces yo les compraba hachís.

–Sí, hachís con sabor a petróleo, ¡tú sí que sabes, doc!

–Bueno, es que cuando estoy sin pasta tengo que hacer el buitre, “cooó, cooó...” –Orlow movió ambos brazos en forma del sobrevuelo de un ave carroñera.

–Pues cuidado con la carroña, buitraco, que no te vuele los sesos algún mafioso de esos, ¡con éstos poca broma! que a chulería no les gana nadie y nosotros acabamos de chulearlos, así que cuídate mucho de volver por el parque o te arrancarán la cabeza de un mordisco.

Después de andar un rato sobre el tupido musgo que cubría el lugar, se sentaron sobre una lápida descantillada y musgosa y se quedaron en silencio.

Smith pensó que ese precisamente era el momento oportuno, el momento para vengarse del escarnio y la burla continua a la que siempre le sometía Orlow a pesar de su verdadera amistad. Smith se metió, decidido, la mano en el bolsillo interior de su chándal negro con franjas blancas y sacó el increíble papel. En un gesto indolente, tan poco transcendental como pasarle a su amigo, tranquilamente, uno de sus porros cotidianos (tal como se han de compartir siempre los porros), le entregó el papel formidable a Orlow. Este, sin entender lo que sucedía, lo desdobló sin darle importancia y sin saber lo que tenía entre las manos, hasta que vio que el papel, delante suyo, se desplegaba en unos símbolos luminiscentes que flotaban por encima de su superficie.

Orlow dio un respingo para atrás y abrió los ojos, tan grandes como las lentes redondas de unos prismáticos para campos de batalla marca Acme. Los símbolos desconocidos que flotaban sobre ese imposible papel, en un movimiento serpentino, acabaron por formar el reflejo aéreo de su propio rostro de una forma mágica y formidable: como si Mary Poppins existiera en realidad y lo hubiera tocado con la punta de su paraguas.

Cuando Orlow se percató realmente de lo que estaba viendo ante él, surgió desde dentro de sí su peor expresión de terror. Regurgitó una exclamación de atroz incredulidad, para luego examinar el fenómeno con verdadero pavor y desconfiado interés a la vez.

— ¡Tío!, ¿con qué clase de escáner has hecho esto? —y mientras hablaba veía que la figura del papel también movía los labios con sus mismas palabras y su misma asombrada expresión. Orlow sintió que se le erizaban los pelos de la nuca como el frufú de un gato de angora—. ¡Tío! ¿Cómo haces esto?

El delirio de Demian Court

—Yo no hago nada, jesto es así! —Smith trató de tranquilizarlo con un tono de voz sereno, pero al mismo tiempo se estaba regocijando por las expresiones de horror de Orlow.

—Pero esto no es normal... ¡No es normal! ¡No es normal! —la mandíbula inferior de Orlow temblaba—. ¿Cómo sabes que no me están viendo desde otra parte ahora mismo? ¿O que esto no es un nuevo método de observación de la pasma? ¡En qué te has metido, chavall! ¡Esto no me gusta nada! ¡Saca ahora mismo mi imagen de aquí! ¡Jooeer, tío...! ¡Toma esto, yo me las piro!

—¡Oh, vamos Wolf...! No me abandones ahora.

—Lo siento, tío, pero me has puesto paranoico con este chisme, ¿seguro que no me vigila la pasma? —Orlow, visiblemente desquiciado, arrugó el papel y la imagen flotante de sí mismo que surgía del folio también se arrugó pero, contrariándolo aún más, no desapareció. En un ademán de pavor trató de romper a cachos el papel diabólico pero este no se rajó: siguió indemne, ofreciéndole nítida su imagen distorsionada.

—¿Esto qué es? —Orlow sujetó ante sí el papel alucinógeno con sólo dos de sus dedos, como con miedo de contagiarse de sus probables inconvenientes tóxicos.

—Maldito hijo de tu padre, ¿en qué lío quieres meterme?

— Smith, al ver su actitud destructora, trató de quitarle el prodigio de las manos y al mismo tiempo, de reojo, complacido, ocultó una sonrisa mientras percibía, tanto en su amigo como en el reflejo fantasmagórico, cómo la cara de Orlow se contraía de horror en aquel mismo delicioso momento. Orlow, como si se tratase de un papel caza moscas pegado

a sus dedos, hacía ademanes de lanzarlo lejos de sí. Pero antes, el lienzo demoníaco dio unas cuantas vueltas en sus manos, adhiriéndose de forma secuencial de una a otra: como si poseyera las portentosas ventosas de un pulpo amoroso. La escena casi delata, con una indiscreta carcajada, el disfrute de Smith por la extrema cobardía demostrada por su amigo. Finalmente, Orlow logró despegar el fenómeno de sus dedos y que saliera, con alivio, disparado de sus manos para caer sobre la hierba.

Smith, entonces, se apresuró a recoger del suelo el dichoso papel maravillas y lo volvió a guardar tal como estaba, hecho una pelota, en el bolsillo interior de su chándal.

– ¡Vamos, amigo! Yo sólo trato de saber qué es... yo tampoco lo sé. Vamos, ayúdame a investigar el fenómeno y a aclarar un crimen.

– ¡¿Que te ayude?! ¡Ayúdate tú a ti mismo, granuja!

– ¡Ya lo sabía, Wolf: eres un cobardica! ¡Acaba de quedar demostrado! –y entonces, Smith soltó una insultante carcajada en la cara de Orlow que, como último zarpazo de su venganza, no se molestó siquiera en ocultar.

– ¡Olvídame! –gritó Orlow completamente exasperado. Y se alejó de Smith maldiciéndolo, mientras cruzaba el cementerio a grandes zancadas, como si ya supiera dónde estaba la salida.
– ¡Anda, tatúate una gallina en el pecho! “clo, clo, clo...” –le gritó Smith, que se reía a plena mandíbula campante.

Orlow desapareció entre los setos y Smith se quedó allí, felizmente gorgojeando cual arrullo de paloma o perdiz.

El delirio de Demian Court

EL BAILE FELIZ DE LAS ÁNIMAS

Smith, en el momento en que ya había conseguido su propósito, exponer a Orlow al horror de lo desconocido, tenía que ir sin más demora a su despacho, declarado comercialmente “Detectives Avizor” (fue una idea de Smith a propósito de mantenerse siempre “ojo avizor”, a la que consintió Court solamente si quitaba lo de “ojo” por cuestiones fonéticas). El papel prodigioso en el bolsillo le producía un leve hormigueo. Y la cosa fue in crescendo: mientras buscaba la salida de ese lúgubre y húmedo cementerio, el fenómeno le hacía sentir palpitaciones y ardor sobre la piel del pecho, allí donde le rozaba con el cuerpo el bolsillo que lo contenía. Smith pasaba entre las lápidas, sin mirarlas, sin mirar a la escasa gente que llevaba ramos de flores a los difuntos. Gente con la que se cruzaba y que, caminando con firmeza, iba apartando de delante, sin brusquedad pero apremiante.

Pensaba contárselo todo al comisario, al teniente Funnes, a pesar de haberse quedado inconvenientemente con una prueba del crimen que llevaba arrugada en el bolsillo. Se iba diciendo a sí mismo: «Este caso es un crimen sobrenatural, con un criminal fantasma. ¿Qué clase de esposas usaríamos para apresarle? ¿En qué tipo de cárcel se le podría confinar?».

Notó un tirón en la chaqueta. Miró al bies y vio la mano extendida y teatralmente temblorosa de una mujer que le pedía limosna. Buscó unas monedas en el bolsillo del pantalón y se las entregó. Entonces vio que estaba justo en la puerta de la ermita. Una ermita bastante antigua y pequeña. Sin saber por qué, sintió la apremiante y visceral necesidad de entrar allí. No sabía en absoluto cuál era el motivo que lo impulsaba, porque él era resueltamente ateo y se burlaba de forma abierta de las subjetivas figuraciones de cualquier tipo de creyente religioso.

El lugar era apenas una cúpula con una aterciopelada y tenue luz. Smith quedó allí de pie, extrañado de sí mismo, al lado de la entrada, donde una pequeña concha de mármol contenía el agua bendita junto a una columna. Dentro de la ermita estaban tres ancianas puestas en devoción delante del confesionario que quedaba frente a una imagen de la virgen. Había decenas de candelas encendidas. Smith miró al extremo opuesto: allí se encontraba la figura de un santo atado a un tronco con flechas sanguinolentas clavadas sobre su pecho y que era reverenciado por otra multitud de velas colocadas a su alrededor. Al fondo, sobre el altar del centro, la imagen del Cristo de las Torturas, mirando con dolor una ristra de velas que lo alumbraban con mucho amor.

Smith sintió un dolor en el pecho. El papel en el bolsillo estaba ardiendo en grado de fuego. Se lo sacó del bolsillo, y como le quemaba, no lo resistió: la bola de papel cayó al suelo, justo al lado de un reclinatorio. Smith vio cómo el papel en el suelo empezó a emitir llamas crepitantes que ni lo consumían ni irradiaban luz tampoco.

Esas llamas anunciaban algún otro fenómeno asombroso al que Smith quedó expectante. Ascendían livianas por las ramas invisibles que sostenían, como brazos, el aire de ese lugar. Ascendían tantísimo, enroscándose en manos invisibles que ya llegaban a ser de la altura de una persona. Y así, como por efecto de empatía, las llamas de las velas que estaban postradas a los pies de la figura en madera de la virgen, empezaron a alargarse también de modo inverosímil: como los cabellos dorados de un ángel que soltase su melena desde el cielo y cayese en manto radiante sobre la oscuridad de la ermita. En el extremo opuesto, se añadieron las velas del santo acribillado por más de una docena de flechas que, al parecer, no eran las de Cupido. En frente, las velas del Cristo de rostro mortecino

El delirio de Demian Court

también ascendieron en forma de hilos dorados de fuego ignífugo: a pesar del refulgir, no abrasaba la penumbra sino que mantenía sus sombras impávidas.

Las llamas caracoleaban sobre sí mismas llenando toda la bóveda de las ascuas, que asemejaban un cielo lleno de nidos de serpientes. Sin embargo, la luz seguía siendo tenue en la ermita. La visión resultaba confusamente exultante de luminosidad y se podía leer también como un sombrío retrato del dolor del Cristo. Las llamas empezaron a realizar arabescos en el aire, a girar como danzantes anguilas eléctricas en un magnánimo mar celestial, y se empezaron a mostrar imágenes de caras de personas, pertenecientes a muertos, caras translúcidas de espíritus, caras que reían y danzaban, caras como fogonazos del infierno, hechas de nubes, caras que reían y lloraban a la vez, como las máscaras prosopon del teatro griego... Cientos de caras de un público que, absorto, desde un anfiteatro, presenciara con deleite "La divina comedia". El eco de sus risas era como un grave murmullo que se deslizaba zigzagante entre las columnas. Risas que crecían, como salidas de un estrepitoso gallinero: aunque, dentro de este fenómeno, nunca superaban la línea que perturbaba el silencio que acompañaba la santidad de la ermita. Las llamas ascendían sedosas por las paredes hacia un punto en el techo del que caían disparadas, lanzándose hacia el suelo. En realidad, parecía que toda aquella aparente fantasía de pronto quisiera penetrar, como en busca de un cuerpo que las contenga, dentro del papel de los misterios: el cual, arrugado sobre sí mismo, yacía en la penumbra. Todas las llamas juntas, como las de un voraz incendio, lamían el papel en cascada y el fuego desaparecía, sin más, dentro del papel. La virgen, el santo y el Cristo, seguían en una aterciopelada semioscuridad, mientras aquella marea de luces y de caras se precipitaba, danzante, a arrojarse dentro del papel sobrenatural tirado en el suelo. Smith presenciaba la

intrincada obra de la vida.

Las risas, de tan iracundas, desencajaban sus mandíbulas en gestos torcidos imposibles, que parecían surgir del centro de una pesadilla imborrable. Las caras se enroscaban sobre sí mismas, se expandían, se licuaban. Envolvían de arriba a abajo a Smith, dejándolo completamente atemorizado. En los ojos de aquellas apariciones, brillaban ciertas virtudes y caracteres: la afabilidad, la sabiduría, la profundidad, las revelaciones, el vacío, la inmortalidad, el tesón, la sensibilidad, la vitalidad, la serenidad... y por todo ello, aparentaban ser espíritus de seres ejemplares, imposibles de contener en este mundo.

Una de las mujeres salió del confesionario. Las imágenes translucidas la traspasaron, pero ella no las vio. Al pasar a la altura de donde Smith estaba, refunfuñó al verlo ahí parado con cara de estar bajo los efectos de alguna droga alucinógena. La mujer hizo una genuflexión frente a la mirada estática del Cristo de porcelana mientras se ungía la frente con agua bendita y se santiguaba. Luego se fue murmurando ofensas: seguramente dirigidas a la presencia irrespetuosa de Smith en ese lugar sagrado. Smith, con sus larguísimos dreadlocks, no podía disimular de ninguna manera que él no pertenecía a ese ámbito y que no debía estar haciendo nada bueno ni decente allí, de pie, con esa cara y esas pupilas tan dilatadas que parecía tener los ojos completamente negros.

Mientras tanto, la gran ópera de almas flameadas continuaba en su espectacularidad, surgiendo desde todas las paredes y desde el techo, para hacer sus imposibles pasos sobre el fuego y caer luego con vertiginosidad para esfumarse sobre la lámina arrugada que Smith había dejado caer al suelo entre los reclinatorios. Smith no daba crédito, aunque sabía que el fenómeno poseía una cierta y difusa veracidad. Otra cosa sería

El delirio de Demian Court

que él, Court y Wolf, hubieran comido el día anterior algún plato de setas venenosas, pero ni siquiera era éste el tiempo de recoger setas, así que esa idea no procedía en absoluto. A estas alturas de la manifestación, las llamaradas se enroscaban sobre su persona, a una breve distancia de su contacto. En una sensación entre temor divino, que él como ateo nunca antes había sentido, y también de cierto vértigo, asombro e incredulidad, justo al lado de la columna donde estaba, se desvaneció, precipitándose sobre el gélido suelo de mármol oscuro que pavimentaba la silenciosa ermita.

Cuando volvió en sí, no reconoció dónde estaba, pero luego se dio cuenta que estaba sentado sobre la tumba desde la que Orlow había salido corriendo con cara de pavor. Smith soltó una risilla al acordarse de cómo se había burlado del maldito Orlow en su propia cara. Luego, como si un tsunami le cayera encima, recordó a largos trazos el episodio irreal ocurrido en la ermita: entonces tocó por encima el bulto del bolsillo y notó que el papel extraño seguía ahí, arrugado en el interior de su chándal. Se levantó y se puso a buscar la salida del cementerio.

UN ESPEJO ENGAÑA, PERO NO MIENTE

Smith llegó al despacho. Sobre la puerta, una placa rezaba: “Detectives Avizor. Consultas e investigaciones a discreción”. Court seguía durmiendo en el suelo, tal como Smith lo dejó, a los pies de la única ventana de la oficina. Las asombrosas marcas de laceración seguían destacando sobre su cara. Smith se agachó y le dio unas cuantas sacudidas en el hombro. Court, un poco atolondrado, abrió los ojos con dificultad, puesto que los tenía hinchados.

– ¡Rayos! ¿Qué me pasa en los ojos que no los puedo abrir? –

Court se incorporó del suelo con cierta dificultad, seguramente anquilosado por el frío que habría entumecido sus músculos al dormir en semejante e incorrecto lugar.

–Pues sí, chaval, tienes muy mal aspecto –dijo Smith, y se sentó apoyado con una pierna al borde de la mesa.

–Tú siempre dando ánimos de enterrador –dijo Court.

–Pues cuando vayas a mirarte al espejo procura no desmayarte, porque estás feísimo –Smith hizo una mueca de burla–. De tanto mirarte, el polstergueist este te ha achicharrado la cara cual hamburguesa Big Mac.

–Con razón no puedo abrir los ojos, están hinchados como un airbag.

– ¡Anda, ve al lavado y mírate! Esto es, por lo menos, una quemadura de segundo grado. Si hace falta te acompaño al hospital para que te miren y te pongan una pomada.



—No, qué va... paso de ir a hospitales, el dolor ya se me irá. Si se me pone feo, no me preocupa: supongo que de todas formas nunca hubiera llegado a ser tan guapo como tú. Ni tan moreno.

—Ni yo a ser tan divergente como tú —criticó Smith la actitud tan inconsciente de Court.

Cuando por fin Court se miró en el espejo del pequeño lavado, quedó horrorizado ante su nuevo aspecto. « ¿Cómo habrá podido suceder esto en mi cara? ». Pareciera como si le hubiesen lavado la cara con lava fresca del manantial de un volcán en erupción.

—Tendrías que ir a un médico, te lo digo en serio, es una buena quemadura —dijo Smith—. ¿Te duele?

—No, sólo cuando me río —dijo Court, recordando aquel chiste tonto que siempre le contaba su abuelo en su infancia.

—Pues ríete, pero no tiene ninguna gracia, porque tu gracia es tu desgracia, ¡so capullo!

—Prefiero reírme de ti que tienes la gracia en el culo, ¿cuando vas por la calle no notas que te miran por detrás? —Court no tenía ganas de hablar en serio, así que divagaba bromeando.

—Cuando voy contigo por la calle, tengo que ir diciéndole a la gente que no te conozco de nada, de lo raro que eres — Smith decidió también abandonar la idea de llevar a Court a un médico porque sabía que, por más que insistiera, no habría forma de convencer a aquel “cabeza de pepino”.

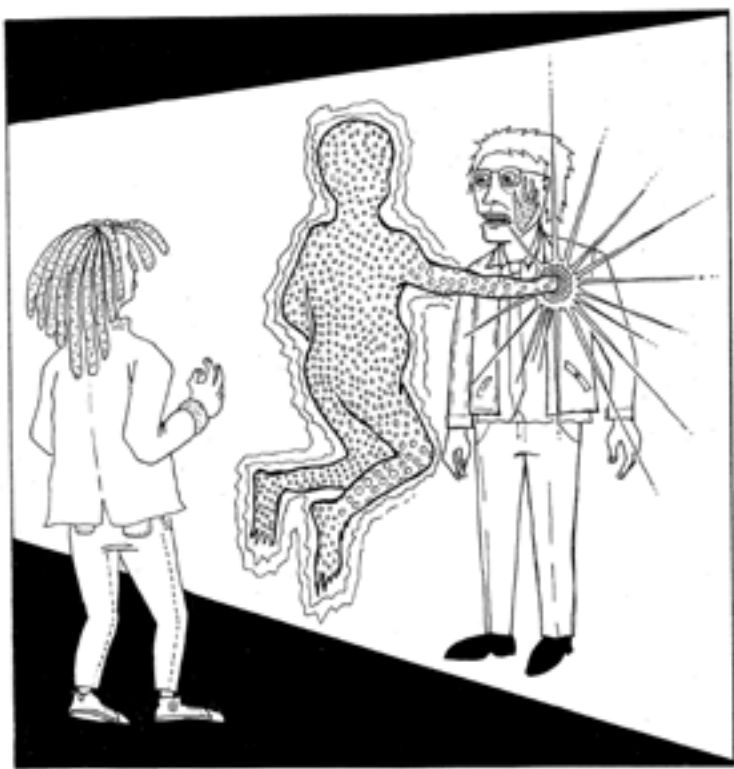
— ¿Dónde está nuestro extraño artilugio? Yo lo dejé encima de

El delirio de Demian Court

la mesa y ya no está.

—Lo tengo yo, maldita sea, lo llevé a dar un paseo —dijo Smith mientras pensaba «maldición, si yo no se lo cuento, él no tiene que saber nunca lo que he hecho».

— ¿Un paseo? ¿Estás loco? —dijo Court destornillándose la sien con el dedo índice, para dar más énfasis a la frase «estás loco». Luego, Court, conociendo las chaladuras que le daban a su compañero cada vez que se emocionaba con algo, le siguió preguntando:



– ¿A quién se lo has enseñado? ¿Quién lo ha visto?

–No te preocupes men, no ha pasado nada, sólo lo ha visto Orlow, y como es gilipuetas ni se ha enterado.

Smith metió la mano en su bolsillo interior y sacó la hoja completamente arrugada. La desplegó torpemente ante la enojada mirada de Court y súbitamente, tal y como había sucedido en la ermita (aunque Smith no estaba seguro de que hubiera ocurrido o no), el papel en sus manos empezó a flamear y Smith lo arrojó de nuevo al suelo, lamiéndose después las doloridas puntas de sus dedos, a efectos de haber sujetado el papel mientras prendía. El papel filosfal, una vez en el suelo, empezó a expirar largas llamas del interior. En acelerada procesión empezaron a fluir imágenes que trepaban por el aire hacia el techo y se mostraban en una infinidad de caras, sobre haces de efectos cóncavos y convexos. Como rayos, salían disparados unos seres delgadísimos y transparentes, lánguidos y fluorescentes. Al cabo de un largo rato ya se había formado una multitud de esos seres, de tal forma que el aire de la habitación era casi irrespirable. Las imágenes se movían de un lado a otro llenándolo todo, bailando como peces de las profundidades. Los seres se traspasaban unos a otros, girando en repentinos torbellinos, aquí y allá. En aquella pequeña oficina, tan repleta, hacía un calor asfixiante. No se podía ver ni los escasos muebles, pues todo estaba lleno de esas imágenes superpuestas que cual medusas irritaban toda la visión. Un rostro de aquellos miles, se paró justo en frente de la mirada despavorida de Court, sonriéndole.

–Soy yo, Fishbone –le dijo. Y acto seguido, su mano transparente se adentró en el pecho de Court y le acarició el corazón con su breve calidez. Entonces, el corazón de Court empezó a latir con más fuerza, como si hubiera una

El delirio de Demian Court

tormenta en su torrente sanguíneo que abriera sus válvulas a lo loco. Pero al mismo tiempo, empezó también a latir más pesadamente, como manteniendo una templanza virtuosa. Así, sus latidos caían al ritmo de un reloj de péndulo, sentenciando cada instante con un poderoso “ding dong” que golpeaba su pecho con exactitud. La expresión de Court cambió del pavor enloquecido a la suavidad del flotar sobre una nube, y sus facciones se volvieron dulces y sonrientes, cual mártir ante la visión obsesiva de poseer la gracia de Dios. Las cejas de Court se arquearon hacia arriba en la más celosa forma de inocencia y entonces dijo, mirando al espectro de Fishbone:

—Yo también te amo.

Smith, al observar todos esos fenómenos producidos en la persona de Court, le preguntó atemorizado: « ¿Qué te pasa Court?», y lo sacudió con fuerza sujetándolo por los hombros. Court parecía un poco más grande y un poco más luminoso, y la forma de las manos abrasadas sobre su rostro tenía un fulgor irisado. Entonces, Court miró directamente a Smith y con una embelesada sonrisa le dijo:

—También te amo a ti, Rugther.

A Smith le dio la impresión de que Court estaba totalmente ido.

— ¿Te has vuelto loco? ¡Demian, soy yo! ¡Soy el negro cabrón, tu compañero favorito!

Pero Court parecía haberlo abandonado allí en su perplejidad, fluyendo por una especie de trance que lo alejaba de la oficina entre fenómenos divinos. ¡Aquello ya era demasiado para Smith!

—Te amo, Rugther —dijo Court mientras sonreía como un bobicón.

— ¡Vamos, reacciona! —Smith lo sacudió más y pensó en darle un par de guantazos, aunque se contuvo. Pero luego se lo volvió a pensar y se los dio sin piedad: “¡Zas! ¡Zas!”, con toda su gran mano de negro jugador de básquet, abierta.

—No lo entiendes, Rugther, “el Todo” es amor exacerbado. Court parecía flotar bamboleante en el aire y Smith tuvo que fijarse en sus pies para desmentirlo. Parecía, también, mucho más rejuvenecido: con cara de niño, a pesar de su prematuro pelo de color completamente blanco. Entonces, a Smith sólo se le ocurrió seguirle diplomáticamente la corriente.

—Sí, yo también te amo —le dijo—, y tranquilízate, que no se te vaya a ocurrir besarme.

Court se apartó de él mirando hacia el techo. Abrió una boca desmesurada, como la entrada de una profunda mina centenaria, mientras Smith no podía creer lo que veía: ¡aquella boca era antinatural! Y entonces, sin dejar de vagar por el aire, aquellos espíritus empezaron a deslizarse hacia dentro de su boca que, como las articuladas fauces de una anaconda, era capaz de tragarse un carnero. Las ánimas ingravidas que les rodeaban, se iban deslizando hacia el interior de su profusa boca como pañuelos voladores de un ilusionista entrando veloces por su manga o un dragón chino con sus cientos de pies amaestrados serpenteando por un oscuro callejón. Court se los tragaba a cientos a la vez de una forma vertiginosa. Todas aquellas imágenes, tan veraces como figurativas, se iban vaciando en oleadas de flamas desde toda la habitación al interior de la boca de Court, el cual se tragaba las larguísimas

El delirio de Demian Court

serpientes cimbreantes de fuego. Y así fue hasta que entró por su desencajada boca, el último de aquellos espíritus... precisamente, el de Fishbone. Luego, cerró, como un enorme arcón, la entrada a su boca y se quedó en un luminoso trance, casi suspendido en el aire.

Entonces, la cara de Court empezó a cambiar perceptiblemente de unas facciones a otras: como si cada ser que él se hubiera tragado se perfilase, desde su interior, sobre su rostro y su boca mientras susurraba infinitos «te amo, te amo...». Luego, ante Smith, se formó la verdadera cara de Court de nuevo, que aún conservaba la mácula de las manos flamígeras. Parecía estar iluminado por algún hecho milagroso, aunque Smith se negara rotundamente a creer en milagros.

—Te amo, te amo... —seguía diciendo Court y luego, dirigiéndose a Smith, lo miró como si lo viera desde un plano muy lejano y su rostro, en un visto y no visto, volvió a cambiar por otro, y por otro, y por otro. Entonces, Court se fue hacia la puerta y ante el horror de Smith, la abrió. Y tan desquiciado como estaba, salió con el propósito de impartir la locuacidad de su trance del amor exacerbado a la gente de la calle.

EL TORBELLINO DEL AMOR EXACERBADO

Court, con una sonrisa de beato visionario y un ojo para cada lado, salió por la entrada principal de la oficina de Detectives Avizor con los brazos extendidos, mientras con las puntas de sus dedos iba intentando acariciar a todo el mundo que se le cruzaba por la calle. Smith, que iba detrás, no podía creer que el trastorno de Court fuera tan grave, pues normalmente a Court no le gustaba tocar a nadie ni que nadie le tocara. Con lo escrupuloso que era con la limpieza y con su propio territorio íntimo.

Cada vez que Court tocaba a alguien con todo su cariño, la gente se le apartaba con cara de asqueada, decían cosas como «este tío está loco» y se lo quedaban mirando con odio por haber mancillado su integridad de peatones anónimos. Pero las cálidas manos de Court, con sus uñas limpias y recortadas, se extendían exageradamente para acariciar con tersura las mejillas de todo el que pasara por su lado. A esas horas de la tarde, la calle estaba repleta de gente que salía del trabajo, de la guardería, del gimnasio y otros lugares tan cotidianos como estos. En pleno mes de julio, el sol tardaría bastante en ponerse aún, así que en plena luz diurna, ver a un hombre de luminoso pelo blanco vestido de traje negro, con ojos azules anormalmente sonrientes que trataba de alcanzarles a tocar la cara, como si fuera la cosa más normal del mundo, como si jugara al “paras” (si alcanzo a tocarte, entonces paras tú) con la gente... pues no, no tenía nada de normal. Había quien se asustaba al verlo acercarse y quien lo apartaba de un empujón con verdadera indignación. También había quien lo tomaba por borracho y lo miraba con desprecio. Smith, por detrás, lo iba observando y vio que Court volvía a modificar, en una secuencia continua, las facciones de su cara: cada persona que lo miraba veía un rostro distinto y si lo volvían a mirar ya no

El delirio de Demian Court

lo reconocían. Un extraño con el pelo blanco estaba armando un gran revuelo, pero sólo Smith veía cómo cambiaba, nadie más. Court exclamaba con distintas voces, según cada rostro distinto:

—A ti también te amo, hermano humano... —y se lo decía a cada persona a la que le intentaba tocar el rostro. Muchos lo empezaron a mirar con verdadero asombro. Había gente, desde la acera de enfrente, que se paraba para verlo pasar, con el bullicio que estaba armando. Todo era revuelo a su alrededor y la gente empezó a percibir que algo sucedía en “la calle de sus monotonías”. Claro que había quien apartaba el bolso al paso de Court. Y quien corría en sentido contrario porque no sabía qué pasaba pero que no querían, en ningún caso, ser protagonistas de alguna broma, pregunta o consulta, de algún programa televisivo. Los más ociosos, o tal vez más curiosos, empezaron a seguir a Court quien iba con Smith detrás de él, ya en cierto estado cardíaco y temiendo que en cualquier momento apareciese la policía. Court, consciente que lo seguían con interés, se subió al capó de un coche y se dirigió a todos los que le estaban mirando:

— ¡Hermanos humanos, sois tan maravillosos! ¡Os amo con locura y desatino, y no me importa parecer un loco! Vosotros me hacéis sentir que tengo una misión que cumplir, todos vosotros tenéis que ser testigos de una revelación que a mí me asiste!

Smith se llevó las manos a la cabeza y se ocultó el rostro con horror. Court se bajó del coche con un salto de bailarín entrenado y la gente, entusiasmada por su locura infame, se apartó y le abrió camino. Court volvió a extender las manos cual Cristo con corbata colgante, y entre risas, algunos seguidores se las palmearon y se las estrecharon. Ahora, Court le resultaba

divertido a todo el mundo y había más gente a su alrededor, como ocasionales apóstoles a la espera del desenlace de la crucifixión. Court siguió avanzando a grandes zancadas y sus seguidores detrás de él, que ya constituían un pequeño grupo. Court, sin dejar de andar a ritmo fuerte, se quitó la chaqueta y se la dio a alguien que pasaba. Este, al encontrarse con la chaqueta en la mano, con cierto despropósito la tiró al suelo como si fuera una bolsa de basura. Después, Court se quitó la corbata y se la dio a otro, el cual, con asombro, se quedó con la mano extendida, preguntándole con la mirada a la gente que seguía a Court: «¿qué clase de locura es esta?».

Court se quitó la camisa sin dejar de andar a velocidad crucero. Algunas manos bromistas de los que le seguían, le tocaron el pecho aprobatoriamente. Court se aflojó el cinturón, se bajó la cremallera y haciendo equilibrios a una sola pata, se quitó el pantalón. Las risas de sus seguidores habían subido de tono, aquello era un jolgorio. Court se acabó de despojar de sus pantalones y los dejó colgando de una papelera mientras todos llegaban al parque. La gente lo siguió a su interior, como si ellos fueran los vagones y Court la locomotora loca del “Tren de la bruja”. Court atravesó decidido el césped, allí donde ponía «No pisar el césped» y toda la marabunta de jocosos lo hizo detrás de él. Court se subió a un banco y se quitó, sin dudarle un momento, los slips. Siempre había mantenido en secreto que los llevaba de un erótico color rojo. Extendiendo de nuevo los brazos para tocar las caras de los que se habían apilado frente a él, Court les dijo:

— ¡Mirad, hermanos, me tenéis loco con tanta estimación que me profesáis, ¡mi amor es físico! —y entonces, se vislumbró con claridad su pene erecto sobresaliendo súbitamente en su perfil.

El delirio de Demian Court

– ¡Siento tanto amor por vosotros que es un amor al prójimo carnal! –En aquellos momentos Smith vio que el rostro que le hablaba a la multitud desde la cara de Court, era la del espíritu que se había identificado como Fishbone, quien continuó diciendo – ¡Sois tan frágiles, criaturas! El pensamiento os tiene tan subyugados que no podéis sentir con grandeza, ¡vuestras corazas corpóreas no os dejan sentir con claridad! Vengo a traeros el advenimiento del éxtasis del amor exacerbado, ¡amor es progreso, amor es futuro!, ¡el uso del pensamiento ya es historia!

La gente reía y aplaudía delante de Court. Ya había todo un bullicio de personas que creían que estaba totalmente loco pero que era muy divertido, y otros decían que en el fondo aquel tipo tenía algo de razón. Algunos, que sólo curioseaban, ya se estaban apartando temerosos pues veían llegar a toda prisa a la policía.

El agente James Milton atravesó disciplinante la muchedumbre hasta llegar a Court.

– ¡A ver, qué ocurre aquí! –dijo el agente, con tono de autoridad. Luego se subió al banco y agarró con firmeza a Court por el hombro. Court, tan desnudo como estaba, acarició la cara del policía y le dijo lleno de afecto:

– Te amo a ti también, James.

El policía no le reconoció porque estaba viendo el rostro del espíritu de Fishbone sobre la cara de Court. Sin embargo, al momento, el agente Milton reconoció a Smith, que le estaba cogiendo del brazo e intentaba explicarle entre el ruido de la multitud, que ese tipo era su amigo Court y que había perdido la cabeza. Pero el agente Milton no entendía nada, sólo sabía

que había un tipo en sus zarpas que estaba causando un delirante escándalo público y que tenía que prenderlo. Court no se resistió a las esposas y a la manta que le pusieron encima y mientras el agente Milton se lo llevaba detenido hacia el coche zeta, hubo gente que tiraba con fuerza del brazo del policía y lo abucheaba, ofendidos de tanta violencia policial indiscriminada: «ese loco era tan inofensivo como un corderito y no merecía ese trato de delincuente». Además, la gente estaba decepcionada porque de pronto se había terminado la juerga. La multitud se quedó en corro allí, en el parque, comentando lo que cada cual había visto u oído de aquel majadero tan divertido.

Smith los siguió hasta el coche patrulla. El policía James Milton no entendía nada de lo que él le decía, pero le hizo señas para que se subiera al coche y todos se fueron a comisaría.

El delirio de Demian Court

NO SIN MI LENGUA

Metieron a Court en una celda, envuelto todavía en la manta adjudicada a su desnudez. Y no estaba solo, pues en la banqueta de en frente había un tipo, Miky il Brutto, mirándose a Court desde un rostro bastante huraño. El tipo rondaba los treinta años e iba bastante desaliñado, tenía los ojos pequeños y la mirada de un depredador rapaz. Era un tío fibroso y de gesto nervioso.

Court, que volvía a tener su propio rostro en la faz, lo miraba abierta y serenamente. No apartaba sus ojos, a pesar del violento ceño de su oponente. El tipo, de un modo furibundo, señaló a Court con un dedo y le dijo, escupiendo con asco sus palabras:

– ¿Qué estás mirando, chalado?, ¿tienes alguna fijación conmigo?

–Sí, precisamente –le contestó Court con voz gélida–. Aborrezco a los violadores, a los prepotentes y a los despóticos como tú –su voz resonó en toda la celda, aunque apenas había movido los labios.

Miky il Brutto se levantó de un salto y se abalanzó sobre Court con un puño levantado, pero al ver que éste ni pestañeaba y que tenía una extraña marca sobre el rostro gravada al fuego, lo detuvo en el aire para tantear con precaución con quién estaba hablando, por si acaso se trataba de un tío duro o no. Con chulería Miky il Brutto dijo:

–Mira, tío, no me des la brasa, a ti qué te importa lo que yo le haga a las tías...



—Sí que me importa, sí —dijo Court, y de sus ojos salía cierto peligroso fulgor justiciero—. Desde el momento en que tú piensas que todas las mujeres son unas zorras: desde mi madre, mi mujer, mi hermana, mi hija... —el tipo se puso muy cerca del rostro de Court, desafiándolo a que demostrara qué clase de hombre era.

—Exacto, todas menos mi madre menean el culito para provocar a los machos y se visten como putas y te miran como golfas —dijo Miky il Brutto, enseñando los dientes apretados de rabia.

—No te equivoques, machito —dijo Court, atravesando sus pupilas como dos saetas a dos dianas —eres tú el que las mira con ojos libidinosos y no ellas a ti.

—Jodido cabrón— Miky il Brutto, el violador, alzó de nuevo el

El delirio de Demian Court

puño. Pero tan rápido como lo levantó, inmediatamente lo apartó para cogerse, con la fuerza de sus dos manos, su propia cara, pues de pronto había notado un latigazo dentro su boca. Sintió que su lengua, estirada por algún tendón retráctil, tiraba hacia dentro, tiraba muy fuerte, muy fuerte, garganta abajo y le causaba verdadero dolor. Tanto que le impedía hablar totalmente. Mientras se sujetaba las mandíbulas para tratar de impedirlo, intentaba gritar, pero la lengua se le iba hacia más adentro, muy tirante y no podía emitir ni un quejido.

Court se puso de pie y dejando la manta en el asiento, quedó desnudo ante él. Miky il Brutto, sudoroso y con la respiración agitada, se resignó ante la evidencia de que tendría que someterse al silencio y escuchar.

—Lo que pasa es que estás enfermo: enfermo de prepotencia. Eres el típico que machaca al débil sólo por ser débil. Y tú, secretamente, ante una mujer te sientes débil: el influjo que te causa la visión del cuerpo femenino demuestra el poder que las mujeres tienen sobre ti y eso no lo puedes consentir. Entonces, tienes que humillarlas, tienes que forzarlas para darte el placer de oírlas gritar y seguir sintiéndote superior a ellas, pero sabes que son ellas las que te dominan a ti. ¡Sabes, machote, que eres un mierdoso! ¡Eres nefasto!

Y eso es estar en el bando equivocado a la hora que el universo te juzgue.

Miky il Brutto estaba rojo de ira y con una mano hacía aspavientos para estrangular a Court, al mismo tiempo que con la otra se sujetaba la boca del dolor.

—¿Quieres pisar mi cuello? Pues soy yo quien te está pisando a ti, ¡maldito! Por primera vez, no eres tú el que aplasta sino que

eres el aplastado: ¿qué tal te sientes bajo la suela de mi zapato?
Una mierdecilla, ¿eh?

A Miky il Brutto se le pusieron los ojos vidriosos desde el máximo límite de su enfurecimiento, luego cayó de rodillas inclinando la cabeza y sacudiendo los hombros, en un acto de llanto histérico. Entonces se le soltó la lengua, bajo el beneplácito de Court. Miky il Brutto sintió un intenso alivio y le juró a Court, con una afilada voz susurrante:

—Te mataré —y completamente electrificado, se tumbó sobre el banco de enfrente y cerró los ojos, en actitud de estar esperando el momento para poder cumplir su amenaza.

—Pídete perdón a ti mismo cuando tú mismo te vayas a juzgar en tu lecho de muerte, verás qué poco efectivo resulta. No, no te vas a librar tú tampoco del dolor que has infligido, por muy listo que seas —dijo Court, y siguió mirándose a aquel tipo durante todas las horas que estuvo en esa celda, lleno de intensidad.

El delirio de Demian Court

LAS PALABRAS SON EL MAPA DEL TESORO

En el piso de arriba de la celda, en las oficinas de la comisaría, Smith gesticulaba como un poseoso, inclinado sobre el policía James Milton que pasaba pantallas en el ordenador buscando los datos del detenido.

—Ese hombre es Court —dijo Smith, mientras Milton negaba con la cabeza.

—Diablos, James, hace tiempo que me conoces, y deberías creermelo cuando te digo que ese sonado que has pillado desnudo por la calle es Court.

—No puedo creerte —dijo Milton—, con lo remilgado que es Court, jamás andaría desnudo por la calle. Y con lo reservado que es, ni se le ocurriría dar un discurso en un parque con el miembro empalmado.

—Sí, ya sé, y te doy la razón. Pero es que Court ha sufrido una transfiguración de personalidad —dijo Smith, debatiéndose con la incredulidad de Milton.

—Pues no sé qué decirte, a mí por parecido, tampoco me recuerda a Court, salvo por el pelo blanco. De todas formas, si sufre un trastorno, sea Court o no, tal como tiene la cabeza debe ser asistido en un centro médico —ante lo que Smith dejó caer entre los dos un pertinaz silencio.

—Vamos, ¿pasa algo más? —dijo Milton

—Pues... que aquí ha ocurrido, y yo soy testigo, un crimen sobrenatural.

—¿De veras? —Milton arqueó las cejas—. ¿Cómo sobrenatural?
—Mira, James, te voy a mostrar una cosa que, cuanto menos, te va a crear un montón de dudas.

—Pues venga, chico, te estoy esperando, ¡sorpréndeme!

Smith sacó la lámina prodigiosa de su bolsillo, que estaba hecha un embrollo, la desenvolvió, la colocó delante de James y la alisó bien.

—Esto es la prueba de un crimen —dijo Smith, sabiendo que ahora mismo contaba con toda la atención de Milton sobre él.

—¿Un crimen? —James se ajustó los lentes para ver lo que tenía ante sí.

—Sí, y también es la causa de que Court haya perdido la cabeza. Milton se incorporó sobre su asiento para visionar mejor aquel papel en el que no se acababa de leer con claridad el texto que estaba impreso.

«Soy Fishbone, el muerto, y vine para descifrar para vosotros la verdad del sentido de la vida. Las palabras son pensamientos materializados en objetos. Las palabras son el mapa del tesoro de la vida. Sería tan absurdo que la vida terminara sin la ofrenda de un epílogo... terminar siendo polvo después de tantas maravillas inflige banalidad a las cosas más bonitas, tan fascinantes como únicas, en vida acontecidas. El rostro de la muerte es una calavera con una fea sonrisa. ¿Será otra paradoja para despistar nuestro ingenio? ¿Será un modo perplejo de disuadirnos de que fuéramos testigos de la existencia del amor eterno? ¿Será otra controversia que conserva en vida el misterio que, después, la muerte nos desvelará a gritos? El humano piensa y el cielo siente. Y el hombre, a pesar de los

El delirio de Demian Court

ritos, tan sólo trasciende converso en la nada descarnando su ánima. La vida es tan paradójica, que allá en el más allá, estará toda la lógica. Estarán las respuestas, los secretos, las incógnitas... como estarán las lágrimas de todo este amor desgarrado que aquí nos ha arrollado, ensartado, ensañado, degollado y después arrojado al vacío.

Que esta vida es la antesala de un enorme castillo que se iza al infinito. En salones palaciegos de inecuanimes sorpresas, de emociones volubles, de sublimes desafíos... Enroscando de tersura los vestidos y los velos en el vals de la existencia para luego, en la negrura, ser simplemente etéreos: llenos de amor y de vértigo. Que los seres fallecidos invitados a la fiesta (bajo lluvia de confetis y graznidos de trompetas desbordando los vacíos de auras dimensionales, cúpulas de inmensidad como ingravidos danzantes), tan despiertos, tan dormidos, por fin dominarán la esencia de toda la felicidad... y la felicidad será eterna como un éxtasis angelical.

Soy Fishbone, el muerto, y como hacía tiempo que no usaba las palabras desde que morí, hoy me he sentido poético.» Y tal como los ojos de Smith y de Milton iban recorriendo las palabras, éstas desaparecían dejando en blanco el papel tras de sí.

—Una preciosa poesía —dijo Milton, burlón—, ¿tu criminal es una poesía en un papel? ¿Qué tiene que ver esto con un crimen?

— ¡Me la ha jugado bien esta vez el muerto de Fishbone! Pues que, aunque no te lo creas, el criminal surgió de este papel, ¿no has visto cómo mágicamente desaparecían las letras?

—Sí, en realidad no sé lo que he visto, pero no tengo tiempo de escuchar más gilipolleces. Si quieres ver a tu nuevo amigo

Court, visítalo mañana en el Hospital Central y de paso pide cama para ti mismo. No me hagas perder más el tiempo persiguiendo fantasmas y leyendo poesías espectrales, que yo a los fantasmas ni los he visto ni los quiero ver en esta comisaría.

—Te juro, James, que esto no es todo, no es el final, ni mucho menos, esto no es tan sólo una reflexión, sino una revelación... pero no puedo demostrártelo. Escúchame, James, a Court le ha pasado algo terrible, tenemos que ayudarlo.

—Bien, lo ingresamos, le ponemos inyecciones y esperamos a que se mejore. Estos procesos de esquizofrenia son lentos de curar, ya se sabe, pero curables sí que lo son —zanjó Milton con su lógica inamovible.

—Escucha, James, yo te estoy hablando de algo más complicado —aún imploró Smith.

—No me hables de crímenes sobrenaturales ni de fantasías del tipo «y salió del papel y lo asesinó», porque te mando a mi mujer a que te dé con el rodillo de amasar en la cabeza, ¡cretino!

—Contigo no se puede hablar, sencillamente, eres un tarugo incrédulo y materialista sin imaginación. Oye, ¡no pierdas de vista a Court!

—Ese hombre que tú dices que es Court y que para mí es un perfecto desconocido.

— ¡Maldito incrédulo!

Smith salió muy enojado de la comisaría, convencido que lo

El delirio de Demian Court

que le ocurría a Court tendría una solución mística que él, como único conocedor de todos los sucesos, tenía la misión de resolver. Pero Smith era tan espiritual como una ración de pizza Margarita o como un anuncio de aspiradoras en televisión. Smith era demasiado extrovertido para buscar sentidos a lo inexplicable, tenía los pies sobre la tierra y todo aquello era demasiado inverosímil para que se lo pudiera creer, aunque lo estuviera viendo con sus propios ojos. Sabía que él era la salvación de Court e iba a poner todo su empeño en devolverlo a la realidad: Court había caído en una especie de esquizofrenia metafísica, ¿y qué mejor que un psiquiatra para devolverle a la cordura? Si se lo llevaban al hospital, allí estaría, al menos, protegido de sí mismo, sucediera lo que sucediera. Smith llegó a su casa, se desnudó y se dio una ducha. Luego, cubierto por su albornoz blanco, se tumbó sobre la cama y se puso las noticias de la televisión. En Johannesburgo había una importante reunión de gobernantes de todo el mundo, para decidir el futuro ecológico del planeta. Algunos países, los más poderosos y consumistas, estaban ausentes, provocando que cualquier determinación que se tomase fuera socavada por su indiferencia, por encima de cualquier iniciativa que impusiera el sentido común. Smith se durmió como un angelito.

UN HURACÁN EN UN SUSPIRO

Court dormía hacía rato. Ya lo habían trasladado, desde comisaría al centro psiquiátrico del Hospital Central. Le habían dado un calmante fulminante y se había quedado como un pajarito, flotando entre las sábanas. Estaba en una habitación rodeado por tres camas. Por una puerta doble se entraba a otra similar. En la cama que quedaba enfrente de la de Court, había un joven: Valentine, con suero blanco de alimentación parenteral. Dibujaba con acuarelas sobre una cartulina mariposas transparentes, tal como sentía su estómago: lleno de mariposas. Era un muchacho con un grave problema de anorexia que se negaba en rotundo a comer y por eso lo alimentaban forzosamente con suero.

Por la puerta doble de la habitación se asomaba otro joven, Clemens, que andaba todo el día con la cabeza agachada y los hombros curvados hacia adelante y parecía la sombra de un cuervo.

Este muchacho aparecía en la puerta a intervalos: reaparecía una y otra vez, asomándose a la habitación para quedarse allí, en la puerta mirando al suelo. Luego se iba, arrastrando los pies. Y volvía a aparecer al cabo de unos minutos, que era el tiempo que tardaban sus pesados pasos en recorrer de arriba a abajo las seis habitaciones de la sala de psiquiatría. Cada vez que entraba en la habitación, Clemens se quedaba un momento delante de los pies de la cama de Court y se iba otra vez a su recorrido obsesivo. La habitación de Court era la última del extremo de la sala de psiquiatría. Clemens había dado ya unas cuantas decenas de paseos desde que vio a Court tumbado y dormido. Al aparecer por la puerta en una de aquellas veces, el cuerpo de Court se había levantado insólitamente medio metro levitando sobre la cama, pero seguía tan dormido como

El delirio de Demian Court

antes. Las sábanas formaban el perfil de su figura en el aire y colgaban por los extremos, como si fuera “un truco con truco” hecho por un ilusionista. Clemens hizo como que no lo vio, y sin cambiar la expresión compungida ni levantar la mirada del suelo, de nuevo se fue a su penitente recorrido por las habitaciones de la sala. Para cuando Clemens reapareció por la puerta, la sábana estaba en el suelo y Court de pie, en vertical, flotando unos centímetros por encima de la cama, y sonriéndole, le dijo:

—A ti también te amo.

Clemens, sin dejar de mirar el suelo, volvió a desaparecer por la puerta pero tardó mucho menos en volver a la habitación de Court y se quedó allí de pie. Court, elevado en el aire y sonriendo todavía, dijo sin abrir los labios:

—Sí, a ti también te quiero.

Clemens se volvió a ir y no tardó nada en volver. Entonces Court, cómodamente echado, recostado de lado, con la cabeza apoyada sobre su mano izquierda ya no sonreía, aunque irradiaba una enorme serenidad. Clemens, aun mirando al suelo, hizo un profundo suspiro y Court le dijo:

—Ven... y el muchacho, sin mirar, corrió hacia él y ocultó su rostro lleno de súbitas lágrimas en el pecho de Court, quien lo abrazó con delicadeza.

Valentine, el dibujante de mariposas que no había perdido detalle, desde la cama de en frente, exclamó:

— ¡Yo también quiero quererte! —entonces se bajó de la cama, cogió el palo de suero que se movía con ruedas y se acercó, a

pesar de su extremada debilidad, a unirse en un cálido abrazo común. Los tres, tanto Court como los dos chicos emitían gemidos de desconsuelo y lloraban a pierna partida. De pronto, apareció por la puerta un hombre, Paul Prins, que entraba fumando ya que en la sala de psiquiatría era el único lugar del hospital donde, por terapia, se permitía fumar a los pacientes en sus propias habitaciones. Aquel hombre tenía los dedos amarillos y las uñas largas y sucias de dejadez.

— ¿Qué pasa aquí? —preguntó Paul Prins dando otra intensa pipada a su cigarrillo con la que consumió hasta un centímetro. Court y los dos muchachos seguían abrazados, como si fueran pulpos a una roca, con fervor, gimiendo por encontrarse ante el fin de su desamor.

—A ti también te queremos, a ti también te queremos... contestó Valentine.

— ¿Tú quién eres? Acabas de llegar y has conseguido que los niños vengan a ti... —dijo Paul Prins, cuya mirada se había iluminado con la esperanza de compartir ese abrazo anti soledades.

— ¡A ti también te amo! —dijo Court, tendiéndole una mano.

—No puedo comprender lo que sucede, pero deseo que a mí me suceda también —y el hombre tiró su chupada colilla al suelo.

—Deja que te suceda —dijo Court, y mantuvo la mano extendida hacia ese Paul Prins.

—No puedo, estoy... muy duro, ¡no creo que pueda soltarme, no creo que pueda sentir!, dijo el hombre con un súbito ataque de angustia.

El delirio de Demian Court

—Deja que suceda, no te resistas, deja de llorar alcohol, deja de llorar porque aquí está lo que buscabas, lo que buscamos todos, una mano, un abrazo y calor humano.

—No, yo soy malo, no me lo merezco —dijo Paul Prins y pisó la colilla con rabia.

—Te equivocas, deja de culparte por todo y ven aquí.

El hombre tragó saliva y con tristeza, sonrió. Se fue acercando y Court estiró más la mano hasta cogerle la suya, luego le deslizó el brazo por encima del cuello y lo apretó contra sí muy fuerte, muy fuerte. Paul Prins lloró desconsoladamente.

—Clemens ha dejado de dar vueltas —dijo la enfermera Margot desde el control de enfermería—, hace rato que no pasa por aquí, ¿qué le habrá detenido?



—Vete a averiguarlo si quieres —le contestó otra enfermera—, yo estoy preparando la medicación.

—Pues, ¿sabes qué? Voy a averiguarlo. Tiene que haberle sucedido algo raro, nunca he visto a Clemens hacer otra cosa que pasar como un zombi por aquí delante y es preocupante. La enfermera Margot salió del control de enfermería y cruzó las habitaciones en busca del pequeño psicomaniaco. Había un total de seis habitaciones y todas estaban vacías, extrañamente no había nadie en su cama. «No me puedo creer que todos estén en la sala de actividades», se dijo la enfermera Margot mientras se asomaba por las puertas. No había nadie en ningún sitio, aquello era desconcertante: «¿dónde están todos los pacientes?».

La enfermera Margot, ciertamente alarmada, se fue dirigiendo a las habitaciones restantes y durante el trayecto oyó claramente un extraño sonido, como un coro de plañideras en un entierro. El extraño rumor crecía a medida que se acercaba a la última de las habitaciones, y como las puertas estaban abiertas, vio enseguida la sorprendente escena: estaban todos los pacientes allí, apiñados en el centro de la habitación, como formando una melé de rugby. Todos estaban llorando y gimiendo a la vez, fuertemente abrazados unos a otros, arrodillados o sentados en el suelo. De entre todos, resaltaba uno que, con un luminoso pelo blanco y cristalinos ojos azules, parecía estar consolándolos a todos. Era el paciente que había ingresado la noche pasada sin identificar, y que en estos momentos y a falta de su ropa propia, iba con un camisón hospitalario de los que quedan abiertos por detrás. Debajo no llevaba nada más que la grosera percepción de su pene eréctil. Los demás pacientes emitían suspiros y quejidos desahogados y se abrazaban tan fuerte a él que le desgajaban aún más el camisón. Court sonreía como la Monalisa: posando con cierta distinción, sabiduría y

El delirio de Demian Court

complacencia.

La enfermera Margot desapareció corriendo por donde había venido. Cuando llegó al control de enfermería, le dijo en una exhalación a su compañera:

— ¡Hay una emergencia, llama al médico de guardia, llama a los de seguridad! El último paciente que ha ingresado a exaltado al resto de una manera alarmante.

Los sesudos médicos contemplaban la escena desde la entrada de la habitación, observando estupefactos la actitud de sus pacientes que, desafortunadamente, estaban abrazados unos a otros y lloraban sin ningún tipo de complejo. Para más asombro de los estudiosos doctores, desde el cúmulo de brazos, mejillas y llantos, se empezaron a oír risas: los pacientes, en paradigmáticas secuencias, se reían y lloraban a la vez.

Las enfermeras trataban de averiguar si un cambio en la medicación podía haber causado todo aquello, o algún tipo de droga introducida en las jarras de agua del comedor por medio de algún malintencionado sabotaje. Incluso pensaron en intoxicación de comida en mal estado. Nadie sabía qué hacer, los psiquiatras estaban pasmados ante semejante fenómeno de trance empático.

—El sujeto del pelo blanco es el que está causando todo esto, de algún modo ha canalizado sus sentimientos propios en una convergencia de desahogos colectivos —concluían los médicos. Un equipo de enfermeras trató de tomarles la presión o de sacarles sangre, pero eran tan apremiantes los abrazos que se infligían entre ellos que era imposible manipularlos para tal fin: ¡y no colaboraban en nada!.

Al cabo de unas horas de esta situación, también llegó la policía a levantar acta. Entre ellos estaba James Milton, que seguía sin reconocer a Court, pues en aquel momento iba vestido con otro rostro. Pero Milton bien advertía que ese personaje del pelo blanco al que había detenido la tarde anterior, era sumamente subversivo, problemático y peligroso. Decidió llamar a Smith, para tenerlo al tanto de las evoluciones de su protegido y para que viniera a ver “esto” con sus propios ojos. Entonces Court se levantó del suelo y todos los demás pacientes se fueron levantando a su vez. Court, con las manos extendidas, se abalanzó sobre uno de los psiquiatras para abrazarlo. Los demás seguidores poseídos, hicieron igual: le dieron intensos abrazos a los azorados doctores, dejándolos rodeados, en jaque, entre sus llantos y sus risas.

Los doctores y las enfermeras se estuvieron muy quietos y se dejaron dar besos en las manos y en las mejillas. No acababan de ver la salida factible a esa crisis de afectividad que había asolado a sus pacientes: era un peligroso estado emocional, extremadamente elevado, muy contraindicado para la fragilidad de algunos de ellos, más propensos a perder el control bajo presión emocional. Los abrazos casi los asfixiaban de tanta efusividad, pero los doctores se dejaban hacer, ¿o acaso tenían otro remedio que no el de aguantar estoicos esta extraña situación de locura colectiva?

Entonces Court fue saliendo de la habitación y sus acólitos espontáneos se pusieron a seguirle, cogidos ferozmente de las manos. Court fue pasando por las habitaciones hasta encontrarse de frente con la puerta de salida del recinto, precintada por dos guardias de seguridad con cara de pocos “cariñitos”.

El delirio de Demian Court

CORRIENDO TRAS LA RAZÓN, PERDÍ MI CORAZÓN

El cátedro hizo señas para que no se les interrumpiera el paso. Ellos, los enajenados, iban muy juntos cogidos de la mano y formaban una extraña mezcla de personajes. De hombres raros de todas las edades y con todo tipo de problemas graves de alcohol, anorexia, esquizofrenia, neurosis, psicosis... y graves fobias tendenciosas que les hacían parecer niños asustados entrando en una casa encantada.

En un nudo de abrazos, salieron al pasillo central del hospital, mientras las enfermeras iban de camino a los laboratorios o a esterilización, o a cualquier otro punto dentro del organigrama de la praxis del hospital. Incrédulas, se apartaban de la grotesca escena.

Algunos médicos que volvían de desayunar, intentaron averiguar qué ocurría hablando con los psiquiatras, pero debido a su falta de disponibilidad para ausentarse de sus propios ámbitos, volvían prontamente a sus quehaceres, no sin gran intriga. Y así fue como la extraña cohorte de bufones entró con precipitación en la sala de Cardiología, que les venía al paso: como un pasacalles de circo, con payasos, arlequines y enanos, todos siguiendo los pasos de Court. Con sentimiento, expresaban toda clase de colores sobre este marco pictórico de un barroco del absurdo. Los posesos entraron en la sala de Cardiología y unas enfermeras trataron de impedirlo con firmeza, interponiéndose a su paso. Pero los profesores, inducidos por la propia expectación, consintieron temerariamente en dejarlos pasar.

El séquito entró en una sala octogonal, rodeada de vitrinas de cristal con sus consecutivos boxes, donde descansaban -en observación- los pacientes cardíopatas.

Una vez dentro, Court, desasiéndose del pulpo gigante de brazos formado por sus devotos, se subió, con agilidad, de pie sobre el mostrador del control de enfermería.

Cogiendo de un carro de curas una sonda Foley (para aspiraciones nasogástricas), extendió ambos brazos, y sosteniendo la sonda a modo de vara, señaló a Clemens para que diera inicio al concierto. Court, subido al mostrador de enfermería, lucía su camisón con el culo al aire y el perfil de su desconcertante pene erecto. Clemens, imbuido por el gesto de Court, empezó a emitir un gemido casi inaudible al principio. A otra señal de éste, el primer gemido se vio acompañado por otras dos voces tenues que chirriaban de angustia vital, sonando como los goznes de la puerta de un castillo. Después de más indicaciones con la sonda por parte de Court, se les unieron otras voces, que semejaban un violín manejado por un gato. Los médicos se habían quedado obnubilados frente a la pequeña muchedumbre y tras esa repentina exposición inarmónica e irracional. Era realmente una música de locos que sólo soportarían los locos.

Entonces, la impropia coral aumentó de intensidad, y a otra señal de Court, unos síncope de gemidos asincopados respingaban en aluviones desde sus pechos, convirtiendo en más horrorosa, si cabe, la estridencia que todos escuchaban estoicamente.

Por muy doloroso que resultara para todos los proverbiales espectadores escuchar aquella asincronía, nadie -a tenor de no ofender a Court y a los suyos-, se llevaba las manos a los oídos a fin de protegerse de la agresión acústica, sino que los miraban con cara de eruditos, como quien observa a un mono jugar a la petanca.

El delirio de Demian Court

Court agitaba la cabellera y los brazos con el ímpetu de un verdadero director de orquesta, y a un nuevo gesto suyo, el matiz de la encabritada sinfonía cambiaba súbitamente. Se escucharon risas muy leves, risas infantiles, alegres, que hacían un sinfín de cabriolas en el aire mientras Court erguía más y más los brazos: las risas eran más y más agudas, hasta que de la fascinación se produjo, asombrosamente, una fantasía fugaz en los oídos de todos. Las risas, que ya sonaban como campanas, se convirtieron de súbito en las bellísimas voces de los ángeles del Réquiem de Mozart, para dar paso, un segundo después, a un sonido familiar que no provenía de los coros de los enajenados, sino que desde atrás, y era como la trepidación sobre el suelo de un rebaño de un centenar de bisontes que avanzaba ante sí para arrollarlos.

En las cabezas de los médicos, los profesores y las enfermeras presentes, una certeza estalló como el arañazo de la punta de un látigo. Una certeza tan liviana, dentro de su entonación, como el “plop” que hace al romperse una pompa de jabón, y al mismo tiempo tan terrible como un mordisco de tiburón. El sonido provenía de los monitores cardíacos que silbaban como locomotoras trazando en sus gráficos apremiantes líneas continuas que alertaban que los pacientes que ocupaban sus camas en sus boxes (ocho en total) estaban, todos a la vez, en un pavoroso estado de paro cardíaco.

« ¡Paro, paro! » gritaron todos al unísono, y como un puñado de canicas rebotando sobre un tambor, se pusieron en movimiento, cada uno en una dirección distinta. Todos eran profesionales, conscientes de su función habitual en casos de emergencia, pero estaban al mismo tiempo sumamente anonadados al ver que las circunstancias superaban, con mucho, a la razón. Las enfermeras corrían arriba y abajo trayendo bombas de oxígeno, y entre el estrépito, unos y otros

repetían, presos del asombro: «¡Ocho paros a la vez!».

Los médicos, arremangados, se pusieron a remontar sudorosos entre violentas embestidas, golpeando con avidez los pechos que inertes despertaban su desesperación. Los desfibriladores, que echaban aún más chispas sobre la electricidad que cauterizaba el ambiente, enrampaban los chocados cuerpos de los desfallecidos, los cuales haciendo voltaicas sacudidas con los miembros sin sentido, tal como frágiles marionetas, arqueaban de súbito las espaldas como para saltar un listón de altura olímpico. Sobre las camillas, los pacientes en paro recibían urgentes inyecciones de adrenalina pinchadas directamente dentro del corazón. De las arterias femorales, se llenaban pequeñas jeringas para hacer gasometrías y hematocritos de los capilares de los dedos, y así comprobar -entre otras cosas-, el oxígeno en sangre. En el transcurso de abruptas carreras, como útiles y rápidas hormigas del engranaje de auxilio, las auxiliares clínicas repetían su recorrido de ida y vuelta al laboratorio de urgencias. Poco a poco, los paros se fueron remontando, no sin multitud de tropiezos producidos por la confusión reinante producto del estado mental de todo el personal médico.

Los enfermos fueron renaciendo como grandes niños grandes y ya se veían los dibujos de los ritmos sinápticos normales zigzagueando en los monitores. Y con tanto trajín como tuvieron, ninguno vio que la troupe de anómalos mentales había salido de allí en un corro, todos cogidos de la mano cual sardana andante, lanzando sobre el caos que habían perpetrado sus escandalosas y traviesas risas maliciosas de niños descarriados.

El delirio de Demian Court

LA MÚSICA DE LOS TRUENOS

Los cuatro hombres de seguridad del hospital, junto con James y otro policía, los tenían rodeados.

—Hermanos, dejadnos pasar, tenemos que ir a salvar el mundo
—dijo Court.

Los de seguridad, inmutables, hacían un cerco a la cabeza de la peculiar manifestación, cuya cola empezó a disgregarse por los extremos. Los guardias estiraban infructuosamente de los brazos para detenerlos, pero muchos estaban ya andando dispersos por los pasillos del hospital. Consiguieron detener a Court y a dos de los más jóvenes bajo sus hombros, ellos eran Clemens “el correpasillos” y Valentine “el dibujante de mariposas”, que se había arrancado el suero y unas gotas de sangre resbalaban por su brazo como regueros de un delicioso jugo de frambuesa sobre su palidez. Los guardias forzaron a caminar a Court con los suyos, de nuevo, al pabellón de Psiquiatría. Court, cuanto más lo apremiaban, más despacio iba. Pero los guardias, aunque lo estaban deseando, bajo las miradas de los doctores, se abstuvieron de sacar las porras y los trataron con ductilidad. Los empujaban haciendo palanca con los pies en el suelo pero Court y los suyos les resultaban prácticamente inamovibles. Los guardias sudaban un verdadero mar de olas allí arremangados, como si empujaran una pared que se moviera a milímetros. Y al frente, la sonrisa de Court y las risas y llantos de sus adeptos. Cuando por fin llegaron a Psiquiatría, a Court lo separaron de los demás, no sin esfuerzo, y lo llevaron a una habitación aparte.

Había una mesa con dos sillas y las paredes eran espejos. Court sabía que lo estaban observando. Se sentó y se quedó mirando uno de los espejos con severidad. Luego se levantó,

sin apartar la mirada, y se acercó a los cristales, señalando una a una, como si las pudiera contar, a las personas que habían detrás del espejo: miró prolongadamente a los ojos de quienes estaban ahí, no sin cierto estremecimiento. De repente, dio una seca palmada sobre el cristal: todos los presentes invisibles se sobresaltaron y se tiraron para atrás, totalmente atemorizados. Se abrió la puerta y entró un valiente y templado psiquiatra. Court le puso cara de bondad, se sentó y puso los ojos en blanco. Su cabello canoso, como afectado por una repentina corriente estática, se erizó cuan largo era. El médico se quedó turbado ante su teatral intimidación.

—Pase, siéntese —dijo Court al doctor. Sus ojos volvieron a la posición normal.

—Hola, soy el doctor Thompson.

—Mucho gusto.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió el doctor.

—Bueno, en realidad ya no tengo un solo nombre pues soy muchas personas a la vez, soy un montón de gente, ¡una multitud! Llámame Legión —dijo Court.

—¿A qué se refiere cuando dice esto de multitud exactamente?

—el doctor se sentó en la otra silla, penetrando a Court con la mirada.

—A que estoy poseído por una muchedumbre de espíritus diabólicos.

Court sonreía porque estaba bromeando con aquel buen

El delirio de Demian Court

hombre que tenía trazas de tomárselo todo muy en serio, principalmente porque la frase «estoy poseído por espíritus diabólicos» se utilizaba como sondeo en los test psicológicos para esquizofrénicos.

– ¡Mmm... ya entiendo! –el doctor Thompson garabateó unos apuntes en su portafolios.

–Bueno, no es cuestión de exorcismo ni esquizofrenia –dijo Court con serenidad–, les doy alojamiento a estos seres a voluntad propia. Sólo han venido a hacer una visita a este estado de la existencia: son como turistas y yo soy el albergue.

–¿De dónde vienen esos espíritus? –continuó Thompson con su cuestionario.

–Vienen del lugar donde cada uno de ellos es una parte de dios.

Thompson volvió a garabatear para decir:

–¿Pero antes no decía que eran espíritus diabólicos?

–Como bromistas, estos espíritus son bastante diabólicos: a mí me cogieron por sorpresa y no paraban de carcajearse a mi costa, por la cara de inocente con la que me quedé cuando los vi por primera vez dentro.

Thompson hizo otro garabato.

Entonces Court puso los ojos en blanco otra vez y su cabello volvió a electrificarse, tanto que se veían en las puntas pequeños rayos azules.

— ¿Ves a lo que me refiero?

Se puso de pie y levitó por el cubículo, a unos centímetros sobre el suelo, con sus cabellos blancos soltando rayos y una voz de ultratumba que sonaba a un centenar de voces saliendo por su garganta. Su cara sufrió una transformación y de pronto fue otro -ante las miradas perplejas de detrás del espejo- e hizo la siguiente revelación:

—Soooooy... Fishsbone el muertoooo...

El doctor Thompson hizo como si nada raro estuviera ocurriendo, ni siquiera pestañeó. Aunque, valiente, se le notaba en la comisura de los labios que estaba atemorizado por la extrañeza de los poderes de Court. La cara de Court perceptiblemente había cambiado de fisonomía y no podía tener una explicación simple. Thompson se esforzaba en no hacer una presunción precipitada sobre posesiones materializadas del alter ego.

—Morir es irreversible, irremediable, irreparable... —dijo Court, con una voz cimbreada de matices en multitud de ecos—. La vida es un viaje bajo la luz del nacimiento, la luz de este universo, el cosmos del resplandor. Para eso existen nuestros ojos, para la luz: como la luz para nuestros ojos. Estamos hechos para ver primero la belleza universal y luego, emocionarnos por ello: pues la emoción es el último fin de la belleza.

El rostro de Fishsbone era translúcido entre otros cientos.

—Imaginemos un Universo extrapolado al nuestro que no pudiéramos percibir en su totalidad por falta de visión dimensional, como si fuéramos una caricatura de dos dimensiones dibujada en una hoja de papel y no tuviéramos

El delirio de Demian Court

la facultad física de ver la dimensión de la altura de la mano que nos dibuja. Sería como no poder ver la totalidad de un objeto debido, en comparación, a la estructura del mismo con respecto al otro —los ojos de Fishsbone eran de un azul tornasolado y refulgían al hablar—. Un universo opuesto a este, sin luz, incorpóreo, el reverso de lo material y hasta incluso el reverso de la existencia, en otra clase de ubicuidad. Una dimensión que abarca un Todo que es la más absoluta Nada. Entonces, Fishsbone alzó como un Cristo los brazos para seguir diciendo lo siguiente:

—Para vosotros, Humanidad, el camino de la ciencia será el trayecto “en vida” para cruzar científicamente el portal de la mortandad, para tener un encuentro con el ente que forma a dios y dar con la resolución de que dios somos todos nosotros: la unión de las esencias espirituales de todos los seres.

Thompson se había quedado literalmente boquiabierto, imbuido por una ensoñación, mientras Fishsbone continuaba con su revelación.

—Y la cohesión en ese plano se producirá por un sentimiento infrahumano, no por un pensamiento terrenal. Así que el máximo progreso de la Humanidad será la transmutación de la limitación del pensamiento por la eclosión de un percibir infinito de olas de sentimientos transcendentales... —los doctores de detrás del espejo también estaban literalmente boquiabiertos, como si Fishsbone los hubiera inducido a un trance colectivo—. El hombre, en su desarrollo hacia el progreso, determina, en su constante actitud humana de cuestionarse, un trayecto a seguir en la búsqueda de la última respuesta. La pregunta de la humanidad en ese futuro encuentro con su dios debe ser, sin duda, un simple « ¿Por qué? », cuya respuesta será un rotundo « ¡Por amor! »: puesto

que el Amor es el más absoluto de los sentimientos –aquí la voz de Fishbone hacía a la vez de encantador de serpientes, sonando siseante, seductora, melodiosa...

–Y bajo esa conclusión el humano alcanzaría su propio summum de la existencia. Desplazando el uso común del pensamiento por algún medio que le permita científicamente sentir los sentimientos como lo hace dios, aún sin haber abandonado su existencia mortal –el rostro de Fishbone se había iluminado de tanto expresar su clarividencia y dijo– Ya he hablado... soy Fishbone, el muerto, y vine a mostrar parte del devenir de la verdad total.

De pronto, se hizo el silencio a un lado y al otro del espejo. Las pupilas de Court regresaron al centro de sus ojos. El doctor Thompson boqueaba de asombro sin emitir ningún sonido. Court siguió en silencio, sus pupilas dieron varias vueltas de dentro a fuera de los ojos, girando como los premios de una máquina tragaperras. Luego se quedó mirando al doctor Thompson fijamente. Este, al verse inquirido, carraspeó y dijo, con voz quebradiza:

–Todo lo que dice es bastante coherente, pero tal vez se está preocupando usted demasiado por esas cuestiones, lo cual le lleva a un comportamiento alterado que a usted le parece normal, pero que conlleva muchos problemas, tal vez de carácter afectivo y de inserción social.

El doctor Thompson no sabía lo que estaba diciendo, pues trataba de ser objetivo como lo sería cualquier psiquiatra, pero al mismo tiempo estaba sumamente afectado por las visiones recientes. Court seguía haciendo girar sus ojos a velocidad de vértigo.

El delirio de Demian Court

Su cara, que volvía a ser la de él mismo, dijo:

—Los problemas son tuyos, yo no tengo problemas: yo soy un transcurrir, una cavidad donde alojar ánimas imperecederas...

—Bueno, el desastre que ha ocurrido en Cardiología, ¿lo ha hecho usted? —inquirió Thompson con brusquedad.

—Sólo era una demostración de la amplitud de los paisajes que rodean al espíritu. Cada uno de los pacientes que han desfallecido a mi orden, habrán dejado de temerle al acto de la mortalidad. Así he logrado que fueran terrenalmente más felices, porque la felicidad es importante ya que es uno de los sentimientos que produce el amor.

—¿Y qué les ha hecho a mis otros pacientes?, ¿por qué lloran y ríen así?, ¿qué clase de trance es este? —el doctor Thompson se lo quedó mirando fijamente, obligando a Court a una respuesta veraz.

—Es que ellos lo han entendido todo: la locura está tan cerca de la verdad absoluta, que la supera. Ellos estaban aquí, en este hospital, con una enorme escasez de afectividad y sus pensamientos se habían atado a un nudo de frustraciones. Pero cuando yo me hice sentir en ellos, lo captaron rápidamente, pues yo les he dado lo que ellos andaban buscando: la liberación de su emotividad.

—Pero usted los ha llevado hasta el delirio.

—El amor es así, es delirio. Al menos, el amor entre los seres no corpóreos. Digamos que después de esta vida se “no existe” en un estado de delirio y éxtasis permanente —Court miraba a Thompson con placidez y bondad, como quien mira a un gatito abandonado en una cuneta—. La vida sólo es un

paso, un pequeño trecho sin ninguna importancia, para llegar a ese estado de grandeza y perfección. Mis seguidores lo han comprendido, han entrado en ese estado y van a ayudarme a transmitirlo: porque hoy, aquí, se está produciendo... ¡el advenimiento del amor exacerbado!

Court había extendido los brazos y miraba hacia arriba, mientras sobre su rostro las huellas de las manos flamígeras se prendían en ascuas.

—Va a tener que tomarse unas pastillas que calmarán su exaltación, no se resista, son para su bien—el doctor Thompson no paraba de farfullar nimiedades.

Court soltó una sonora risita maliciosa y puso los ojos en blanco de nuevo.

El doctor Thomson vio que Court, extraviado en un repentino éxtasis, ya no lo escuchaba. Llamó a los de seguridad para que se lo llevaran. Los pies de Court volvieron a tocar el suelo y sus cabellos blancos erizados, volvieron a alisarse. En sus apuntes, el doctor Thompson anotó: «Diagnóstico: Grave patología desconocida de desequilibrio y delirio mesiánico con alteración psicosomática de la personalidad, con efectos constatados de levitación y dominio de mutación contra natura de su constitución corporal».

El delirio de Demian Court

EL RATÓN QUE TENÍA UN PALACIO QUE ROER

« ¡Un paro, un paro! ». La auxiliar corría hacia enfermería, las enfermeras la habían oído y ya salían con el carro de paros hacia el fondo del pasillo. Alguien llamaba al número del equipo de paros que al instante contestaron:

—No podemos venir, hay una avalancha de paros simultáneos en todo el hospital, recurrid a los médicos de la sala.

En la habitación 72 del servicio de Terapéutica Física había un hombre, Cliff Trenton, de los que pertenecían a la corte de Court (y buscando simbolismos a su extraño nombre: Court significaba “las cortes” y Demian Court “las cortes de Demian”, esto no significaría nada si Demian no fuera un nombre tan diabólico para un supuesto mesías de la actualidad), de los huidos de Psiquiatría. Estaba abrazado a un enfermo entubado, que estaba sin conocimiento. Cliff Trenton tanto lloraba como reía compulsivamente y besaba la cara del enfermo, que respiraba con la boca abierta con mucha dificultad. La mascarilla de oxígeno estaba colgando de la cama. Cliff Trenton se incorporó y le aplicó al enfermo, ceremoniosamente, una mano en el pecho. De la boca del paciente, surgió un fogonazo y el monitor cardíaco empezó a silbar. Alguien entró corriendo y volvió a salir gritando: « ¡Otro paro, otro paro! ». Cliff Trenton se deslizó como una sombra por el pasillo de la sala, justo cuando entraban los médicos para socorrer al colapsado. Era imposible verlo si no se buscaba en las sombras. Salió por el pasillo central y vio que los guardas estaban vigilando. Anduvo sigiloso detrás de ellos, tampoco fue visto, y entró en la siguiente sala.

Otro de los seguidores de Court, Joey, uno de los más jovencitos, entró en la sala de Traumatología. Sus pasos

sigilosos ni siquiera fueron percibidos por las enfermeras. Joey entró en la habitación 42, allí había un joven con las cuatro extremidades escayoladas. El chaval tomó impulso y saltó sobre su torso, también escayolado y el paciente gritó. Joey le tapó la boca y le dijo:

—Mira, te has salvado de un accidente mortal y sólo por eso te has perdido el final de la película —Joey le destapó un poco la boca pero el paciente seguía gritando, así que le volvió a imponer la mano—. Lo que trato es que conozcas la verdad de las verdades en vida —el paciente debajo de él seguía rojo de ira—. Deja de gritar, no te va a doler... —pero debajo de su mano el paciente seguía aullando.

De pronto, entró una enfermera. El chaval se escabulló justo a tiempo, agachado tras las lindes de la cama. El paciente se puso a explicar atropelladamente a la enfermera, a voz de grito, que un lunático se le había echado encima, que lo estaba aplastando y que todo el cuerpo le dolía terriblemente. La enfermera se puso a buscar al individuo en cuestión, pero no había demasiado sitio donde esconderse. Miró debajo de la cama y dentro del armario, dentro del lavado y de la ducha también.

—Mira —concluyó la enfermera, después de su exhaustivo examen de la situación—, estos calmantes que te damos son muy fuertes, pueden tener efectos alucinatorios muy reales —y tranquilamente fue hacia la salida de la habitación.

— ¡No, no, no te vayas! ¡Está aquí, está aquí! —exclamaba enfervorecido el accidentado.

—No te preocupes, enseguida vuelvo, voy a consultar tu medicación en la historia clínica.

El delirio de Demian Court

—No, no, no... ¡No te vayas, no te vayas! —decía el escayolado con verdadera angustia. De resultas de la cara hinchada por una contusión, no se le entendía con claridad, lo cual empeoraba aún más su sensación de impotencia.

La enfermera salió de la habitación, despreocupada del incendio de rabia que se estaba ocasionando debajo de esa escayola. Al salir la enfermera, Joey también salió de dentro del saco de la ropa de cama sucia, con su pequeño cuerpo y su cara de ratón. Y con una peligrosa inclinación de las cejas que indicaban que no cesaría de torturarlo. El paciente cuando lo vio volvió a gritar como un poseso, Joey se le volvió a abalanzar encima, con brusquedad y le puso las dos manos sobre la boca. Luego, sobre sus manos hizo el gesto de aspirar y de entre sus dedos apareció, visiblemente humeante, el ánimo del paciente ascendiendo fuera de sí.

Joey cogió un vaso de encima de la mesilla y atrapó el ánimo dentro para luego apretarlo fuerte con las dos manos. Cuando entraron las enfermeras alertadas por los gritos y por el monitor cardíaco que con una estridente alarma se había puesto a aullar en señal de peligro, el chico ya había desaparecido. El paciente había caído en un incompresible paro. Llevaba una escayola por todo el torso, que le fue despedazada con la rapidez que pudieron con unas robustas tenazas hechas para este fin, con tal de revivirlo y a propósito de poder hacerle el masaje cardíaco. Perdieron un tiempo precioso en ello, pero luego por fin le pudieron aplicar las manos cinco centímetros por encima del final del esternón, para darle las sacudidas que la reanimación del corazón precisaba: cinco golpes en el pecho por cada aspiración hecha con la bomba de goma negra anexionada al embú, que era una cánula colocada garganta abajo y que en su extremo exterior acababa en ese globo de aire que se presionaba manualmente.

Joey, el chico de Court, estaba justo debajo de la cama, viendo cómo los pies de los sanitarios se movían frenéticos de un lado a otro, surgiendo por debajo de la destartada ropa de cama: como si fuera un telón, los pies resultaban ser marionetas en un teatrillo infantil. El chico de Court, allí agazapado, soltó la mano y dejó salir el ascendente y liviano contenido del vaso, el cual se precipitó en forma de humo, trascendiendo entre los listones de la cama, a través de ella, y volviéndose a introducir en el pecho del joven moribundo. Al momento, el paro cardíaco detuvo, el paciente se reanimó y el ritmo del monitor volvió a ser constante. Joey salió furtivamente de debajo de la cama y se escabulló entre las piernas de los facultativos cual ratón burlón ante una escoba. Al alcanzar la puerta, se giró para mirar avispado al paciente, que con una plácida expresión le estaba sonriendo desde el lecho y hasta le hizo okey con el dedo pulgar levantado y un guiño, mientras los médicos a su alrededor, suspiraban aliviados al superar con eficiencia tan inesperado percance.

Joey seguía pareciendo un ratoncito cuando, andando de puntillas, salió de la sala de Traumatología. Vio a los guardias con cara de atolondrados merodear por los pasillos, desorientados. Cual ratón que encuentra un acogedor agujero, se metió en otra sala.

El delirio de Demian Court

VUELO RASANTE EN UN DÍA TORNASOLADO

Otro de los chicos seguidores de Court, llamado Allin, se había colado por un pasillo de la sala de Patología General para cumplir su misión. Pasó como un suspiro, andando de puntillas por debajo del mostrador de enfermería. Se escondió tras el carro de curas cuando pasó un médico que dedicado a sus tareas tampoco lo vio. El chico siguió andando tras de él. El médico se desvió hacia los vestuarios al fondo de la sala y Allin resbaló por la pared hasta entrar en la última habitación. Había un anciano atado con una sábana que le pasaba por debajo de los brazos y acababa en un nudo tras el respaldo del sillón, que estaba puesto misericordiosamente al lado de la ventana. El viejo estiraba los brazos hacia la mesilla, pero no alcanzaba a tocar la superficie. Cuando descubrió la presencia del muchacho, le dijo autoritario:

—Chico, dame las gafas —Allin se las dio con prestancia—. ¿Quién eres tú, el primo Judd?

Evidentemente el viejo no tenía constancia de la realidad.

—. ¿Cuánto tiempo hacía que no venías por casa, es que crees que no tienes familia? —el chico dio una carcajada y aceptó la regañina.

—Es que estuve ocupado visitando el nuevo mundo —dijo Allin.

— ¡Rayos! —Dijo el viejo—. ¿Es que fuiste a las Américas a hacer fortuna?

El chico se sentó encima de la cama, de frente al viejo, echó otra cacareante carcajada y le dijo:

— ¡No, más lejos!

— ¡Diablos!, ¿es que acaso fuiste a Australia a rescatar canguros? —preguntó el anciano persiguiendo con gratitud ese hilo de conversación inesperada.

— ¡No, más lejos! —le respondió Allin, que balanceaba las piernas delante de él con una sonrisa endiablada, pues realmente se burlaba de la desorientación tan cómica que sufría el viejo.

— ¡Caray!, ¿acaso no acabaste en la India cazando tigres de Bengala?

— ¡No, más lejos!

—¿Pero tú no eres el primo Denn, que se casó con una luchadora oriental de la que se divorció porque la mujer le pegaba y acabó viviendo en los suburbios de París, pintando cuadros de mujeres desnudas pero que parecían vestidas? —el anciano, más que confundido, en realidad parecía seguirle el juego al chico.

—No yayo, vengo de más lejos todavía...

—Tienes que contármelo todo, porque yo ya llevo ocho años sin moverme de aquí y tengo el culo en forma de silla.

—No, yayo, no soy el primo Denn. Yo soy un ladrón de almas que pasaba por aquí, y vengo del nuevo mundo justo para verte.

—¿O acaso eres el primo lejano Guss, que se fue a Nueva Zelanda? No es lo suficientemente lejos, ¿hijo?

El delirio de Demian Court

—No, yayo, no, más lejos todavía... El nuevo mundo de donde vengo está en el lado opuesto del universo.

—Sí, ya sé, es como una metáfora: te hiciste artista y vives en tu propio mundo, un mundo hecho por ti y para ti.

—Sí, pero no, más lejos todavía: lejos, lejos, lejos... mi mundo está colgando del final de los tiempos.

—Hijo, ¿te hiciste astronauta?

—No yayo, no, me hice el muerto.

—Qué contrariedad... ¿Y tuviste hijos? —aquella parte de la conversación le había inquietado un poco al anciano.

—Ven conmigo yayo, te llevaré, dame sin miedo la mano.

—Bueno, hijo, llévame a Nunca Jamás si quieres, pero ponme los zapatos, que con zapatillas tendría la sensación de no haber salido de esta muralla.

El anciano extendió la mano hacia el chico, pero como estaba atado, se quedó con el gesto suspendido haciendo el esfuerzo para incorporarse. Allin, con una estridente carcajada, se zafaba de que el anciano pudiera alcanzarlo.

—Hijo, soy un prisionero de guerra, toda la vida desdeñé a las mujeres y me quedé soltero y ahora que estoy indefenso, las enfermeras más cariñosas me agasajan con carantoñas mientras me cambian los pañales, con sus insoportables arrumacos. Y cuanto más les gruño, más me lisonjean esas indeseables.

El chico soltó otra carcajada como el chasquido de una pandereta gitana:

—Pobre yayo, cuánta deshonra, cuánta tortura, cuánta paradoja... ven, dame la mano que yo te ayudaré a escapar de los arrumacos.

El anciano volvió a extender la trémula mano. El chico se la agarró con las dos suyas y empezó a estirar de su brazo con todas sus fuerzas, incluso haciendo palanca, apoyando un pie sobre el butacón del viejo, quien se sumió en una ocasional asfixia mientras hacía intentos de gritar con todas sus escasas fuerzas. El chico, de pie encima de la cama, tiraba de los dos brazos del anciano, gritándole:

—Ven, yayo, ven.

En medio del frenesí, una pequeña bola de luz se asomó de la boca del viejo y Allin se la arrebató. Cuando el chico tuvo la luz en su mano, el anciano se desvaneció y la luz quedó evanescente: en un gesto repentino, se comió la luz y su rostro quedó iluminado como si estuviera hecho de brasas. Se quedó cogido de la mano del viejo mientras su cuerpo también se iba iluminando, y el viejo permanecía muerto fuera de su cárcel de carne y huesos. Allin soltó una carcajada de complacencia, se fue hacia la ventana, abrió la boca de par en par y dijo:

—Vuela, vuela, pajarillo... —el ánima del anciano salió de su boca succionada por el paisaje que enmarcaba la ventana y el chico le dio un pellizco simpático a la mejilla del cadáver.

—Buen viaje, yayo —le dijo, desapareciendo por la puerta. Y andando de puntillas como la caricatura de un cómic representando un ladrón, se escabulló sin ser visto.



Por la ventana se oía una sirena. Hacía un sol formidable. Las enfermeras estaban repartiendo la medicación y entraban y salían de las habitaciones, ignorantes del reciente fallecimiento. Allin recorrió el pasillo furtivamente y en zigzag. Al abrir la puerta de batientes de la salida de la sala, se dio de cara con dos de seguridad que en aquellos momentos entraban a husmear.

—¡Eh! ¡Adónde vas, polluelo!

El chico de Court extendió los brazos frente a ellos, abrió

una boca imposible, y un fuertísimo viento surgió de ella. Las gorras de los agentes de seguridad salieron volando y una fuerza invisible les obligó a apartarse y a sujetarse del marco de la puerta. Allin pasó entre medio y siguió por el pasillo central. Los guardias intentaron seguirlo, pero el fuerte viento lo impedía. Arrancaba papeles de las manos de las enfermeras, de las papeleras, de los carteles colgados en los tableros de anuncios. Los guardias no podían avanzar, todos los papeles caían encima de ellos. Las camillas aparcadas a los extremos del pasillo adquirieron vida propia, y como bólidos, se abalanzaron también contra los guardias. Antes que el ataque de las camillas finalizara, amontonándose sobre los guardias en el suelo, Allin logró salir vaporoso por la puerta central del hospital a reunirse con sus semejantes, quienes ya deambulaban por las afueras.

El delirio de Demian Court

CIEN PASOS HACIA NINGUNA PARTE

De una de las salas, acababa de salir el camillero del depósito de cadáveres al que sus compañeros llamaban burlonamente Igor, como el ayudante del Doctor Frankenstein, porque era un tipo un poco siniestro. Su mirada lucía con un ojo estrábico que siempre estaba mirando al lado opuesto del otro. Además, llevaba un peluquín inusitadamente mal colocado. Así, Igor iba derrapando por el poco concurrido pasillo central del sótano, trasladando un difunto reciente al depósito. Llevaba el cadáver en una camilla, recubierto de un lienzo blanco que le confería, en su mortalidad, un aspecto aséptico y de íntimo respeto.

Uno de los de la tribu de Court, Demóstenes Philgrim, era un hombre especialmente delgado y larguirucho, con un rostro enjuto y lánguido: con todas las facciones estiradas para abajo en verticales, las cuales le conferían una permanente mueca de melancolía. Además, llevaba un traje negro que le quedaba corto de la pernera y de mangas.

Demóstenes Philgrim, venía andando por el pasillo desde el lado opuesto al que se dirigía Igor, el hombre del depósito con su cadáver. Ya llegando a su altura, Philgrim musitó algo hacia el rostro de Igor. El celador se detuvo para prestar atención a lo que aquel hombre le estaba diciendo, y que de ninguna forma lograba entender.

Demóstenes Philgrim, mirándolo pero sin mirárselo, como si Igor fuera transparente, le volvió a dirigir unas musitadas palabras y el camillero se acercó un poco más, afilando las orejas para ver si lo entendía. Entonces, Demóstenes Philgrim le entregó un papel a Igor diciendo otra frase inteligible y el camillero, que se vio con el papel en la mano, trató entonces

de descifrar, poniendo toda su atención, los garabatos del papel imaginando que, sin duda, era la anotación de las instrucciones telefónicas con el nombre de la sala de donde estuviere ingresado algún familiar suyo. Pero cuando levantó la mirada del papel, vio las dos manos del individuo sobre lo que debía ser el rostro del cadáver frígido que él transportaba. Entonces el camillero amonestó a aquel hombre con gran severidad. Demóstenes Philgrim se arrebujó sobre sí mismo como un murciélago, dio media vuelta y se fue por donde había venido.

Igor quedó pasmado con la apariencia de este tipo salido de la serie La Familia Adams. Entonces, escuchó cerca de sí que alguien decía:

—Gracias —Igor no sabía de dónde había salido esa palabra, pero la oyó muy claramente, y al cabo de un momento, la volvió a escuchar.

—Gracias —y súbitamente, el cuerpo del difunto de su camilla, aún cubierto con la sábana, se incorporó, quedando sentado. Igor, que debido a su profesión ya había visto toda clase de espasmos mortuorios en su vida, empujó el cadáver hacia abajo presionando fuerte sobre su pecho y le dijo:

— ¡Quieto, cadáver! —pero de pronto se encontró que una mano le arrebatava a ciegas el peluquín.

— ¡Coño! —Dijo el celador—. Este cadáver parece más vivo que muerto.

Destapó el lienzo y unos ojos vidriosos lo estaban mirando: ¡los ojos del muerto! Aun así Igor pensó que se trataba de un habitual espasmo de difunto e intentó de nuevo colocar al

El delirio de Demian Court

muerto en posición horizontal. Pero el muerto le dio un puño en la cara con el puño que sujetaba su peluquín, con lo que Igor se quedó atónito. El muerto se puso de pie sobre el suelo y se alejó corriendo pasillo abajo, con el peluquín del camillero en la mano y con parte del rigor mortis que le anquilosaba los gestos. Igor se quedó pasmado, mirando alejarse corriendo al cadáver. Se miró las manos y vio que todavía tenía el papel que le había entregado aquel extraño y horrible hombre, arrugado dentro del puño. El papel decía, escuetamente, con una escritura completamente angular y torcida: «Levántate y corre».

La cocina era un lugar casi tan fervorosamente limpio como un quirófano. Los pinches de cocina estaban elegantemente uniformados con polainas, gorros de celulosa y delantales impecables de un blanco luminoso. Los cocineros jefes estaban charlando distendidamente, sentados en el cuartito adjunto a la despensa, y a escondidas, tenían unos vasos y una botella de ginebra de los cuales hacían uso para entonarse y así estar inspirados para la Nouvelle Cousine.

Mientras tanto, los pinches sudaban ingentemente entre los vapores de las ollas, despedazando pollos en secciones y cortando a finas láminas piernas gigantes de jamón embutido, fileteando larguísimas barras de queso, o acaso pelando interminables cubículos llenos de odiosas patatas. Así iba transcurriendo la mañana entre mondas, cuchillos y vapores. En la salida de los carros de las bandejas, una lona enorme plastificada servía de separación entre la sepsis y la asepsia del departamento. Se apartaba con gran facilidad para ser franqueada por una sencilla abertura que permitía el paso a los carros de comida que se dirigían a las salas para distribuir la comida, sin tener que abrir o cerrar puertas expresamente. A media mañana, por esta salida entraron dos hombres: uno

era el muerto con pijama y el peluquín de Igor en la mano, el otro era el larguirucho de la tribu de Court, Demóstenes Philgrim. Ambos entraron corriendo y empujando todos los carros que pudieron a modo de tapón de obstáculos tras su paso. Inmediatamente después, entraron al mismo recinto, resoplando, cuatro guardias de seguridad en pos del muerto e Igor en pos de su peluquín. Zigzagueando entre los carros apelotonados, pronto empezaron a percibir que ciertos proyectiles les hacían moleestamente diana en la cabeza. Dentro de la cocina, el muerto y Demóstenes Philgrim se habían apoderado de un cubil de patatas y las estaban arrojando certeramente sobre sus perseguidores. Con el alboroto, los jefes de cocina salieron de su cubículo “de calentarse los huevos” (como lo llamaban los pinches) a poner orden, pero también fueron alcanzados por los proyectiles- patata. Los pinches, en la confusión y con la rabia que les tenían a sus encargados, empezaron también a tirarles cosas un poco más severas, como huevos, muslos de pollo o coles de Bruselas, que aunque pequeñas, resultan muy dolorosas. Al muerto se le fue el peluquín de la mano y cayó en una olla gigante de sopa de col. Y en este arrojito de artefactos voladores sobre los seguratas, el camillero y los encargados de la cocina, alguien, por tirar, lanzó un gato: ¡el gato de la cocina que cazaba los posibles ratones que se acercaban a la alacena! (la asepsia más tradicional), con todas las uñitas afiladas dispuestas a engarzarse sobre cualquier rostro a su paso.

Los perseguidores se acobardaban agazapados detrás de los carros de transporte de comida debido a lo virulento que fue el ataque. Mientras tanto, los atacantes, el muerto y Demóstenes Philgrim habían encontrado la puerta trasera del hospital libre de obstáculos. Se habían deslizado por ella para salir a la calle y una vez fuera, reunirse con otros escurridizos internos y adoradores de Court en libertad. A la fuga, se incorporaron

El delirio de Demian Court

también -como forajidos- los pinches de cocina, muertos de la risa de haber acorralado tan fácilmente a base de patatazos a sus malhumorados encargados.

EL BAILE DEL CAMALEÓN RENQUEANTE

Uno de los hombres de Court, Jimmy Verline, padecía toda clase de tics aparatosos y caminaba de una forma muy rara: disparando una de las piernas hacia adelante para luego hacer un gesto con la otra, como de genuflexión. Resultaba una articulación de pasos bastante llamativa. Así venía por el pasillo cuando un gato maullante llegó a toda velocidad hacia él, que en medio de la pauta del agacharse en pleno acto de uno de sus pasos, cayó rozando el suelo. El gato-bala, desorientado, fue a caer justo en sus manos.

Jimmy Verline lo arropó con los brazos mientras el gato le clavaba las uñas, sujetándose a cada uno de sus gestos convulsos. El hombre de Court siguió andando por el pasillo hasta introducirse por la puerta del Bloque Quirúrgico. Se metió allí, como quien pasea tranquilamente por su casa en zapatillas con el gato en brazos y rebasó, sin inmutarse, la línea que delimita la zona estéril, moviéndose como un bailarín conceptual y de vanguardia: una pierna que se le disparaba y la otra que le seguía con una aparatosa reverencia al suelo. Iba por el pasillo central, en el que confluían las distintas entradas a los quirófanos esterilizados, pasando por delante de los boxes de reanimación, donde estaban, bajo atención especial, unos cuantos post-operatorios. Tal como iba Jimmy Verline pasando, causaba asombro y extrañeza y todavía nadie se había atrevido a hablarle, aunque fuera para echarlo de allí. Los cirujanos salieron al pasillo para contemplarle, con las manos enguantadas izadas con cuidado de no tocar nada, alguno hasta salió con la aguja de sutura prendida del cottger, otros con los guantes embadurnados de sangre, y hasta uno con una sierra eléctrica circular, apagada eso sí.

Cuando Jimmy Verline, el hombre de Court, se sintió envuelto

El delirio de Demian Court

por docenas de miradas absortas, dejó el gato en el suelo en dirección a ellos y dio un golpe con el pie sobre su cola, y el gato resoplando y a la velocidad del rayo, se metió dentro de un quirófano. Entonces los médicos y las enfermeras reaccionaron, por fin, y se lanzaron en pos de alcanzar ese gato aséptico, que daba saltos por todas partes tirándolo todo: encaramándose por encima de los aparatos de rayos x, desconectando conexiones a su paso, arrojando botellas de sueros al suelo (que después de romperse lo dejaban todo encharcado), pasando por encima de la panza del operado, tomando impulso sobre la mesa del instrumental... esquivando en zigzag a sus torpes perseguidores quienes, de pronto, dejaron de perseguirlo porque sobre la mesa del quirófano, de resultas del caos, el paciente acababa de tener un paro cardíaco. Los que lo pudieron ver, presenciaron a aquel extraño hombre salir de ahí, nuevamente, con el gato en brazos. ¿Cómo lo había podido atrapar? No se sabe.

Los guardias habían reunido en el hall del hospital a media docena de pacientes de los escapados de Psiquiatría. Los iluminados se habían cogido de las manos e iban andando juntos por el camino que indicaban los guardias, de vuelta a la sala. Los otros pacientes de otras salas y familiares de visita, se detenían al verlos pasar. Todo parecía una rúa de Carnaval en que sólo faltaban los confetis.

Smith llegó en ese momento al hospital, le había llamado James Milton, y se encontró de frente con el espectáculo. Rápido, supuso que era cosa de Court y lo buscó entre la multitud de cabezas. Pero no estaba. Se dirigió hacia el centro del tumulto, pero un guardia lo apartó.

—Por favor, no se acerque —el guardia le puso firmemente la mano en el pecho.

—Estoy buscando a alguien.

—Entonces, diríjase a Información. Mientras, uno de los hombres de Court, abrazado al montón de los otros delirantes que sollozaban, se soltó y tendió la mano entre el guardia a Smith.

—Es uno de los nuestros, déjalo pasar —dijo.

—Ni hablar —exclamó el guardia.

El hombre de Court se abrazó como un pulpo al cuerpo del guardia. El guardia se desasíó con violencia. El hombre insistió y se le colgó del cuello con todo su peso. El guardia apartó su cara bruscamente con la mano, pero no podía librarse de él. El hombre colgaba de su cuello como una corbata, pero pesaba como un yunque. El guardia no sabía cómo soltarse y acabó pidiendo el socorro de sus compañeros.

— ¡Hay que reducirlo, hay que reducirlo! —gritó.

Los otros hombres de seguridad saltaron sobre el hombre pulpo-adosado, pero no podían desasirlo. Decidieron utilizar la fuerza bruta y sacaron del cinto sus armas reductoras. Unos cuantos de los iluminados se abrazaron, de forma compacta, a los que levantaban las porras. Éstos quedaron también inmovilizados y no pudieron zafarse cuando el resto de la troupe se separaba y salía por la puerta del hospital. En la calle, los iluminados extendieron los brazos para pasar tocando las caras de la gente.

El delirio de Demian Court

CAMINANTES DEL AIRE

Hacía un sol radiante. Era sábado por la mañana y las señoras iban con su carrito de compras al mercado cercano. En la calle había mucho tráfico. Los semáforos orquestaban los movimientos de los coches en pasos cortos. Unos minutos después, la calle quedó extrañamente vacía. De pronto, hacía demasiado rato que no pasaba ningún coche. La razón era que un poco más arriba, la troupe escapada del psiquiátrico iba por en medio entorpeciendo el tránsito. Habían detenido los coches cogiéndose de las manos, haciendo una hilera frente a ellos. Andaban a paso tranquilo, como si nadie detrás tuviera prisa. Los conductores afectados no dudaron en insultarlos. Algunos, con el ánimo incendiado, se bajaron de los automóviles y se acercaron a ellos con amenazas. Sin embargo, al ver las extrañas expresiones de sus rostros, se detuvieron. Uno de los conductores, mucho más envalentonado que los demás, viendo sus sonrisas, golpeó a uno de ellos llamándole «Gamberro» y hasta incluso, «Mariquita». El iluminado, sonriendo, lo acarició, pero el desconcertado conductor, lo cogió por la ropa y lo zarandeó.

— ¿Pero qué diablos te pasa? —el hombre, iracundo, puso al chico a un palmo de su cara.

—Tenemos una cita con el entendimiento del Amor Exacerbado, hermano humano, ¡únete a nosotros! —el iluminado intento besarlo. El hombre, histérico, se apartó con cara de asco. Los demás conductores miraban lo que ocurría, esperando un violento desenlace final.

El conductor enojado volvió a golpear al joven en la cara. Alguien se acercó a detenerlo. El joven seguía sonriendo con la cara magullada. Los demás iluminados empezaron a rodearlos.

Tocaban suavemente la cara, el pelo y las ropas del conductor enojado y él, muy sofocado, apartaba nerviosamente las manos de su cara.

– ¿Pero qué queréis? –los demás observadores se reían.

–Venid con nosotros –decían los iluminados.

Cogían de las manos a la gente y tiraban suavemente de ellos. Algunos se desasían, pero otros les sonreían y les seguían la broma. Los iluminados iban a las aceras y cogían a la gente que estaba mirando, la llevaban al centro de la calzada, caminando tranquilamente, mientras los cláxones berreaban detrás de ellos. Nadie intentó agredirles, ni siquiera el conductor enojado, que volvió a su coche para seguir con paciencia la lenta marcha, derrotado por una actitud que era incapaz de comprender ni de tolerar.

La gente se les unía sin saber por qué. Porque eran divertidos, porque era fin de semana y tenían más tiempo libre, porque tenían curiosidad por saber cómo acabaría todo ello o sencillamente, para infringir las normas de su comportamiento habitual: del gran exceso de aburrimiento televisivo cotidiano. Cuando llegaron, la Guardia Urbana les informó a través de un megáfono que aquella manifestación era ilegal y que tendrían que dispersarla. Los iluminados hicieron caso omiso, tanto con grandes sonrisas como con desbordados llantos emocionales. La gente también ignoró a la Urbana con regocijo. La gente salía de los comercios y se amontonaba en las aceras para mirar: les tiraban caramelos, nueces o cajas de pañuelos. La marcha iba de manos cogidas como un corro de niños jugando a “Simón dice” en el recreo. Algunos de los curiosos, por empatía, empezaron a sentirse realmente bien y ofrecían sus manos fraternalmente a cualquier desconocido,

El delirio de Demian Court

cosa que tal vez no habían hecho nunca. La cuestión general era: «¿A dónde vamos?», pero tampoco les importaba mucho, pues aquello era tan entretenido.

Un par de gays que se les habían unido con entusiasmo, se quitaron las camisas y volteándolas por los aires y bailando, encabezaban la manifestación como si fuera la celebración del Día del Orgullo Gay. Y como se vieron el centro de la diversión, se inventaron un eslogan que tanto servía para gays, para lesbianas como para héteros y que poco a poco fue coreado por aquella dislocada multitud: «El amor sin fronteras, ni tiene culos ni tiene tetas. El amor sin fronteras sólo tiene aaaamooooor».

A la gente qué le importaba si todo aquello era sensato o no, todo esto tenía, en su grado de inocencia como de atrevimiento, una gracia que los dejaba encandilados y les obligaba a seguir al pie de la extraña procesión. La policía también fue contagiada por la seductora emoción colectiva y prudencialmente, decidió regular el paso en los cruces para mantener el tráfico contenido a los límites de la marcha. La misma gente recolectaba a más espectadores en las aceras diciéndoles, como bien habían comprendido, que era el Advenimiento del Amor Exacerbado.

Los iluminados abrazaban y besaban a todo el mundo, sólo algunos se cohibían a su contacto. Algunos iluminados saltaban por encima de los coches, llamando a la gente desde arriba de los capós y parecían los zancudos de una cabalgata de gigantes y cabezudos.

—Ven con nosotros.

—Déjalo todo.

Los conductores de detrás del carnaval habían pasado de estar ofendidos a hacer música con los cláxones, se habían contagiado de esa sensación de felicidad a pesar que llegaban tarde a todas partes. La extraña comparsa cruzaba Londres hacia el Hyde Park, allí, al Advenimiento del Amor Exacerbado. —Por favor, ¿está aquí el sargento James Milton? —Smith estaba consultando en la ventanilla de recepción de la sala de Psiquiatría. La antipática recepcionista no se lo miró siquiera para contestar:

—La policía ya se ha ido hace unos minutos.

—Yo necesitaría ver a un paciente, se llama Demian Court. Tiene cuarenta y siete años. Es alto, tiene el cabello completamente blanco, es de complexión robusta pero estilizada, tiene la cara extremadamente ovalada, ojos azules, y aunque normalmente lleva gafas, parece haberlas perdido en el tumulto del último día. Al parecer está sufriendo un trastorno grave de la personalidad.

Smith, en su vehemencia y ante la indiferencia de aquella estirada señorita, había llegado a introducir medio cuerpo por la ventanilla. La secretaria hizo un gesto desagradable para ayudarlo a desistir.

—Aquí los pacientes tienen las visitas limitadas y no me consta ningún Court.

—Pero está aquí, lo ingresaron ayer por la madrugada, venía de la comisaría de Queens —la joven manipulaba la pantalla sin ninguna expresión.

—Aquí sólo me consta el caso de un hombre que ha llegado sin identificación.

El delirio de Demian Court

– ¡Éste es! Seguro.

–Está en régimen de incomunicado, orden expresa del doctor Thomson, si quiere hablar con él tendrá que esperar hasta mañana –la secretaria se quedó estoica mirando a Smith, desafiándolo a que la molestase con alguna otra pregunta tonta, para sacudirlo con un calabazo de antipatía pertinaz.

Alguien quería salir del otro lado de la garita. La recepcionista le sonrió (qué raro) y apretó un botón de debajo del mostrador. La puerta zumbó, se abrió y emergió por este lado la figura de Court, que aún seguía arropado con el camión hospitalario abierto por detrás mostrando sus glúteos.

– ¡Tío! –dijo, al verlo, Smith.

–Vámonos –dijo Court. Apresuradamente se alejaron por las escaleras, dejando a aquella secretaria ominosa con cierta cara de estupor–.

– ¿Cómo estás?

–Con una de mis mejores sonrisas –contestó Court, y como demostración, su rostro se transfiguró en el de otras personas de las de dentro de sí, todas ellas la mar de sonrientes, cosa que a Smith le erizó los pelos de la nuca–. El poder de la sonrisa a tiempo –y Court carcajeó.

–Estás muy raro, me das miedo.

–Yo no puedo darte miedo, soy tu amigo.

–Tengo miedo de lo que te pueda ocurrir y de cómo acabará todo esto.

–Acabará como empezó, siendo un misterio. El Misterio del

Amor Exacerbado: una esperanza, aunque ínfima, para todo el dolor de este mundo.

— ¿Adónde vamos ahora? —ya bajaban las escaleras de la calle, saliendo del hospital.

—Vamos a Hyde Park, nos esperan unos amigos. Vamos a coger el Metro.

El delirio de Demian Court

UN ESTRÉPITO EN LA URBE

Se abrió la puerta del vagón. Smith y Court entraron. Court tenía una sonrisa amplia que relucía en todo el vagón. La gente se lo observaba de reojo y no aguantaban su mirada directa sobre cada uno de ellos. Court se acercó a una mujer cogida a una de las barras de sujeción y le dijo, sin darle importancia al hecho que iba con un camisón, que abierto por detrás, dejaba vistosamente sus glúteos al aire.

—A ti te conozco.

—¿Qué dice, chiflado? —contestó ella.

—Que te conozco perfectamente, tú eres Rose, tienes tres hijos. Los has criado tú sola porque tu marido perdió la vida en un accidente laboral. La mujer le miró asombrada.

—¿Usted cómo sabe eso? —dijo, no sin cierta desconfianza apremiante.

—Para saberlo debes mirarme fijamente a la cara y dejarte sorprender.

Entonces a Court se le transfiguró la cara en otro rostro, de esos que él llevaba dentro. Ella lo miró fijamente y puso cara de desaforado asombro total, exclamando:

—¡John!, ¿eres tú?

—Rosi... Rosi —dijo Court.

—¡Es imposible que estés aquí! —los dedos de la mujer estaban blancos de presionar la barra de equilibrio, su piel se puso

pálida y sudorosa.

—Sí, Rosi, estoy aquí y siempre he estado a tu lado desde que me fui, soy tu ángel de la guarda —dijo Court en boca de John. La mujer se puso a llorar desconsolada y delirante. Court la abrazó con fuerza. La gente del vagón estaba expectante con la escena sin comprender nada en absoluto, pues no había sido visible para ellos el cambio de rostro cometido por Court. John prosiguió en boca de Court:

—He venido a decirte que resistas, que tengas felicidad, que nos volveremos a ver, que volveremos a estar juntos, que esta vida no es el fin de la existencia. Atrévete a amar a otros hombres, sé feliz y no tengas miedo de tus sentimientos, no tengas miedo a olvidarme, porque nunca me olvidarás. Tienes que vivir tu vida, no desperdicies todo el amor que tienes a raudales en tratar de ofuscarte por mi recuerdo.

La mujer vislumbraba el rostro de John como grabándolo en su memoria para deleitarse en reproducirlo para sí en momentos de suma melancolía. Rose besaba a Court en las mejillas con frenesí y de contemplarlo, ya se le habían puesto colores radiantes y parecía otra mujer, acaso una chiquilla. John aún añadió:

—Ahora tengo que irme, pero no lo olvides: sé feliz a pesar de mí.

— ¡No! No te vayas todavía... —suplicó ella.

—Entonces sigue a este hombre del pelo blanco y volveré para despedirme de ti en otro momento.

La cara de John se disolvió en un borrón y seguidamente

El delirio de Demian Court

volvió a ser la de Court, sonriendo. La mujer se deshizo en lágrimas, como un súbito chaparrón de verano. Court le dijo a Rose:

—Sonríe, que te está mirando todo el vagón.

La mujer, entre lágrimas, sonrió. También sonrió todo el vagón.

Smith y Court se bajaron en Picadilly Circus.

Repentinamente, mucha de la gente del vagón se vio en sus fueros impulsada a seguirlos. Smith se quedó asombrado de ver tras de sí todo este nuevo séquito y apresuró el paso para hacer correr a Court: a ver si así se desentendían de ellos o los perdían de vista. Court le siguió el paso, pero también toda la demás gente detrás de él, que lo miraba con cierta devoción incomprensible.

IDEALES TALLADOS EN ÉBANO

Había dos jóvenes sentados en la escalerilla de entrada a un comercio, cerca de la plaza Picadilly Circus. Uno de ellos -“Vómitos”- el chico, iba con el pelo teñido de rosa estrafalario y aderezado con unas gafas de plástico verdes. El Vómitos llevaba una camiseta con un piojo dibujado por él mismo y unos pantalones muy estrechos ajustados a sus piernas tamaño espagueti. La otra punki era su novia (curiosamente, sin derecho a roce) y se llamaba Sue Blue. Iba con el pelo tieso como un erizo y profería una tajante mirada gélida hacia los demás. Vestía un corsé negro lleno de bondages e imperdibles que colgaban de un lado a otro del torso, un ligero a ojos vista y medias rotas de rejilla, la cara maquillada de puro blanco de geisha, con los ojos derramados en lápiz negro, tan negros como sus propios labios: dignos de una vampiresa.

Court venía hacia ellos con los brazos extendidos, como si ya los conociera de algo y se alegrara de saludarles. Su camión blanco revoloteaba alrededor de su decidido paso.

—Amaos los unos a los otros, si podéis y si os dejan —les dijo Court a modo de presentación—. Alguien que pierde el tiempo en la calle, es que busca a algo o a alguien entre la multitud. Sé que no sois tan violentos como pretenden vuestras muñequeras de pinchos y que en el fondo vuestra revolución es pacífica.

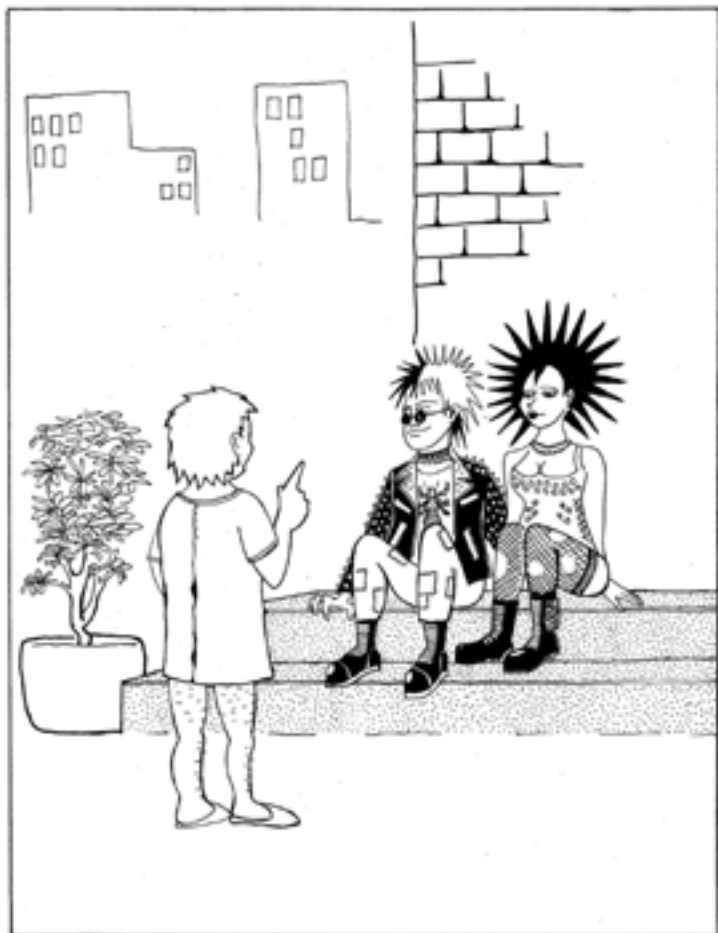
Sue Blue lo miraba con cara de pocos amigos para disuadirlo de su intromisión.

—Justo andaba buscando a alguien que deambulara por las calles haciendo la revolución—continuó Court.

El delirio de Demian Court

– ¿Qué dices, hippy? ¡Ja! Tiene gracia. Yo no hago la revolución, sólo me meo en la sociedad porque me aburro –dijo el Vómitos, desconcertado por la prestancia de ese desconocido tan desconocido.

–Bueno, es que en realidad andaba buscando a alguien que odiase a la gente en general –prosiguió Court–, y sé que vosotros perpetráis el no amor violentados, prevenidos contra la injusticia por medio de la desconfianza y el sentido crítico, ¿no es así?



—Vamos tío, el amor no existe en este mundo, el amor es ridículo —contestó Sue Blue—. A ver si consigues vivir sólo con amor y sin dinero, es el dinero el que mueve el mundo.

—Los hippies lo intentaron y ahora son unos yuppies —añadió el Vómitos.

—Los hippies fueron acribillados por agujas ponzoñosas, los especuladores los volvieron egoístas, les arrebataron la ilusión. Ellos dejaron de ser niños a la fuerza —dijo Court.

—La inocencia es muy boba —dijo Sue Blue

—La inocencia es fragilidad. Y la fragilidad da equilibrio de fuerzas en un mundo que es un puño cerrado de acero, por eso tú te defiendes con escepticismo. Pero también te gustaría ser inocente y amar inocentemente, relajarte y confiar, y dormir... y soñar despierta. Pero tú estás dispuesta a no dejarte engañar, ni siquiera por las agujas que arrastraron a los hippies. La sociedad os ha defraudado y la combatís con armas sutiles, como la indumentaria extravagante o vuestra música con letras irónicas. Todo ello aderezado de un gran dramatismo al mismo tiempo que de un desaforado sentido del humor para ridiculizar a esta sociedad occidental, que cada día os acorrala un poco más: y todos acabáis sufriendo de fatalismo visceral.

—La sociedad es basura a pesar de mí —dijo Sue Blue, escupiendo al suelo tras estas palabras, como si fuera un juramento.

—La sociedad es gente, la gente es amor en potencia, la gente unida tiene capacidades asombrosas. Algún día la gente dejará sus trabajos para dedicarse solamente a quererse entre sí. Y renegarán del dinero y lo quemarán en piras populares. Y dejarán de ser egoístas, competitivos y codiciosos. Este es el futuro que yo os preconizo, pues algún día el hambre será

El delirio de Demian Court

saciada en todo el mundo y el Amor Exacerbado nos llenará absolutamente de toda necesidad.

—Lo que has dicho del trabajo y quemar dinero me ha gustado. Pero estoy seguro que el mundo se acabará autodestruyendo porque se rige por términos absolutamente estúpidos —se reafirmó el Vómitos.

—Pero yo te hablo del Amor Exacerbado. Imagínate: entregar tu corazón a los demás sin miedo a ser defraudado o herido. Seguro que lo has deseado alguna vez, pues todos necesitamos de los demás para vivir.

—Sí, entonces cogen tu corazón y te lo espachurrean en el suelo como a un gusano, ante tu propia indefensión.

—Sí, pero debes entregarlo igualmente en un acto de fe hacia los demás y hacia este mundo. Que tú quieras es necesario, lo incorrecto sería no querer, ya que eres un ser generoso. Eres un héroe de las pequeñas hazañas rocambolescas, porque tienes valor para llevar a cabo tus descabellados ideales a pesar de los demás. Porque amas y te gustaría amar a todo el mundo en vez de que la gente te acabe resultando indiferente, o que los odies precisamente porque no se dejan querer: además de no saber quererse entre ellos, que es el motivo por el cual en realidad los desprecias. Los que no comprendan esta actitud es porque no viven con el corazón a bocajarro como tú. Son los que viven con la cabeza, demasiado calculadores para matarse por nada ni por nadie, ajenos a los sentimientos de ofuscación. Tú no eres de esos, porque tú elegiste vivir a pecho descubierto desde el fondo de tus mayores frustraciones y por eso te vestiste así con el despampanante disfraz de la discordia: llamando la atención de la gente por las calles con las indumentarias más grotescas. Porque has aceptado, como principio, combatir los

absurdos de este mundo usando como arma el propio absurdo, llevando la contraria con actitud, sin importarte el posible ridículo con tal de que te presten atención, como diciendo: «Ei, gente, yo existo, y no sólo soy una cara desconocida, un número de una lista, o un operario anodino. Yo soy el original, el único yo que existe como yo mismo. ¿Y no me queréis conocer?, ¡malditos!». Y con esto estás diciendo a la vez:

« ¡Queredme, cabrones!» y eso, aunque no quieras reconocer, es tu proclamación de odio como necesidad vital de amor.

—Bla, bla, bla... yo no necesito creer en nadie. Y menos en una especie de gurú sabelotodo como tú —dijo la desdenosa Sue Blue, sin siquiera mirar a Court.

—Tal vez tu frialdad e intransigencia solo forma parte de tu disfraz —dijo Court.

—Sí, para mí es carnaval cada día, pero los payasos son los demás que me hacen reír, como tú —contestó la muchacha.

—A pesar de tu desprecio, desconoces lo que yo, con la afabilidad mía que tanto te molesta, he venido a ofrecerte, y que sin duda hará del día de hoy un día interesante para ti —sentenció Court.

— ¿Si? Anda, sorpréndeme si puedes.

—Es que andaba buscando gente tan atrevida como para lanzarse a salvar el mundo —desveló Court en su siguiente declaración.

La pequeña multitud que lo seguía, entre ellos Smith, Rose la viuda y algunos espontáneos surgidos del vagón del metro,

El delirio de Demian Court

escuchaba con atención e hizo una ahogada exclamación de asombro tras las palabras «salvar el mundo» pronunciadas por Court.

—Vamos, tío, no tengo nada mejor que hacer ahora mismo que salvar el mundo, precisamente lo andaba pensando esta mañana al levantarme —contestó Sue Blue con los ojos plasmados en negro, que mantenían indemne su protocolo de distanciamiento—. A ver si consigues cambiarlo todo un milímetro y luego me lo cuentas.

Court, ante la resistencia indolente de aquella joven, disparó su último cartucho:

—¿Venís a una orgía popular en Hyde Park?

—Debes estar loco y dentro de un momento llegará una ambulancia y te llevará a un sanatorio —dijo Sue Blue, acrecentando aún más las distancias.

—¡Guau! Una orgía, ¡diablos...! No sé qué tratas de decirnos con todo esto del amor exacerbado, pero me has acabado resultando sorprendente —dijo, exultante, el Vómitos.

—En Hyde Park, hoy se va a liar un destroy —dijo Court, riéndose a boca batiente.

—¡Una orgía pública! ¿Quién la organiza? ¿Algunos asociados anarquistas? —preguntó el Vómitos.

—No, la organizo yo.

—¡Que te pires!

– ¿Os venís y lo veis?

–No llevo los calzoncillos limpios –dijo el Vómitos, decepcionado pues no veía cómo un solo majara por sí mismo pudiera organizar un fregado semejante como el que parecía haberse propuesto este tipo tan extravagante.

– ¿Bueno, qué, os venís u os quedáis aquí contando ovejitas blancas?

–No, mejor venimos contigo a contar verdaderas ovejas negras –y el Vómitos, con la cabeza rosa fucsia, se puso en medio de la calle a gritar: – ¡Damas y caballeros, esta tarde hay una orgía popular en Hyde Park!, ¡todo el que se considere hereje queda invitado inmediatamente! –y salió saltando y gritando mientras circundaba a la gente que salía y entraba de los comercios, «Orgía, orgía» y pensando que dos espaldas, la suya y la de Court, empujaban más que una sola.

La gente, con los aspavientos del Vómitos, se fue apartando y ellos tres pasaron por en medio de la multitud, como si andarán sobre la alfombra roja de los Oscars, entre el público que los adoraba. Court les cogió la mano a ambos y Sue Blue, escurridiza, se la retiró inmediatamente. Smith, Rose “la viuda” y los pasajeros del metro los seguían por detrás, aunque Smith se sentía muy incómodo pensando en cómo acabaría todo aquello.

El delirio de Demian Court

LA TRAVESÍA DE LOS OJOS CURIOSOS

Tomaron la calle Piccadilly con gran algarabía, estaban entusiasmados de seguir los pasos de aquel extraño con apariencia de Jesucristo contemporáneo y con nombre de diablo que los llevaba de camino a la orgía prometida. El Vómitos seguía anunciando:

«Orgía, orgía» y aprovechaba, a su paso, a posar su mano de refilón sobre algunas ocasionales nalgas femeninas o dar algún oportuno empujón, tipo “pogo”, cuando la gente se arremolinaba en torno a ellos inducidos por la curiosidad del alboroto callejero. Sue Blue se horrorizaba desde su gelidez de cómo Court pasaba tocando y abrazando a la gente, diciéndoles cosas como: «Te amo hermano humano, te amo hermana universal» o «ven conmigo a amar a los demás». A Sue Blue, sencillamente, el contacto humano gratuito le parecía una debilidad que atentaba a la orgullosa pulcritud de distanciamiento del aura de su entorno físico.

Mucha gente se apartaba de Court nada más al verlo aparecer con su rebaño. Otros, sin embargo, se incorporaban a esa tropelía con fascinación. Había quien le sonreía tácitamente y había quien se ofendía del revuelo atropellado de su escándalo, pero nadie se quedaba indiferente. Pasó un coche patrulla que se detuvo a observarlos a corta distancia. Court seguía ofreciendo su mano a todo transeúnte que se preciase, ante las atónitas miradas policiales, siempre preservadoras de la ley y el orden. La actitud de Court parecía sobrepasar peligrosamente dichos límites de urbanidad oficiales.

La troupe iba a un paso bastante rápido y resultaba tan escandalosa que la gente que iba en los típicos autobuses dobles se quedaba mirando de tal forma que los dos pisos

llenos de intrigados ojos no dejaban escapar ni un detalle. El coche patrulla los seguía despacio, detrás, a cierta distancia prudencial, esperando la ocasión oportuna para intervenir y pedir la documentación a los personajes más destacados del tumulto. A ratos, todos ellos corrían un poco, gritando: «¡Orgía, orgía!» y bromeaban con el ocurrente Vómitos, que junto a la estirada Sue Blue, no paraba de reírse, de saltar y de tocar la cara de la gente como veía que hacía Court. Sue Blue daba verdaderos guantazos cuando a alguien se le ocurría tocarle la cara a ella.

En su trayectoria por la calle Kensington, alcanzaron a una vieja que andaba muy despacio, esforzándose mucho. Court, al pasar por su lado, le puso un brazo sobre los hombros y le dijo:

—No corras, abuela, que ya estás llegando —Court se inclinó sobre ella para sentir el olor a colonia antigua.

— ¡Ay, hijo! La edad no perdona, aprovecha tú, que eres joven, para conseguir lo que te propongas —la abuela le pellizcó la mejilla a Court con su artrítica mano.

—Ya lo hago abuela, ya lo hago, no he dejado ningún deseo colgado del olvido ni de la frustración —Court la despeinó con un gesto de simpatía.

—Como verás, ya no me aguantan las piernas el peso del esqueleto, mi niño, pero yo fui una mujer extraordinaria en mis tiempos, una mujer moderna en un mundo encorsetado, en el que la mujer debía ser sumisa para tener cierta dignidad autorizada — la anciana tenía una luminosa cabellera blanca, aún más blanca y relumbrante que la de Court.

El delirio de Demian Court

— ¿Y a dónde vas ahora, abuela, con tantas prisas? —Court se agarró a su brazo y empezó a caminar junto a ella, como estando de paseo. La expedición iba respetuosamente detrás, sin perder detalle.

—Voy al parque a sentarme un rato, pero como queda tan lejos, si no corro, de vuelta no llegaré a casa antes de que anochezca. Vivo sola, hijo mío, y mi casa se queda muy vacía cuando ya llevo todo el día escuchando la radio —las líneas de las arrugas de su cara desfallecieron por un segundo.

—No, abuela, tú vas al cielo, no al parque. Se acabó la espera, se acabó tu carrera a cámara lenta, te ofrezco vivir en el nuevo mundo.

La mujer sonrió y se quedó mirando a Court a los ojos. La intensidad que percibió le inspiró que aquel hombre hablaba en serio y le besó en la mejilla. Él le posó con suavidad la mano sobre el pecho. La anciana sintió algo en su interior, un fulgor, una fuerza nueva que la vivificaba. Court la besó en la frente.

— ¡Adiós, abuela, que tengas un buen viaje al infinito! Algún día nos volveremos a ver en otro lugar y tal vez recordemos este instante. Court se separó de ella en un roce afectuoso de su brazo hasta que se separaron los dedos al final de ambas manos.

—Tú debes ser un ángel, mi niño —dijo la anciana, mientras le brillaban los ojos como si acabara de nacer. Court siguió andando. Los demás también. La anciana se quedó de pie entre la gente deambulante, mirando cómo se alejaban.

Court aún se giró para guiñarle el ojo y ya, a cierta distancia,

dijo: «Ahora», y fue justo en el momento en que la anciana se derrumbó sobre sí misma en el suelo, cuan curvadita era. La gente desconocida se arremolinó alrededor de ella como una bandada de palomas sobre un puñado de semillas. Los policías, alarmados, se bajaron del coche a averiguar qué sucedía. Un tramo más adelante, los aventureros y el azorado Smith estaban llegando, rebosantes, a Speakers Corner, allí donde la ciudad permitía hacer críticas impunemente, siempre que fuera sin tocar suelo Británico con los pies.

El delirio de Demian Court

ESCULPIDO DE AIRE

—Hemos llegado —dijo Court—. Aquí voy a hacer un manifiesto y vosotros quedareis convocados para la celebración del Advenimiento del Amor Exacerbado.

— ¡Ay, mama mía! —dijo Smith, viendo que Court les iba a inmiscuir en alguna situación aún más grotesca, si cabe. — ¿Sabes? — le dijo el Vómitos a Court— no sé si estás loco, pero me pareces un buen tipo, hacía tiempo que no me divertía tanto con tan poco.

—Me alegro- y aún te vas a divertir más. Vamos a hablar de sexo, liberación y éxtasis.

—Sexo, drogas y Rock & Roll: la gente no estará preparada para esto, nunca lo está.

El Vómitos puso pose de tocar la guitarra, con las piernas acharrancadas al estilo punki y cantó el estribillo: «Today your love, tomorrow the world», de una canción de Ramones, que fue el grupo pionero en difundir las directrices del Punk por todo el mundo.

Así que todo aquel gentío, que ya eran un centenar, se quedó en un apremiante silencio.

—Solo hoy podéis hacer que mañana el mundo haya cambiado —anunció Court—. Desde que llegasteis aquí, este mundo siempre ha estado en obras, así que no hay que tenerle miedo a los cambios. Sólo para los afortunados que saben discernir, ningún día es igual al anterior, aunque esto no es frecuente. Pero hoy todo depende de nuestra actitud, de nuestro convencimiento en zanjar o en repercutir en viejas y nuevas

cuestiones con tal de percibir, a cambio, cierta calidad de vida con nueva perspectiva, esperanza y dignidad.

Entonces intervino el Vómitos, que seguía convencido de que dos espaldas empujaban más que una sola:

—¿Y cómo crees que con el puñadico de personas que estamos aquí se puede cambiar el devenir del mundo?

—Es que no seremos los que somos, seremos cientos de miles de centenares quienes, provenientes de todas partes, ofreceremos nuestra resistencia deliberada a todo esquema dogmático que se precie de tal.

—Entonces —prosiguió Court—, ¿estáis dispuestos a seguirme a este mundo sin retorno? —un murmullo favorable surgió de boca de los congregados—. Seguidme.

Y sus pies se empezaron a elevar del suelo a más de un metro, y de dos, y de tres. La gente, del asombro, se echó hacia atrás. Otra gente que, pasando casualmente por ahí y que viniendo de frente lo vio, se detuvo expresamente a hacer todo tipo de exclamaciones proverbiales. Court estaba ya a gran altura por encima de sus cabezas, con la evidencia de no haber nada bajo sus pies.

—Es un truco —exclamó fútilmente alguien en voz alta al que nadie creyó. Court estaba sonriendo, y miraba dentro de los grandes y desorbitados ojos de la gente. Todo el mundo estaba en silencio. Pasó un autobús de dos pisos cargado de ojos y al unísono exclamaron un grandioso: «¡ooooooooh!».

Cada vez más personas se paraban a presenciar lo que les dejaba atónitos. «Mira, mira», decían, como si vieran a un

El delirio de Demian Court

trapecista colgando de su columpio.

—Déjame subir ahí contigo —exclamó el Vómitos, divertido de ver tal prodigioso fenómeno y además siguiendo su pauta de dos espaldas empujan más que.

—Pues bien —dijo Court, y descendiendo, le tendió una mano al Vómitos, ante el silencio expectante de los demás.

—Mi querida hermandad humana, tengo algo que deciros —dijo Court cogiéndole la mano al Vómitos. Entreabrió los labios un momento, a la espera de tener toda la atención de los presentes y después de unos segundos, dijo con la voz más dulce y sosegada del mundo:

—Todos nosotros y los que irán viniendo, formaremos el Nuevo Mundo, a pesar del viejo. No será fácil, pero será increíblemente bueno para todos —y se volvió a quedar en silencio.

Las dos manos cogidas, la de Court y la del Vómitos, se quedaron suspendidas inmóviles unos instantes. Court miraba a los ojos del Vómitos, quien se carcajeaba con soltura de tanta almidonada solemnidad. Algunas personas se pusieron de rodillas y extendieron los brazos diciendo: «Es Jesucristo, es Jesucristo».

—Amigos, levantaos, os dolerán las rodillas, no he pedido que os humilléis ante mí y tampoco he venido a hacer milagros. El milagro lo haréis vosotros mismos con la fuerza de vuestra unión.

La gente sin embargo seguía murmurando...

—«Milagro, milagro».

Ante esa actitud Court exclamó:

— ¡El milagro sois vosotros, cabezones!

Entonces, el Vómitos, que seguía firme y expectante cogido de la mano de Court, notó que le faltaba el suelo a los pies. Hizo una breve exclamación de horror, pero mientras fue tomando altura le fue gustando más y se le ocurrió un chistecito para la ocasión:

— ¡Ja! —dijo—. Siempre supe que estaba rodeado de hormigas y que yo era el gigante destinado a aplastarlas.

Su novia, Sue Blue, desde abajo le aplaudió la ocurrencia y le dijo:

—Siempre supe que tú no eras normal, sino un anormal.

Los tres, incluido Court, se rieron de la broma que quitaba trascendencia a tanto discurso imperioso del instante anterior. Court, sonriendo, dijo:

—El futuro de la humanidad es el alcance de la felicidad, y en la actualidad no podéis percibir que os comportáis en una magnitud obsoleta que os imbuye a sufrir tanto por todo: y a hacer sufrir a los demás por vosotros. Tendrán que haber otros niveles de entendimiento y convivencia, comparables a la más grande de las utopías. Si hoy os dijeran que vuestro marido, o esposa, o hijo, o amigo... va a fallecer mañana mismo, ¿no correríais a su encuentro?, ¿no intentaríais aprovechar el momento? Carpe Diem, esta es la ocasión que os ofrezco. Así de urgente es que os unáis todos con cada uno, es el paso que ha de dar la humanidad ahora y vosotros sois el

El delirio de Demian Court

principio. Para empezar, os propongo una orgía descomunal aquí mismo en Hyde Park. Venid y traed a todo el mundo que estiméis oportuno. Os espero.

Aunque había una gran multitud, todos oyeron bien sus palabras, que sonaban como dichas al oído. La gente se había quedado impresionada, no sólo porque Court se sostuviera sobre el vacío e izara al Vómitos a su lado, sino porque jamás habían oído una propuesta como ésta: y a todos les entusiasmaban las promesas que acababan de oír, que dichas de tal forma, los habían estremecido en profundidad.

Algunos decidieron ir a por sus parejas, o amigos o amantes. Otros ya no se movieron de allí y se cogieron fuertemente de las manos de sus acompañantes. Se iba a producir el Milagro, Court lo había anunciado. Entonces, junto con el Vómitos, descendió de su pódium enarbolado sobre el aire y el vacío y empezó a tocar y a abrazar a los concurridos y a más gente que fue acudiendo para tocar y ser tocados por él. Así, en un remolino indómito, fueron entrando hacia Hyde Park, detrás del místico y deslumbrante cabello blanco de Court.

EL DELIRIO MUEVE MONTAÑAS

Cierto grupo de punk-rock llamado Rojo Tóxico, estaba siendo entrevistado en aquellos momentos por una televisión local dentro del ámbito del parque.

—Aquí estamos con el grupo de punk rock Rojo Tóxico, que está presentando su nuevo vinilo llamado “To love with hate... to hate with love... and nobody will understand you... ¡this is Punk!” Con esta nueva entrega, ¿qué opináis del panorama de la escena.

—Pues que ha perdido toda su frescura —contestaba un estilizado cantante, despeinado y con los ojos perfilados—. Cuando se intenta hacer Punk, lo que se intenta es sonar a como suena el Punk, mientras que una de las directrices principales del Punk es «piensa por ti mismo», y en todos los casos: «sé tú mismo». Así que si logras hacer lo que surge de ti, aunque lo que hicieras no sonase a como los patrones admitidos como Punk, sería Punk igualmente, por derecho propio. Te voy a nombrar algunas bandas que surgieron en los inicios de la escena Punk y sin embargo, cada una de ellas era por completo distinta a cualquier otra, como Ramones, Sex Pistols, Generation X, Recillos, X Ray Spex, Nina Hagen, B-52, Devo, Gruppo Sportivo, Ultravox, Stranglers, The Saints, Ian Dury, UK Subs, Crash, Talking Heads, Blondie, Dead Kennedys, Discharge, The Birthday Party, Siouxsie & the Banshess, The Residents, The Jam, Plasmatics, The Madness, Killing Joke, The Maniacs, The Partisans, Penetration, The Slits... por poner sólo un pequeño ejemplo. Cada uno de ellos surgió exponiendo su propio prisma, pero cada uno, la primera vez que fueron escuchados, le dieron otro giro de tuerca, ante nuestros asombrados y perceptivos oídos, a las posibilidades expresivas de esa New Wave Punk. Por eso mi

El delirio de Demian Court

crítica es que los grupos actuales se aferran a pertenecer a ciertos estilos determinados, suprimiendo así la espontaneidad de la innovación de su propio género. ¿Tú qué dices, Dumb? Dumb es nuestra batería, y aunque se llame mudo, es sordo como una lápida mortuoria: pero nunca pierde el ritmo, lo lleva en la sangre.

Dumb, el batería, se rascó la cabeza pensando en qué iba a decir. Hizo una pequeña mueca de necesidad intencionada y dijo:

—Pues a mí sólo me entienden en Alemania y en Japón, por eso no voy nunca a esos países, porque prefiero que no me entienda nadie, me siento mejor.

Después de esta respuesta irreflexiva, fuera de lugar pero efectiva, las risas del resto del grupo se vieron mitigadas por un bullicio de personas, que cual marabunta, se acercaba paulatinamente al lugar donde se estaba realizando la entrevista y que resultaban ser, como multitud, una amenazante e inminente interrupción del interviú, con lo que cortaron la filmación, no sin preguntarse qué hacía toda esa gente irrumpiendo en masa en la pacífica tarde del parque. Así que cuando los tuvieron al alcance, trataron de informarse inquirendo a la gente qué clase de manifestación era aquella, y recibieron diferentes respuestas:

—Una orgía.

—Un milagro.

—Un concierto.

Court seguía recibiendo palmadas de todas partes y al ver los de la televisión a aquel hombre de pelo blanco luminiscente en el centro de atención, cierta morbosidad los empujó a poner

la cámara en marcha y a acercar el micro hacia él.

El entrevistador, que era el típico cara de plástico repeinado y de mandíbulas firmes que causaba la sensación de estabilidad en la audiencia, no tenía muy claro qué debía preguntar y sólo se le ocurrió decir:

— ¿Tiene algo que declarar?

—Sí —contestó Court—, declaro la guerra al viejo mundo: hoy y aquí. Invito a todo el que tenga sangre en las venas y emociones en el corazón a que venga a Hyde Park a rebasar lo imposible, a creer lo increíble y a levantar una escalera hacia el mañana -al decir eso, su rostro fue una secuencia de rostros distintos consecutivos, que a los observadores distraídos les pareció un pequeño engaño de su propia vista—, a que derriben el único muro social que entorpece el libre pensamiento, un muro que desde la antigüedad se mantiene clavado entre nosotros y al que muy pocos aventurados se han atrevido a escupirle. Sí, me refiero concretamente al muro de la moral, cuya permanencia en el atril del poder ha sido en base a cercenar permanentemente cualquier avance progresista. Así que convoco a una orgía a todos aquellos que hayan comprendido a la perfección el sentido de mis palabras. Court reemprendió la marcha, ignorando la estupefacción que acababa de causar en el locutor y en el cámara, que decidieron dejar todo lo que estaban haciendo para acudir corriendo a los estudios a editar aquella filmación.

El delirio de Demian Court

ESPERANDO ACONTECER LA UTOPIA

Court se sentó de espaldas al lago Serpentine. Tenía una gran extensión de césped ante sí donde la gente se fue sentando alrededor. Los dos punkis se sentaron junto a él con expresión altiva, como si aquel berenjenal que se estaba formando fuera parte de la lejanía del paisaje donde ellos se recortaban con su mejor perfil. Court hizo sentar a su otro lado a Rose -la viuda- y también a los demás seguidores surgidos del mismo vagón, que conversaban entre ellos animadamente y se preciaban de haber decidido impulsivamente seguir a Court para ahora verse envueltos en esta novedosa situación, completamente fuera de la normalidad habitual.

Estaba anocheciendo y un sarpullido de velas iba prendiendo la escena. Entre el murmullo de las conversaciones empezaron a sonar tambores. Un río inacabable de gente no paraba de llegar de todos los extremos. Desde el exterior del parque, la policía observaba estupefacta y no tenían claro qué tipo de ilegalidad era aquella ni la forma de atajarla de cuajo.

Pronto aparecieron algunos vendedores con neveras portátiles ofreciendo cervezas, coca colas, té frío, tabaco, películas piratas, relojes y bolsos de imitación.

Después se empezaron a ver, aquí y allá, sendas hogueras y la gente formando corrillos alrededor de ellas en actitud de excursionistas. Algunos previsores habían traído termos con la cena.

También se formaban corrillos alrededor de los porros, las botellas de alcohol y de los aparatos de música. Se podía ver alguna chica sin camiseta haciendo acrobacias con antorchas. Los Flashes de la prensa y los focos de las televisiones estallaban

en luz entre este mar de cabezas. Se fueron instalando puestos de helados, de hamburguesas, kebbabs, pizzas, artesanía, ropa de segunda mano, merchandising con camisetas de Jesucristo Superstar y del Exorcista o de los Warriors... hasta un puesto de petardos. Como una feria de verbena de verano, la gente caminaba plácidamente rodeados de un fulgor estival.

Había todo tipo de gentes, desde viperinas Drag Queens hasta Gentelmens con bombín, misioneras religiosas, turistas japoneses, hoolligans, mimos, carteristas, pandillas juveniles, sintecho, inmigrantes sin papeles... y tantos tipos de personas distintos, que resultaba inverosímil ver junta la totalidad de semejante diversidad. Llegó más policía a los alrededores esperando las órdenes pertinentes para atajar este inaceptable desmán.

También llegaron músicos de todas clases dispuestos a tocar por tocar. Un abultado contrabajo discurría de tal modo entre la gente que parecía sobrevolar la multitud, como si una hormiga llevase la más enorme de las migas de pan. Y entre todo aquel maremágnum, aún se distinguía la algarabía que destilaba la gente que venía en manifestación desde el hospital, rodeando cada vez con más entusiasmo a los iluminados de Court y que, con el ingenio de los gays que encabezaban la procesión, entonaban otro eslogan: «Ni dinero, ni poder ni religión: sexo, sexo, sexo es la solución».

Entre ellos iba el hombre larguirucho, Demóstenes Philgrim, con su lánguido rostro indeformable y junto a él, caminaba el cadáver que se había levantado de la camilla, el cual debido al rigor mortis, caminaba totalmente envarado. También venían con ellos los pinches de cocina que habían huido de la dictadura despótica de los jefes de cocina. Un poco más allá caminaba, en pasos pendulantes, Jimmy Verline, el hombre

El delirio de Demian Court

de los tics, arropando a su gato recién apadrinado: primero una pierna hacia arriba y luego, al paso siguiente, haciendo una genuflexión. A pesar de la extrañeza que normalmente causaba, curiosamente aquí nadie se lo quedaba mirando con insolencia, como siempre hacía la gente que demostraba así una gran falta de educación social. Esta noche, todo era tan extraordinario como el caminar de Jimmy Verline.

Otros iluminados fueron también al encuentro de Court. Entre ellos estaban Valentine, el pálido dibujante de mariposas y Clemens, el “Correpasillos”, que venía acompañado de Margot, la enfermera de la sala de Psiquiatría que siempre le había profesado gran afecto y compasión por sus obsesivos castigos autoinflingidos. Y también estaban Paul Prins, el reciente ex alcohólico, pues ya no tenía ninguna agonía más por la que beber, y Cliff Trenton, y los muchachos Joey y Allin, que entre otros se habían dedicado a repartir paros cardíacos por todo el Hospital Central. Court, allí sentado, relumbraba como una luciérnaga, como si tuviera la piel cubierta de fosforescencia. Todos los ojos se iban posando sobre él a medida que la gente percibía su brillo fantasmagórico que se iba convirtiendo poco a poco en luz nocturna solar.

MIL Y UNA DELICIAS

Court se levantó para recibir a sus amigos del psiquiátrico. Se besaron, se abrazaron sonriendo y llorando, y juntos formaron una piña engarzados unos a otros hasta que, de entre sus cabezas, la presencia luminosa de Court se fue elevando por encima de ellos como el ángel de un pesebre. Su propia luminiscencia hacía una aureola que se extendía, como la deflagración de una bomba sobre la gente, creando rostros expectantes recortados en el claroscuro. Y cuando se puso a hablar, todos y cada uno lo pudieron oír como si les hablara desde dentro de sus oídos.

—Queridos amigos, he venido a haceros una revelación urgente, ¡el tiempo se ha acabado!. Es imperioso que tiréis vuestros relojes ahora mismo, tirad también todas vuestras pertenencias, las cosas no importan, son los seres los que importan, estáis aquí para sentir, para sentir con intensidad, para dejaros dominar por vuestros impulsos vitales, por los instintos primordiales, por la emotividad de la transcendental escena que está acaeciendo hoy aquí, porque hoy, amigos míos, es vuestro último día en la Tierra, porque precisamente mañana... mañana se acaba el mundo.

Estas últimas palabras dejaron tras de sí el silencio del asombro clavado sobre el espejo estelar nocturno. Los reporteros susurraban a sus micros retazos del discurso, y multitud de flashes caían sobre Court como una lluvia de estrellas de plástico. Después de una densa pausa, Court prosiguió:

—Mañana se levantarán olas gigantescas que arrasarán nuestras ciudades. Ciclones y huracanes se llevarán nuestras casas. Habrá temblores de tierra que abrirán brechas que se tragarán nuestros edificios, habrá incendios y explosiones de volcanes

El delirio de Demian Court

dormidos que con sus ígneas lenguas quemarán todos los caminos posibles. No va a sobrevivir nadie... nadie...ninguno de nosotros. Mañana, justo mañana, es... el temible fin del mundo. Queridos amigos, esto es una despedida: abrazaros los unos a los otros y consumad esta orgía, que es el regalo de mi visión. Romped el corsé del pudor y los escrúpulos que siempre nos fueron imbuidos, con oratorias y sacrosantos rituales y que no han de ser más: romped las carcasas indestructibles que desde siempre nos han encerrado dentro del supuesto enclave de las sutilezas del bien concebible o el inconcebible mal inconcebible. Desde este momento en que una visión nos permite vernos a nosotros mismos pisando este escenario prohibido, la visión haya de servirnos para descubrir, entre todos, que no hay límite para la impunidad natural, que no hay pecado, que el pecado es un artificio de remotos juegos de poder eclesiásticos, urdidos para implantar la auto inculpación de tal forma que logre despistar a los más osados a que pudieran aventurarse a mirar «¿qué hay detrás del horizonte?», para acabar viendo que sus sacrosantos e inmaculados culos están sentados en el aire como cualquier otro culo terrenal... Así que basta de palabras: ¡todos a fornicar! ¡Y sed felices!

La gente, cuando el discurso de Court acabó, en un principio no sabían si festejar o lamentarse de lo que habían oído, estaban demasiado perplejos. Court los había sobrecogido, los acababa de llevar abrazados hasta el límite de lo imaginable y de pronto había quitado las manos de debajo para dejarlos caer sobre un vacío infinito.

Court descendió con suavidad de su pedestal aéreo y mientras lo hacía, fue quedando en frente de aquella mujer del metro llamada Rose, para luego modificar su rostro por el de John, su difunto marido.

—Despídete de mí —y Rose se arrojó a sus brazos, y ambos se unieron en una urgencia crucial... él le quitó la ropa a ella, mientras ella se la quitaba a él, hasta quedar fundidos en la más extrema fogosidad corpórea.

Y en aquel nocturno prado, tan paradisíaco como terrenal, los llantos, los besos, y los suspiros prendieron una minúscula llama emocional que se fue dispersando en zigzag entre la multitud, cual rayo tormentoso, incendiando las libidos, formando una catarsis que hacía que la gente se arrancara la ropa con fruición, para caer revolcándose junto a otros cuerpos electrificados de deseos corporales y de intenso frenesí.

Sus cuerpos, sus cabellos, sus manos, sus genitales, sus vellos continuamente erizados, sus miembros rígidos perpetrantes, sus vulvas húmedas danzantes, todo el parque tenía el movimiento de un gigantesco hormiguero palpitante, sumido en el delirio: el delirio de Demian Court.

El Vómitos, de pronto, puso su brazo por encima de los hombros de Sue Blue y ella se lo apartó furibunda. Entonces, el Vómitos retorció el brazo de Sue Blue dejándola inmovilizada y ella se revolvió de rabia y le arañó con sus afiladas uñas tanto como pudo, intentando patearlo al mismo tiempo y probando de darle en la entrepierna. Entonces el Vómitos, con sus brazos, se cerró como una argolla alrededor del cuerpo de Sue Blue y le gritó al oído:

—Sue, te quiero tanto que te odio.

Sue Blue se relajó visiblemente, dando una estrepitosa carcajada y le dijo al Vómitos:

El delirio de Demian Court

—No quieras nunca a una mujer fatal o morirás en el intento.

—Pues déjame morir como un perro entre tus brazos —y el Vómitos le dio un sangrante mordisco en los labios a Sue Blue y ella, al notar el sabor de su propia sangre en su saliva, mordió también a su vez, con fiereza, los labios del Vómitos hasta sentir verterse la sangre entre sus dientes.

—Estos son los besos que me gustan, dolorosos y sangrantes y no los hechos de dulces de algodón —dijo ella.

—Pues sigue besando, niña pérfida —y mordisco a mordisco, ambos se fueron compenetrando en el contacto carnal que tanto había repudiado hasta entonces la propia Sue Blue.

El resto de la gente había estado formando un tapiz de personas enlazadas, de nudo en nudo, sobre el césped. Los dos punkis jugaban a tirarse en pogo sobre ellos mientras se arañaban, se empujaban y se rompían la ropa, resbalando impúdicos sobre los sudores ajenos. Irrumpían, a propósito de su molesta vitalidad Punk, en las intimidades ajenas, se restregaba y comenzaron a sentirse rodeados de la multitud que estaba extenuantemente emocionada... Y hasta incluso se dejaron caer entre el hombre larguirucho y su tétrico amigo el cadáver, mientras ambos permanecían enclavados en su sitio cual estacas. Por un momento, cuando esa nueva y desconocida Sue Blue totalmente desinhibida por el impacto de los recientes acontecimientos y por la habilidad de seducción de su novio, se tiró en pogo encima de Demóstenes Philgrim, el larguirucho hizo con la boca una compleja mueca extraña que había tratado de ser una sonrisa, pero a su manera, claro: parecida a cuando Benedicto XVI fue declarado papa y se hizo notable la poca experiencia que tenía en hacer sonrisas, tanto que la suya daba verdadero horror.

Cientos de gentes revolcándose como jugadores de Rugby que hacían melé de piernas, brazos, tetas y culos y exhalaban gemidos en todos los tonos posibles: mientras la fragancia ambiental estaba tan llena de esencias corpóreas que se podían cortar a cuchillo y repartir en porciones como una tarta.

Court, en éxtasis y bañado de sudor, miró a su alrededor y se puso a llorar emocionado ante aquel resultado efervescente de la capacidad emotiva de la gente que, durante demasiado tiempo, había estado dormida dentro del sueño del gran ojo televisor.

Ante él había una extensión inacabable de culos en pompa, blancos, morenos, velludos, respingones, mofletudos, gordinflones, pellejados... todos dispuestos para que, si ello fuera posible, El Bosco pintase de nuevo “El Jardín de las Delicias” en términos mucho más surrealistas, con un gran pincel transgresor. Y el vaivén de todas aquellas piernas izadas figuraba plantas exóticas en un vergel, lanzadas en caída a torbellino. O acaso recordaba las sedosas algas de los prados de posidonia en un sosegado mar en danza. Mientras, los penes tenían felices erecciones de orgulloso cañón de acero y consecutivas eyaculaciones como súbitos surtidores géiser.

La gente se sentía mareada de sí misma, de verse inmersa en la agitación de este cuadro en movimiento frenético. Risas, suspiros, hombres juntos, mujeres juntas, cambios de pareja, novias, esposas, amantes, amigos, rivales, misioneras que se reían avergonzadas con las faldas levantadas... Todos, todos tenían a la vez esa sensación de amor al prójimo y cierto alivio de la libertad experimentada con desenfreno y sin medidas, sin valoraciones, sin razonamientos, sin previsión alguna, en un estado de instinto animal como el de los corceles corriendo con brío por una soleada pradera. Nunca antes hubieran jamás imaginado que tal cosa se pudiera sentir, como si antes del día de hoy no hubieran vivido, ni existido, ni percibido,

El delirio de Demian Court

ni sabido... Como si antes de este día hubieran sido meros actores representando sus propias vidas y recitando el guion de una tragedia que, en realidad, tras un plan oculto, era una feliz comedia que acababa bien cada día. Clamaron otra simple frase eufórica compuesta por el par de desaforados gays manifestantes: « ¡Ay Lola Lola Lola, si el mundo hoy se acaba, ¡tu folla que folla que folla!».

Los policías habían empezado a detener a gente desnuda que se aventuraba por las lindes del parque. «Sería el fin del mundo pero había que imponer el orden», aunque realmente el orden anquilosado que trataban de imponer en su estrechez de miras, ante toda esta demostración de caos, anarquía y desorden armonioso, se desmoronaba de pura falsedad por sí mismo. Su orden era una mera losa que caía en un foso, mientras el desorden reinante vibraba como la música. Court, desde la cima de su placentero triunfo, cerró los párpados y se entregó al sueño.

ATRAPADO EN EL EDÉN DE LOS GATOS

Smith deambulaba entre la gente que a sus pies se amontonaba, cuerpo con cuerpo, en carnal entrega empecinada. No podía creerse que Court hubiera hecho todo aquello. Estaba seguro de que no era el fin del mundo, como les había anunciado. Era evidente que no, sino que se trataba de una estratagema para salirse con la suya y desperdigar por doquier ese sentimiento intenso que lo había invadido todo. Desde que se había convertido en el alojamiento de la mitad del inframundo que clamaba su revelación, asegurando que el más allá era la implosión del sentimiento de amor sobre todas las ánimas, se había acabado convirtiendo en un revolucionario del Nuevo Mundo, o peor, en un enfermo peligroso jugando a activar los sentimientos de la gente hasta el límite, incluso hasta hacerles temer lo peor para que sacasen lo mejor de sí mismos, como un catalizador... y ¿para qué? ¿Para organizar una orgía en Hyde Park y cambiarle los esquemas a la gente? ¿Y quién era él para embarcarse en esto, un detective privado con las aptitudes de Jesucristo? ¿Y quién era él mismo? ¿Era acaso su mejor amigo convertido en Judas, tratando de detenerlo de su propia exaltación, haciendo peligrar así la cordura y el sentido común de todos los imbuidos por su propia vorágine mesiánica? Pues es así como se sentía él, un Judas, la única persona con sensatez suficiente para acabar con toda este percance de insensatez.

Alguien llegó corriendo y le dio a Smith un empujón por la espalda. Era uno de los tipos de la mafia de Rick el Plata, que los habían estado persiguiendo el otro día a Orlow y a él, por todo el Soho. Pero era sólo un empujón a modo de advertencia, puesto que debido a toda la presencia física del amor más refulgente en todo el parque, el tipo ese, en vez de apuñalarlo por la espalda, trataba de ir de enrollado. Pero una

El delirio de Demian Court

vez concedida la primera y única oportunidad de defensa, en el inmediato cruce de miradas entre él y Smith, el tipo lo hizo con distante desprecio, para al mismo tiempo rodear en un conocido gesto su propia garganta con un amenazante pulgar, y después, emitir una sonrisa torcida llena de bilis.

Smith se rascó la cabeza ante aquel individuo como si no hubiese comprendido nada de ese lenguaje corporal o como si le hablase en el dialecto de los imbéciles. Entonces aquel tipo se ofendió muchísimo con su evidente burla y dejó entrever desde su costado, que empuñaba una faca. El acero relumbró disimulado entre el tumulto que los rodeaba, pero Smith, al verlo, hizo esfuerzos por convertirse en transparente o acaso en inmortal, y puso así una cara como de miedo, aunque sobreactuando descaradamente... tal era su sentido del humor, pues aquel tipo podía rajarlo con un simple “ris-ras”. Entonces el individuo se sulfuró de veras y fue a hacer el gesto de hincar el cuchillo en el tórax de Smith, quien se replegó como una anguila: y el filo sólo cortó aire. En aquel momento, una botella de whisky se estrelló contra la crisma del atacante y un sonriente Orlow apareció por detrás, al derribarse el conato de asesino como un fardo de estiércol.

– ¡Tío! –dijo Orlow al acercarse a Smith y pisoteó la mano del tipo, que seguía arrodillado con la cabeza profusamente sangrante.

–Wolf, cobarde, a ti quería verte –Smith le puso un dedo amenazante sobre el pecho.

–No... yo quería verte a ti: enséñame el papel ese, tío – Orlow hizo ademán de buscar en el bolsillo de Smith, pero éste se liberó de las imperiosas manos de Orlow dándole un empujón y este, al tirarse para atrás, volvió a pisar la mano

del chulo que permanecía semi atontado en el suelo y que dio otro alarido.

– ¿Qué papel? –Smith no se lo iba a dejar fácil a Orlow.

–Ya sabes tío, el papel mágico, el holograma.

– ¡Ah! Ahora quieres ver el papel y estuviste a punto de romperlo... –Smith volvió a empujar el pecho de Orlow y a sus pies, el macarrón apartó inmediatamente la mano de su trayectoria.

–Tío, me acojoné –Orlow se besó el pulgar en señal de juramento.

–Yo también estoy acojonado, ¿crees que esto es normal? ¿Toda esta gente aquí tirada follando en la calle? –Smith empujó a Orlow hasta el tronco de un árbol. Orlow, en su retroceso, tropezó dolorosamente con el zopenco aquel que estaba sangrando en el suelo y casi se cae de bruces.

–No, no es normal, por eso tío, quiero ver el papel, sólo lo quiero ver un momento, anda tío...

–Ni quiero, ni ostias, me dejaste colgado y ahora tienes los huevos de pedirme que te lo enseñe –atajó Smith–. Tengo a mi compañero que se cree Jesucristo y cuando la gente se entere de que no lo es, lo van a crucificar de verdad. Y tú escabulléndote por ahí.

–Tío, si tu amigo necesita ayuda puede esconderse en el barrio, allí tengo muchos colegas. Si necesita tranquilidad puede contar con una casa y discreción. Además, te acabo de sacar un gorila de encima y aún no me has dado las gracias.

El delirio de Demian Court

—Pero si lo tenía controlado... —arguyó falsamente Smith—. De todas formas, no diré que no has sido oportuno.

—Por eso deberías sacar el papel aquí delante ahora mismo y darme la oportunidad de que yo lo examine bajo mi criterio.

—¿Tu criterio? ¡Tú no tienes criterio! Tú eres un mangante, un arrastrado y yo soy el único que te soporta.

—Meeen, enséñamelo —Orlow levantó la palma de la mano en señal de acuerdo—. ¡Meeen!

— ¡No! —Smith le enseñó su dedo medio levantado en contestación no verbal.

— ¡Meeen! —Orlow, seguía ofreciendo su palma.

—No, ni hablar —pero el sentimental de Smith se fijó en la cara tan divertida de su amigo, la cara de pillín a pesar de la repeinada barba, con esos ojos tan redondos que le hacían cara de cordero degollado y sus dread looks cayéndole sobre la frente de cabezón que tenía. Evidentemente, Smith sabía que Orlow no iba a desistir de su petición y de pronto, lo vio como a un niño y sintió que con él nunca estaría en peligro.

—Ok —dijo Smith, y le palmeó la mano—. Lo voy a sacar un momento, pero tú no lo toques, jeh! —se metió la mano en el bolsillo y sacó el papel prístino. Lo desdobló y esto fue lo que ambos vieron dentro.

No había texto, sino una espiral formada por miles de puntos negros. Puntos que se fueron tornando pardos y que parecían ojos. Ojos que, dentro de unas caras muy pequeñas, destilaban rasgos no humanos pero llenos de virtuosismo místico y que seguidamente, dejaron ver entre sombras que eran ojos de

gato. Una verdadera vorágine de gatos. Y en medio de toda esa pelusa erizada de lomos arqueados y colas enhiestas, figuraban unos grandes y desorbitados ojos humanos: los ojos de un niño. Los ojos del difunto Sid, tal como le pareció reconocer a Smith, el niño que fue castigado porque jugaba a «ser malo descuartizando animales vivos». En aquellos momentos, ante la visión de Orlow y de Smith, Sid, el niño, no podía moverse, estaba paralizado de horror dentro de ese caleidoscopio. Los gatos, sin embargo, no le hacían nada más que restregarse felinamente contra él... y esto no tenía por qué resultar perverso si no fuera por el palpitir de la culpa dentro del propio Sid.

De pronto, el papel había desaparecido de las manos de Smith. Orlow lo había cogido al vuelo y había empezado a correr y a correr entre los cuerpos gozosos del suelo. Y al salir corriendo, volvió a pisar nuevamente al rufián que permanecía atolondrado y sangrante en el suelo, y que a continuación musitó:

—Me rindo, de veras me rindo, pero no se lo digas a Rick el Plata.

Smith, al saltar por encima de él en pos de Orlow, se preguntó qué estaba musitando aquel tipo en el suelo que parecía no disfrutar de la orgía como los demás, pero corrió tras Orlow como una crepitante descarga de electricidad.

Había gente subida encima de los árboles que desde su buena panorámica de la acción y para su diversión, alentaban a Smith a correr más para atrapar a Orlow. Los tambores daban sensación de salvajismo trepidante, parecía que la Humanidad iba a volver a sus orígenes. En realidad, se trataba de eso, de borrar todo el camino recorrido, para empezar con

El delirio de Demian Court

las relaciones interhumanas desde cero. Orlow daba saltos atléticos sobre la gente, parecía un antílope desbocado. Smith lo alcanzaba como podía pero, en realidad, no podía, pues Orlow iba muy adelantado. Smith tropezó, cayó y dando un par de piruetas sobre la gente que estaba tumbada sobre el césped, dio un giro acrobático para volver a ponerse en pie y seguir corriendo, gracias a la elasticidad ofrecida por sus deportivas Converse. Orlow le había sacado ventaja dando grandes zancadas de avestruz en fuga. Smith se esforzó al máximo pero lo perdió de vista. Orlow se había escurrido entre la gente que rodeaba una hoguera, quedándose ahí quieto, cual figurante estatua. Smith pasó por detrás de él pero no lo vio. Orlow, que estaba delante de la crepitación del fuego, vio su oportunidad de deshacer el sortilegio de aquel papiro, y extendiendo su mano y cogiendo el papel por un extremo, lo entregó, impertérrito, a las llamas.

TEMBLANDO EN LAS CAVERNAS DE LA MENTE

Court estaba dentro de uno de sus delirantes sueños. Se sentía sentado a oscuras dentro de su propia mente, oyendo cómo algunas voces salían de las paredes de su cerebro, de un suave terciopelo rojo. Los que hablaban en su cabeza eran una multitud que reían y exclamaban divertidos como en una cordial fiesta de cumpleaños, con distendidas conversaciones ininteligibles para él. Paulatinamente, el sonido de esas voces fue decreciendo como si se bajara el potenciómetro del volumen intencionadamente. Sólo quedaron en alto las dos voces que ya le resultaban familiares en sus ensoñaciones, y una de ellas era la de Fishbone.

—Bueno, misión cumplida. Este profeta acaba de cambiar el mundo, la humanidad acaba de subir otro escalón en la escalera de la virtud. En el camino al que están asignados para alcanzar en vida la mortalidad a través de la ciencia, o mejor dicho, la inmortalidad dentro del valle celestial de los muertos, acaban de dar un paso trascendental de progreso.

—Eres un artista, Fishbone. Has crucificado un Jesucristo sin clavos y sin dolor, con la promesa de una salvación para todo humano, tanto bruto como remilgado. Es más, todo ha quedado relegado a una broma del Más Allá sobre un pobre diablo mortal Ja, ja, ja... la broma de hacerle sentir el amor de nuestro inframundo en su pequeño cuerpo carnal: zapatillas de bailarina para los pies de un ogro.

—Pues ya os tengo preparada otra broma —anunció Fishbone—. Con un Lama tibetano, y si estáis de acuerdo, próximamente podemos hacerle una visita.

—¿Y qué harás con tu profeta?

El delirio de Demian Court

—Le devolveré su vida, un poco trastornado, eso sí... pero con el fondo de alguien que ha aprendido algo nuevo y trascendental, de una gran profundidad, como alguien que camina siempre llevando sobre su espalda un saco de flores exuberantes, las cuales podrá contemplar siempre que quiera para impregnarse de su belleza.

—¿Qué pasará con Sid, el niño castigado por ti?

—Es evidente, querida —aseveró Fishbone—, si decide reencarnarse lo hará en forma de gato, hasta que consiga perdonarse a sí mismo.

—¿Qué pasará con la Humanidad?

—Que cada día serán menos humanos y cometerán menos errores, pues su finalidad es convertirse en dios a través del curso de la ciencia.

—¿Sabes que has provocado otra oleada de amor celestial? —dijo la femenina voz inquisidora.

—Sí —contestó Fishbone—. Todos los espíritus volátiles, en su complacencia, se están lanzando al túnel del Nacimiento... yo mismo me lanzaría, pero soy demasiado pendenciero para abandonar el cielo, aunque cabe la posibilidad de que no lo pueda evitar, entonces ya nos veremos cuando vuelva.

—¿Qué te gustaría ser en vida?

—Un pobre diablo como Court, ja, ja, ja... y que los cielos bajaran a burlarse de mí.

—A mí me gustaría ser uno de los científicos que construyan

la máquina que les sirva a los humanos -al fin-, a encontrar el escondite del espíritu detrás de los ojos. En la Edades en que construyan las máquinas para viajar con el alma a través de las dimensiones y justo cuando como humanos se den cuenta de que su futuro no es razonar sino sentir, me gustaría ser el último hombre como tal, el que cuestionara a dios el porqué de su existencia.

—Pues si naces en esa época, llegarás a vivir más de cuatrocientos o seiscientos años y habrá muy poca diferencia a como eres ahora. En esa época ya no se hablará oralmente sino con el propio interior, como hacemos ahora.

—Creo que la impresión de formular la última pregunta como humano y descubrir qué es dios y al segundo siguiente expandirte como dios mismo, vivir en mi persona el propio fin y sentido de la humanidad sería como un orgasmo inacabable: y yo soy muy lasciva.

Las paredes del cerebro de Court se habían puesto muy tenues, como si un sol exterior tratara de derribarlas a golpes de luz. Court sentía un inmenso calor que le había empezado en la punta de los pies y que lo había recorrido de abajo a arriba hasta atenazarle el cuello. Las voces empezaron a hacer el sonido del rebobinado de una cinta magnética y terminaron como el agudo silbido de un tren en la lejanía, haciendo equilibrios sobre la línea del horizonte: y el horizonte era su propio perfil, y el paisaje eran sus ojos, y unas cascadas de agua trepidantes eran sus pestañas cerradas, vistas desde dentro.

El delirio de Demian Court

LANZANDO FUEGO A LAS NUBES

La hoguera se puso de color azul, azul fuego, y aquellas manos flamígeras surgieron de ella, como las de un mago a punto de hacer un truco impredecible. Luego esas manos se lanzaron como dos flechas sulfúricas friendo el aire y como proyectiles que rebotaban en las sombras, se lanzaron en pos de unas furtivas dianas, sorteando las cabezas de las gentes que apenas las veían pasar, ya que resultaban como el fulgor huidizo de un faro. Smith vio cómo sucedía todo esto, vio la sonrisa maliciosa de Orlow y adivinó que aquel “cabrito” había entregado a las llamas su preciado misterio. El fuego había empezado a silbar como una tetera furiosa, hasta hacer aparecer esas manos puntiagudas girando antes de verse disparadas sobre la frondosidad de las gentes congregadas a su alrededor, quienes las miraban con las pupilas dilatadas de una alucinación.

Smith, cuando vio salir las manos fulgurantes del interior de la encabritada hoguera, empezó a correr siguiendo el trayecto de las saetas de fuego, pisando torpemente a multitud de personas que estaban tumbadas al paso de su loca carrera. Estaba tan absorto que ni siquiera pedía las debidas disculpas por los pisotones que, sin duda y por las exclamaciones que se oían, debían de doler.

Las manos llameantes silbaban muy agudo, zigzagueando por entre los centenares de obstáculos móviles. Smith avanzaba más despacio de lo que pretendía, saltando sobre aquellos cuerpos blanditos, sin ningún cuidado, mientras se iba preguntando: « ¿Cuánto rato llevaba ya corriendo entre la gente, primero persiguiendo a Orlow y ahora persiguiendo estas manos criminales que seguro eran las que habían ocasionado la muerte del pequeño Sid? ».

Entonces, las manos fulgentes se detuvieron como ante un muro intocable y Smith vislumbró que lo habían hecho ante la multitud: a poca altura de la cabeza de Court, quien, completamente reconocible, refulgía en su tizado albino y permanecía durmiendo en su desnudez marmórea. Respiraba sosegadamente bajo el fulgor de aquellas manos que sobre su rostro bailaban en forma de llamaradas juguetonas. Todo el mundo a su alrededor se había apartado a causa de este fenómeno tan inesperado como sorprendente. Un segundo después de permanecer ahí, las dos manos, en un gesto de querer agarrar como las zarpas de un gigante un tesoro inconmensurable, penetraron el reposado pecho de Court y desaparecieron fundidas dentro de él. Entonces, Court, como si tuviera una rampa, arqueó la espalda con la tensión de un audaz arquero destinado a cazar constelaciones y su cabeza cayó hacia atrás en un desmayo de su preciosa cabellera blanca. La mandíbula se le desarticuló como la de una anaconda dispuesta a engullir a un hombre, abriendo una boca voraz dispuesta a tragarse la noche. Sin embargo, en vez de engullir, lo que hizo a continuación fue arrojar una gigantesca columna de fuego hacia arriba, hacia el infinito universal.

Court, a través de su boca, lanzó una llamarada de cientos de metros de altura. La gente empezó a apartarse más y a hacer un círculo mayor alrededor de él. Court era como una fuente de fuego sobre el lago Serpentine, en una improvisada noche de San Juan tardía. La gente exclamaba de asombro en todo el parque y circunvalaciones y hasta los más atemorizados estaban maravillados. El cuerpo desnudo de Court seguía arqueado y en tensión como la cuerda de un arpa, como petrificado por la lava de un volcán. Las llamas subieron otros cientos de metros. Dos helicópteros de vigilancia pasaron peligrosamente cerca y realizaron dificultosos virajes elusivos. La llamarada pasaba de largo a los edificios más altos de la

El delirio de Demian Court

ciudad y seguía ascendiendo. Había gente en las ventanas filmando el suceso. El rayo alcanzó el infinito y el infinito estuvo ardiendo como una inmensidad hasta que, de la boca de Court, se extinguió.

Court se había quedado dormido dentro de su sueño y al despertar, el frío recorrió su cuerpo, como un iceberg que lo atravesara desde el torso a la espalda. Cuando abrió los ojos vio por encima de él un bruñido niño de bronce tocando un cornetín y se dio cuenta de que estaba tumbado a los pies de la estatua a Peter Pan, que bailaba burlón por encima de su ensueño. También Court, para su horror, se dio cuenta de que estaba allí, desnudo y rodeado de gente, pero que nadie lo miraba especialmente, pues los demás también estaban desnudos.

« ¿Qué hacía allí? ¿Qué estaba haciendo ahí esa gente? ¡Parecía estar celebrando una orgía con toda impunidad! ¿Había participado él también en la orgía? ¿Con quién?». Sus escrúpulos cayeron sobre él como una avalancha. « ¿Y dónde estaban sus gafas? ».

Se introdujo entre la multitud. Nadie le reconoció. Su cara, en aquel momento, ya se había convertido en su verdadero rostro y había dejado de tener el efecto cambiante de las personalidades que habían poblado su interior durante todo este periplo y que ahora se habían marchado. Court se fue tambaleando desnudo porque no encontró su propia ropa. Había gente llorando y abrazándose en un tumulto de emociones que se extendía por todos los rincones, ramas y arbustos. Court quería salir de allí. « ¿Qué había ocurrido? ¡No lo sabía! ».

Una inesperada porra le golpeó en los muslos y unas

desconsideradas zarpas lo levantaron del suelo y lo metieron en una furgoneta policial. Esta iba llena de personas que también estaban indecorosamente desnudas, y que como la gente que llenaban todo el parque, lloraban y reían en una secuencia que resultaba de locura.

– ¡Maldito, dije que te mataría! –fue lo último que escuchó Court antes de desvanecerse por el impacto de un puñetazo en la cara que le profirió el chulo y violador de Miky il Brutto. Aunque para Court, y no sólo porque no llevaba sus gafas, aquel tipo era un completo desconocido. Para Miky il Brutto, la extraña quemadura de las manos sobre el rostro de Court, no sólo le habían resultado reconocibles, si no también inolvidables. Miky il Brutto fue reducido por la fuerza, pero seguía pegando con los puños al rostro desvanecido de Court. Court volvió en sí. Le dolía el porrazo en el costado y en las piernas y el puñetazo en la mandíbula. El tipo que lo había agredido ya no estaba. Los asientos metálicos estaban fríos y se le clavaban en los glúteos. Tenía hambre. La furgoneta-pocilga cogía las curvas derrapando y haciendo sonar su urgente sirena aulladora como indicativo de alarma y de peligro inminente. Court se sentía flotando en la irrealidad, en la imposibilidad y en la improbabilidad, y en todas estas maneras juntas.

Al llegar a comisaría, salieron desfilando de la furgoneta a la orden de unos polis que se protegían de los arrestados nudistas, armados con cascos de visera protectora, peto negro metalizado, rodilleras y coderas articuladas, guantes y botas dignas de los Ángeles del Infierno, además de llevar escudo de cuerpo entero, un fusil para balas de goma y una porra más larga que la más larga de sus pichas. Al bajarse de la lechera, conforme iban pisando el pavimento los reos, les fueron dando unos cuantos mamporros gratuitos y luego los fueron

El delirio de Demian Court

cubriendo con unas rasposas mantas del ejército, también gratuitas.

—¡Court!, ¿qué haces así? —el policía James Milton se encontró con Court a la entrada de la celda.

—James, ayúdame, sácame de aquí.

—Ya me dijo Smith que te dedicabas al striptease últimamente, pero, ¿sabes qué...? ¡No le creí!

—De veras, no sé qué ocurre... —dijo Court, arrebujiándose en la manta.

—Sí, sí... qué bajo has caído, no sabía que ahora le dabas a la bebida y a las drogas.

—¡Diablos, James, que no sé lo que me ha ocurrido, tengo una enorme laguna mental!

—¿Pues, qué?, ¿te ha dado un soplo en la cabeza?, ¿un siroco?

—Llama a Smith, por favor.

—Está bien, está bien...

James salió de las celdas y se fue a las oficinas a llamar por teléfono a Smith.

—Smith, sabueso apestoso, aquí tengo al capullo de tu amigo en pelotas y con la cabeza vacía como un zombi.

—James, dile que ahora mismo voy a llevarle su ropa, dile que no se preocupe, que ya se ha acabado todo y... James...

– ¿Qué?

–Dile que es fabuloso todo lo que ha hecho y dile que yo también le quiero a él y a toda la jodida humanidad.

– ¿Pero qué clase de putos maricones sois?

–James...

– ¿Qué? –dijo James, con impaciencia.

–A ti también te quiero, pedazo de marsupial.

– ¡Joder, tío! A mí no me apestes con tus babas.

El delirio de Demian Court

PROCLAMANDO EL FIN DEL MUNDO

Desde la gran reunión en Hyde Park, alguna gente se había empezado a ir al segundo día, al ver que el mundo no se acababa “Hoy”. Sin embargo, venían otros que se habían enterado, por la prensa y por la televisión, del gran desmán protagonizado por semejante multitud. Venían de otras ciudades y de otros países también. Y estos rebeldes sin causa, en general, se pasaban el día retozando desnudos. Los tambores no cesaban de proclamar la voz de su anarquía. Algunos, los más deplorables según las autoridades, tomaban drogas de todo tipo, aunque preferentemente psicodélicas y no paraban de reírse hasta de sus sombras o de tener visiones.

En realidad nadie, nadie, sabía por qué estaba allí, y la gente ya había olvidado a Court. La policía no podía cerrar las puertas del parque por temor a que hubieran avalanchas y que concluyera en una catástrofe, sin embargo, situados estratégicamente, trataban de impedir el acceso al mismo, no siempre con éxito, pues la afluencia hacia el lugar era totalmente masiva. El enorme parque estaba en el centro de la ciudad y blindarlo en su totalidad era imposible. La gente saltaba las vallas por cualquier parte, para entrar o para salir. Toda esa gente había dejado de acudir al trabajo y permanecían ahí, sobre el césped o sobre improvisadas hamacas, con niños pequeños que, entre todo este sarao de fornicación, no se sentían extraños. Los niños, al principio, miraban todas estas copulaciones con gran interés novedoso: muchos de ellos, de padres no naturistas, nunca habían visto con anterioridad ni el chichi, ni el culo, ni la picha de sus padres, y ahora que veían a sus padres tan radiantes de felicidad, les empezaban a parecer todas esas cosas tan chocantes, mucho más normales.

Los amigos del psiquiátrico de Court habían perdido sus

poderes también, en el momento en que Court expulsó a todos los espíritus invasores de dentro de sí, pero estaban perfectamente de la cabeza y tenían un montón de amistades nuevas.

El cadáver animado, al perderse los poderes, se durmió definitivamente, y como ya se le había pasado el rigor mortis, lo hizo con las manos debajo de la cabeza y los pies cruzados, felizmente tumbado sobre el césped. Su amigo Demóstenes Philgrim, el larguirucho, se quedó sentado a su lado, sujetándose las rodillas con los brazos, en una extraña actitud campestre. Su mirada colgaba indefinida sobre la lejanía y su rostro no había dejado de ser tétrico, superando en aparente decrepitud al de su amigo el cadáver: ambos ahora, debajo de un castaño. Una mujer aseguró que todo aquello se trataba de un hecho milagroso y gracias a su devoción se improvisó un santuario alrededor de aquellos dos sujetos, con multitud de flores y velas. Realmente, la gente tenía la sensación de milagro como respuesta a lo que no podían explicarse a sí mismos. El cadáver del amigo de Demóstenes Philgrim, al cabo de los días, demostró ser incorrupto. Y -cuando Demóstenes Philgrim se cansó de la fase del santuario-, cogió el cuerpo de su amigo y se lo llevó a su casa para seguir contemplándolo en la intimidad.

Valentine, el niño que dibujaba mariposas, se hizo tan amigo de Clemens, el niño correpasillos, que el uno al otro se iniciaron en la cordura y el uno empezó a comer y el otro empezó a hablar con los demás, entre ellos su nueva amiga: la enfermera Margot.

En cuanto a Paul Prins, el ex alcoholico, descubrió una gran habilidad y pasión por la pintura y acabó vendiendo sus cuadros a la cabeza de la vanguardia.



Y Jimmy Verline, el hombre de los tics desmesurados, se dedicó a hacer deporte para participar en los paraolímpicos de Tokio, con su gracia especial para la locomoción, aunque lo que más ejercitara fuera su orgullo.

De los ex acólitos de Demian Court, ninguno de ellos, ninguno, volvió jamás a precisar de un psiquiátrico.

En cuanto a los punkis, el Vómitos y Sue Blue, estuvieron horas buscando a su amigo Demian entre la multitud, pues querían agradecerle en persona todo aquel desmadre y desenfreno. Como proclamaban los mejores pogos punks, a este mundo le faltaba más contacto carnal y menos escrúpulos discriminatorios. Querían decirle a Court: «Nos ha encantado tu locura», pero nunca más se lo volvieron a encontrar, a su pesar. En cuanto a Rose, la viuda de John, en los siguientes días folló felizmente más que nadie.

Y así, como una corriente nueva, reunirse en las plazas y en los parques desnudos se había propagado a otras ciudades y sus practicantes eran desalojados y perseguidos en su desnudez por esa empecinada policía que hacía las veces de perro guardián de la moralidad. Aunque también se había visto, en más de una ocasión, a policías que renunciaban a sus aperos y se convertían espontáneamente al nudismo imperante. La cosa llegó al ámbito internacional y en países como Holanda, Alemania, Suecia o Suiza, se hicieron eco de estas reuniones profanas. Las convocatorias se hacían fácilmente por móvil o por internet. Los más jóvenes fueron verdaderos promotores, pero los más viejos también fueron fervientes seguidores, pues se trataba de anarquía libertaria para todas las edades. En invierno, se hacían las reuniones en salas clandestinas. La policía no cejaba en el intento de impedirlo y los que eran detenidos acababan confinados por escándalo público y

El delirio de Demian Court

eran obligados al pago de una cuantiosa multa, además de ser abofeteados ilegalmente por esos guripas de carácter prepotente e intolerante.

Se proclamaba, a voz de grito, la libertad personal y de expresión, el amor libre en ámbitos libres, la actitud antisistema a modo popular. Se exigía una educación naturista o libertaria para los hijos y proclamaban la abolición de la religión y del dinero. Se instruía a las chicas más jóvenes en el uso propicio de la píldora, con lo que los abortos juveniles descendieron sensiblemente en número. Se proclamó la instauración del trueque, de las cooperativas y los gremios. Se exigía abolir el trabajo, tal y como se había conocido hasta el momento. Y la abolición de los gobernantes de los países con fronteras, y por supuesto, de la moralidad del viejo orden, de las leyes de cualquier tipo, de las cárceles, de la codicia, de la competitividad, de los matrimonios. Se exigía el derecho a apostatar, así como la abolición del concepto del incesto y del concepto de la familia tal como había sido instaurada en la antigüedad, la abolición de la globalización económica y de la expoliación de cualquier tipo de residente ocasional de casas vacías, la abolición de la propiedad privada, al mismo tiempo que se exigía el libre uso de las drogas sin manipulaciones ni beneficiarios económicos y un uso inteligente de las televisiones, un entretenimiento sano, valorar la cultura, incentivar el interés por la lectura, rigor en la prensa, la proclamación de valores cooperativos ante la quiebra de empresas que serían rescatadas en propiedad por sus propios obreros, además de exigir la abolición de la publicidad agresiva.

Hubo en todas partes grandes manifestaciones. Los denominados países del tercer mundo formaron parte por fin, a igual rasero, que el resto del planeta, cuando la abolición del poder de la clase política y la fabricación de armas despojó

de la guerra y el hambre a aquellos países pobres que tenían grandes riquezas que siempre habían sido expoliadas.

Se consiguió ajusticiar y encarcelar a criminales de guerra en audiencias populares con condenas tan duras como sus crímenes. Se consiguió la abolición mundial del burka y la ablación, así como de las lapidaciones y de las amputaciones de manos, ejecuciones públicas y de todo tipo de torturas. Se exigió la eutanasia por libre elección.

Aquello era una revolución en toda regla, pero era tan multitudinaria y había trascendido tanto, que esta revolución iba a ser la madre de las revoluciones. No había suficiente poder fáctico para reprimirla en su totalidad, así que, paso a paso, la revolución fue triunfando.

En el lejano Tíbet, un Lama en una celda había tenido una revelación y se había lanzado en peregrinación a abrir el Tercer Ojo a los ojos del mundo. Sus seguidores, todos, podían ver las auras de las personas. El Lama fue tomado en serio por ciertos sectores intelectuales y se estudió su procedimiento, dando con resultados sorprendentes que pronto fueron introducidos en toda su sabiduría, en el ámbito social común, con los beneficios que la facultad del Tercer Ojo confería entre las nuevas relaciones humanas.

Los dos gays de la manifestación de los iluminados se habían inventado otro lema: «Ea, ea, la moral me la menea» y siguieron retozando por el parque como desplegando el ballet de las sáfides del bosque.

El delirio de Demian Court

TREPANDO EL VACÍO CON LAS MANOS

—Perdona, Rugther —le dijo Court a Smith—. No sé qué me ha pasado, me da vergüenza que me hayas visto desnudo, esposado como un delincuente y metido en una celda de la comisaría, incapaz de acordarme del crimen que he cometido. Iban andando por la calle de vuelta a casa de Court.

—Yo sí sé qué te ha pasado y no ha sido culpa tuya, sino de aquel escrito que nos encontramos en el baúl del caso del niño precipitado. Fuiste poseído por cientos de miles de espíritus que entraron dentro de ti y te movieron igual que a un polichinela, a su voluntad. No eras tú, no —dijo Smith.

—Sí, pero me siento distinto, me siento embargado de una serenidad total.

—Querido Demian, aunque tú lo ignores, has servido de conexión entre este mundo y el otro del más allá y has proclamado el cambio del orden mundial como ideal fundamental. Y toda una multitud de seguidores han creído en ti. De pronto, has abierto una brecha en la coraza cotidiana de la gente, para bien o para mal.

—¿Por qué para mal? —dijo Court.

—Porqué les has dado ideales en los que creer y porque les has dado el empuje suficiente para seguirlos. Has cambiado sus vidas. ¿Qué derecho tienes tú a darles motivos para luchar? ¿Qué derecho tienes a cambiar el mundo? ¿Qué derecho tienes a crear una esperanza que este mundo no puede cumplir?

—No sé... ¿eso hice?

—Esta tierra vierte ríos de sangre, desengáñate, cualquier provocación que levanta los ánimos puede derramarla en una reacción en cadena.

—Sí, pero si es cierto eso que dices, la sangre es el precio de la victoria y la victoria es lo único imprescindible... como humano me jugaría la sangre por ver fraguados ciertos ideales.
—Es un buen intento, pero infantil, una fantasía, ¡has estado delirando Demian Court! y has arrastrado tras de ti a toda una ciudad, un país, un mundo, ¿no te parece una locura?

—De todas maneras no era yo, pues yo estaba poseído por algún sortilegio, yo no he hecho nada de lo que dices, han sido esas almas que jugaban dentro de mí, ¿puedes tú juzgarlas a ellas?

—Sí, por su intromisión en este mundo. Sí, porque estaban jugando con poderosos ardides, cambiando el designio de nuestras vidas como marionetas danzando en sus hilos de transcendentalidad, dándonos alas en un mundo en que no hay cielo.

—¡Si hay cielo, ellos venían del cielo! Ha sido como una promesa de que sí existe el más allá y nos han regalado esperanza.

—Querido, la vida son sueños dentro de sueños, la verdad absoluta no existe.

—Una verdad absoluta es la muerte, ellos son la verdad absoluta
—dijo Court.

—La muerte para los muertos, allá tengan ellos sus secretos. Los vivos no tenemos que saber nada de la muerte, nada, pero lo que no deberíamos es sangrar más de lo que ya sangramos.

El delirio de Demian Court

—Ojalá supiéramos que hay un lugar en el que nuestra sangre tiene algún sentido, además del de sufrir.

—Ojalá no existieran las lágrimas y el dolor, pero es lo que conocemos, lo que hemos venido a conocer aquí a través de la carne.

—Cualquier descubrimiento puede cambiar el mundo, no hace falta que sea yo que a través de un trance de posesión haga tantos estragos, ¡el mundo progresa!, puede que ahora lo haya hecho hacia dentro.

—No quieras mirar hacia dentro de algunas personas, ni de ti mismo siquiera. ¿De qué eres capaz tú? No quieras saberlo o al menos no quieras saberlo demasiado pronto —dijo Smith.

—Todo el mundo tiene un fondo bueno.

— ¿Podrías asegurarlo? ¿No crees que hay gente que no tiene ni conciencia ni escrúpulos y es capaz del peor crimen?

—Ese criminal también fue alguna vez un niño y tal vez el mundo le hizo así a base de despreciarlo por cualquier causa pueril.

—Sí, pero es capaz de asediar a miles, a millones de personas y es capaz de permitir la miseria, la tortura, la ejecución de gente que no conoce.

—Tal vez es porque nadie le ha llegado al corazón, porque nadie se lo ha ablandado, porque coge el rol de tipo duro y ya jamás puede desprenderse de él, de esa carcasa de hierro, seguro que la mitad del tiempo va simulando su rudeza, va ejerciendo su papel de criminal, al mismo tiempo que está deseando en sus fueros que alguien lo detenga —dijo Court.

—Ay, ¡qué iluso! ¿Ves cómo eres peligroso? hasta para ti mismo, hasta para los tuyos, con pensamientos así nos dejas indefensos ante las fauces de las peores alimañas de este mundo: y encima, dispuestos a estrecharles las manos cordialmente.

—No puedo evitar defender lo que siento, aunque sea paradójico o peligroso.

—¿Aunque sea temerario? —dijo Smith.

— Aunque fuera un suicidio, si siento que vale la pena.

—En ese caso te seguiré para protegerte de ti mismo y estaré allí cuando reconozcas que te has equivocado, y prometo no decirte «ya te lo dije» sino sacarte del hoyo, pero tu aprenderás esta dura lección como todo el mundo: «No se puede caminar con el corazón».

—Rugther, eres un buen tipo.

—Lo mismo pienso de ti, colega, pero no quiero tu autógrafo, si no tu sentido común. Olvida lo que ha pasado, vuelve a tu trabajo, a tus crucigramas, a ir al cine, e intenta que la vida no se te complique demasiado, ¿qué más puedes pedir?

—Tener siempre a un amigo como tú.

—Pues eso ya lo tienes.

Y ambos se abrazaron.

El delirio de Demian Court

EL LIBRO DE LOS ACERTIJOS

Court se tumbó en la cama, era el fin de un largo día y estaba muy despejado como para conciliar el sueño. La cabeza le bullía. Miró, en su mesilla de noche, la columna de libros por terminar que le aguardaba y entre ellos estaba su viejo diccionario. Court disfrutaba jugando con las palabras en crucigramas o releendo de vez en cuando el diccionario. Se preguntó si las palabras, en sus diferentes sentidos, darían con desentrañar el misterio de la vida, y entonces se le ocurrió que la primera palabra a buscar sería:

Existir: tener una cosa, ser real y verdadero. Luego, buscó la palabra:

Cosa: todo lo que tiene entidad ya sea corporal o espiritual, natural, artificial, real o abstracta.

«En este universo todo son cosas, hasta los pensamientos, porque hasta las palabras son la materialización de los pensamientos en objetos. Cuando una palabra es dicha, entra a formar parte del manto de la realidad y entonces queda para siempre girando, girando y girando, vagando por el universo.»
Verdad: adecuación del pensamiento a las cosas.

«El pensamiento es el eje de todas las cosas, las cosas existen porque alguien las piensa. La belleza de las montañas no tendría sentido si unos ojos no las vieran y no sintiesen emociones al verla. Percibir la belleza es una de las facultades humanas hacia el universo, que le ensalza y abruma. El universo sin el pensamiento y sentimiento humano estaría vacío, las montañas no existirían para nadie, por lo tanto, aunque estuvieran allí, no existirían, y nada podría confirmarlo. Así pues, somos el motivo de la existencia de las montañas. Como somos el

motivo de la existencia de todas las cosas».

Court continuó buscando...

Pensar: ejercitar la facultad del espíritu de concebir razonar o inferir.

«El ánima humana dentro de su cuerpo caparazón, en esta dimensión terrenal, tiene poderes con los que articula el juego de los prismas de la realidad, los encuadra como un rompecabezas y los cose con sus pensamientos. El hombre es un obrero en construcción de la verdad absoluta.»

Luego Court trató de profundizar más.

Espíritu: sustancia sutil considerada como principio de vida.

«No quiero caer en la vorágine de creer en las apoteosis, como las que sugiere Smith», se dijo Court, «sólo se vive una vez, para aprender matemáticas, para componer una melodía, para ser un héroe del día a día, una pequeña luz de una ciudad o un observador de insectos... o acaso para ser quien hace las preguntas acertadas.

El último fin que tiene esta existencia es que el principio se una con el final a través del pensamiento de los seres humanos, que son creados a partir de la partícula universal por algún todopoderoso. Se ha de encontrar al final del camino con su creador para dejar de ser humano y acabar siendo todopoderoso también. Como las migas de Hansel y Gretel, el pensamiento es el camino a seguir, ¿por qué cierta religión pone como prohibitivo el simbólico árbol de la sabiduría y la vida? Pues porque por ambición de poder y con el truco de los dogmas, esta religión ha retrasado interminablemente el progreso de la civilización occidental hacia un mundo mejor. Tal vez tenga razón Rugther y yo soy demasiado iluso. Querer

El delirio de Demian Court

encontrar la realidad en un diccionario, ¡el sentido de la vida ni más ni menos! Esto es el delirio de un loco: El delirio de Demian Court. Un delirio que rebasa lo utópico y resulta demasiado grandilocuente para un imperceptible ser humano como yo, pero... las palabras son el mapa del tesoro del sendero de la vida.»

Court apagó la luz y cerró los ojos. Quería dormir pero no podía, estaba demasiado lleno de emociones: el corazón se le escapaba a cada momento en manos de un desconocido que pasara por su ensoñación. Lo oía latir como un tropel de caballos, lo oía explotar como un trueno y veía los relámpagos surgir de su pecho dando coces. Tomó una decisión: «No voy a cambiar el mundo».

Le asaltó un suspiro, mañana se levantaría e iría a la oficina de Detectives Avizor y se tomaría un café de la máquina expendedora, y se sentaría a estudiar los casos que tenía abandonados, y poco a poco, volvería a la rutina y el mundo no habría cambiado ni un ápice.

Pero el mundo, aunque él no lo supiera, sí había cambiado, y lo había cambiado él.

EPÍLOGO

Fue al día siguiente cuando el gobierno inglés hizo una demostración de fuerza frente a los nuevos revolucionarios. Con miles de policías y métodos futuristas de disuasión, las autoridades desalojaron el Hyde Park a fuerza de presiones acústicas y eléctricas que les eran aplicados en masa a los rebeldes. Así fue como se puso en práctica cierta conspiración capitalista que ya llevaba años fraguándose, justamente desde la caída del comunismo y el muro de Berlín, en 1989. El Capitalismo entonces fue bautizado como “El nuevo orden mundial”, pero no fue hasta la llegada de la globalización económica que se diseñó “El plan tecnócrata del poder absoluto”, proyectado por unos pocos privilegiados sobre todo el resto de la población mundial civil. Estos planes se diseñaron en las reuniones del G8, que eran unas reuniones encabezadas por los capitostes más ricos de los países más ricos de todo el mundo. Y a dicha conspiración se la bautizó como “Pensamiento Único”, la formulación de una serie de directrices sistemáticas, para desarticular los estados de derecho y del bienestar de todas las democracias, y al mismo tiempo, investigar e instaurar socialmente “pacíficos” instrumentos de control, para que cuando llegase la hora de la sublevación de las masas indignadas, el cerco se cerrase sobre ellos: imposibilitando su revolución e instaurando un Estado de Excepción Permanente. Tanto es así, su cinismo demostrado, que en la ciudad europea de Barcelona la primera cámara de seguridad que se instaló en medio de la calle fue, precisamente, en la plaza George Orwell.

George Orwell fue un miliciano libertario que, siendo inglés, participó en la Revolución anarquista durante la guerra española y tuvo a bien escribir tres obras maestras: “Rebelión en la granja”, en la que lucía su sarcasmo hacia las mentiras

El delirio de Demian Court

de la dictadura comunista en una original fábula de animales. “Homenaje a Cataluña”, donde habla de los rudos obreros que encarnaban, con asombrosa ingenuidad, la revolución libertaria de Barcelona, y su más brutal obra, a modo de novela de ciencia ficción, llamada “1984”, en la que una dictadura tecnócrata se apodera irremediabilmente de la libertad social del mundo, a través de cámaras que lo vigilan todo, con ministerios que borran del lenguaje común las palabras que no interesan (como la palabra “libertad”), pues si es eliminada la palabra ya nadie tiene que pensar en ella; y la policía del pensamiento, que a base de tortura, te cura de tus pensamientos improcedentes; y todo este control solamente por un motivo (como dice Orwell en boca de la policía del pensamiento), «El poder radica en infligir dolor y humillación. El poder está en la facultad de hacer pedazos los espíritus y volverlos a construir dándoles nuevas formas elegidas por ti.» Y también, como justificación del sistema de control absoluto por parte de la policía del pensamiento, futuro, figúrate una bota aplastando un rostro humano... incesantemente».

Por ello, precisamente, la rebelión iniciada por Court tenía un factor que es el arma definitiva para destruir el poder absoluto de la nueva tecnocracia, y esta arma se llama “locura”: la locura es tan imprevisible que la máquina más eficaz queda desarticulada ante sus descabellados arrebatos. Y los milicianos de Court rebosaban de temeraria locura en sus corazones.

Y así, una vez más, los locos salvaron al mundo de su propia autodestrucción.

FIN

Silvia Escario, del 2001 al 2015.

Índice

•	Introducción.....	7
•	La mujer degollada.....	9
•	Una dama en el torreón.....	18
•	Un destello de la mente.....	25
•	¿Quién puso el mundo boca abajo?.....	35
•	Cabalgando sobre la verdad absoluta.....	39
•	El tiempo sólo habita en la mente.....	45
•	Un minuto antes del vértigo.....	49
•	Saltando sobre los segundos.....	57
•	La risa empieza en el infierno.....	60
•	El baile feliz de las ánimas.....	68
•	Un espejo engaña, pero no miente.....	73
•	El torbellino del amor exacerbado.....	81
•	No sin mi lengua.....	86
•	Las palabras son el mapa del tesoro.....	90
•	Un huracán en un suspiro.....	95
•	Corriendo tras la razón, perdí mi corazón.....	102
•	La música de los truenos.....	106
•	El ratón que tenía un palacio que roer.....	114
•	Vuelo rasante en un día tornasolado.....	118
•	Cien pasos hacia ninguna parte.....	124
•	El baile del camaleón renqueante.....	129
•	Caminantes del aire.....	132
•	Un estrépito en la urbe.....	138
•	Ideales tallados en ébano.....	141
•	La travesía de los ojos curiosos.....	148
•	Esculpido en el aire.....	152
•	El delirio mueve montañas.....	157
•	Esperando acontecer la utopía.....	160
•	Mil y una delicias.....	163
•	Atrapado en el edén de los gatos.....	169
•	Temblando en las cavernas de la mente.....	175
•	Lanzando fuego a las nubes.....	178
•	Proclamando el fin del mundo.....	184
•	Trepando el vacío con las manos.....	190
•	El libro de los acertijos.....	194
•	Epílogo.....	197